Matrimonio por amor

Sharon Kendrick



Matrimonio por amor

Harrison Nash estaba convencido de que sólo necesitaba hacer el amor con Kimberly una vez para quitársela de la cabeza definitivamente.

Kimberly Ryan sabía que Harrison eludía cualquier tipo de compromiso… pero estaba locamente enamorada de él.

Entonces, el destino echó una mano… y el resultado fue Geoirgia, un bebé adorable. kimberly se sintió extasiada de felicidad siendo la madre de su hija. ¡Pero Harrison no se conformó con ser simplemente un padre a media jornada! Lo quería todo: a Kimberly, a Geoirgia… y felicidad para siempre.

Capítulo 1

—¡Madre! *¡Madre!*

Sin aliento después de subir por el camino a toda velocidad, para atender a los requerimientos de su madre, Kimberley dejó su maleta sobre las losas del suelo y aguzó el oído.

Silencio.

El temor le encogió el corazón, y una nota de incertidumbre tomó su voz.

—¿Madre?

Oyó la rozadura de algo en la pequeña sala y, tras recorrer la distancia hasta la habitación en el menor tiempo posible, abrió la puerta de golpe y allá vio a su madre, que estaba moviendo el taburete que había delante del sofá, sobre el que obviamente había tenido apoyados los pies.

¡Gracias al cielo! De inmediato se apagó el temor a lo desconocido, siempre presente cuando tu madre anciana vive por su cuenta.

—¡Así que estás aquí! —dijo Kimberley, aliviada.

Su madre se subió las gafas sobre la nariz y miró a la única hija que tenía, una pequeña sonrisa iluminando la boca, todavía bien torneada, tan parecida a la de su hija.

—¿Adonde pensaste que iba a estar? ¿Maniatada en el desván después de haber sido robada? ¿Secuestrada por piratas modernos y en dirección a la costa?

Kimberley se echó a reír.

—¡Eres terrible, madre! Tienes una imaginación excesiva, y esas novelas de locas aventuras que lees no te moderan precisamente.

—¡Y tú no lees suficientes! —afirmó la señora Ryan en tono terminante—. Te tomas demasiado en serio ese trabajo tuyo.

Kimberley decidió ignorar el comentario, ¿pues quién no se obsesionaría con la vida profesional cuando la amorosa era imposible por completo? ¿Y *quién* tiene la culpa de eso?, le preguntó una vocecilla interior muy burlona.

Ignorando también dicha pregunta, dio a su madre un beso en la frente y luego se acomodó en el otro extremo del sofá.

—¿Para qué me necesitabas? De todas formas iba a venir muy pronto a pasar las navidades. Estás bien, ¿verdad? ¿Qué haces tumbada a estas horas?

Entonces Kimberley advirtió que su madre tenía un tobillo vendado.

—Oh, por todos los cielos... ¿qué has hecho? —exclamó horrorizada.

—Kimberley, por favor —dijo su madre con voz sosegada—. No hay ninguna necesidad de dejarse llevar por el pánico.

—¿Pero qué has hecho?

—Me he torcido un tobillo, eso es todo.

—Y el médico, qué...

—Dice que está bien, sólo debo tomármelo con calma, eso es todo —explicó la señora Ryan, y entonces guardó silencio por un momento—. El único problema es...

—¿Cuál?

—Que no puedo trabajar.

La señora Ryan se recostó contra los cojines apiñados en el sofá y observó a su hija, impecablemente vestida, cuyo ceño fruncido en aquel instante afeaba en parte sus facciones, excepcionalmente bellas.

Kimberley hizo con la boca un suave chasquido desaprobador.

—Entonces deja el trabajo, mamá. Ya te he dicho que gano suficiente dinero como para enviarte sin problemas lo que te paga la señora Nash.

Kimberley pronunció este nombre de mala gana.

—Y yo ya te he dicho cientos de veces que me gusta la independencia que me proporciona el empleo, y no tengo la menor intención de renunciar a él.

—Pero, mamá, ¿hay necesidad de que trabajes *limpiando?*

—Tú, Kimberley, me avergüenza decirlo, eres una esnob —afirmó la señora Ryan con tono desaprobador.

—*No* soy una esnob. Simplemente, preferiría que no trabajaras.

La señora Ryan miró a su hija con expresión astuta.

—¿Quieres decir que preferirías que no trabajara en la mansión de la que a punto estuviste de convertirte en su dueña?

Kimberley apretó los labios, sintiendo gotitas de sudor que afloraban en la frente.

—Eso es historia —afirmó con voz gruñona.

—Tienes razón. Lo es. De hecho, tengo noticias para ti.

—¿Qué clase de noticias?

—El va a casarse. ¡Está prometido!

Las gotitas de sudor se convirtieron en goterones. Kimberley sentía en los oídos las palpitaciones de su corazón; se puso pálida.

—¿Lo está? —preguntó con la boca reseca—. Eso es maravilloso.

—¿Verdad que sí? El bueno de Duncan—dijo su madre afectuosamente.

—¿Duncan? —repitió Kimberley con voz débil.

Su madre la miró con cara de extrañeza.

—Sí, Duncan, por supuesto. Tu ex-prometido, el hombre con el que ibas a casarte. ¿A quién me podía referir sino?

Disimuladamente, Kimberley se pasó el envés de la mano por la frente pegajosa y entonces, para evitar que su madre observara su palidez e hiciera algún comentario, buscó una distracción.

—¿Qué tal si tomamos una taza de té? Yo tengo la boca como la suela de un zapato. ¿Lo preparo? -preguntó con ligereza.

—¡La mejor proposición que me han hecho en todo el día!

Kimberley salió de la sala a toda prisa y con manos temblorosas llenó de agua la vieja tetera y sacó un bote de galletas mientras procuraba poner orden en sus pensamientos. Se preguntaba lo que habría dicho su madre de haber sabido que no se refería a Duncan, sino a Harrison.

Harrison Nash, el hermano de su ex-prometido. El hombre de fríos ojos grises, facciones duras y atractivas, y cuerpo esbelto y sexy. Harrison Nash... que había dado un giro radical a la vida de Kimberley sin ni siquiera darse cuenta de que lo estaba haciendo...

Había sucedido en una hermosa tarde de verano, con el sol del crepúsculo derramando sus rayos dorados en la sala roja de Brockbank House, donde Kimberley estaba esperando para mantener una conversación con su ex-prometido, Duncan, que sin duda iba a ser incómoda y dolorosa. Porque, tras darle muchas vueltas y muchas noches en vela, Kimberley había decidido romper el compromiso que siguió a un romance alocado.

Duncan y su madre se habían mudado recientemente a una de

las casas más imponentes de Woolton, a la legendaria Brockbank House, que legó a los Nash un pariente lejano fallecido sin herederos. Kimberley conoció a Duncan cuando fue a visitar a su madre al pueblo, en una de sus breves pero frecuentes escapadas de Londres, donde vivía. Desde el primer encuentro Duncan la persiguió con avidez y, abrumada por tanto encanto y persistencia, Kimberley se dejó creer que por fin se había enamorado después de tanto tiempo. Ocupando ya un cargo de importancia en su trabajo, donde sus colegas masculinos tendían a temerla y reverenciarla, Kimberley se vio fascinada por la personalidad sana e irreverente de Duncan, y también le agradó su buena disposición a permitir que fuera *ella* la que estableciera el ritmo de la relación en el aspecto físico.

Duncan no se lanzó sobre ella y respetó su punto de vista, algo anticuado, en cuanto a que deseaba esperar hasta después de la boda para consumar la unión. Con veinticuatro años, Kimberley creyó haber encontrado al caballero perfecto... y lo había encontrado.

Kimberley suspiró.

Aquél hecho *no* era suficiente. Aparte de que sacaba tres años a Duncan y de que éste todavía era universitario, mientras ella ya se había establecido en Londres y gozaba de una posición sólida en el mundo profesional, además existía una razón mucho más importante para no casarse con él.

Sencillamente, no lo amaba. Desde luego lo quería, pues era un hombre dulce y cariñoso, pero no de la forma en que él la quería, y el matrimonio en esas circunstancias hubiera resultado una lamentable equivocación.

Decidió comunicárselo de la manera más delicada posible, pues Duncan era joven, guapo y divertido a más no poder. Lo superaría; de eso estaba segura.

Kimberley suspiró, nerviosa, acomodándose en el borde de uno los sillones del salón rojo, y apartó del rostro de cejas altas unas mechas rebeldes, dejando que la espesa cabellera, negra como el azabache, cayera en oleadas sobre la espalda.

Se preguntaba cómo afrontar la ruptura. Debería decírselo a su madre, y a la de Duncan, ambas viudas. Ella no tenía más familiares, y Duncan muy pocos. También se preguntaba si habrían

hablado del compromiso al hermano mayor de Duncan, el triunfador y adinerado, al que aparentemente reverenciaban tanto la madre como el hermano.

Probablemente no. Se habían comprometido el fin de semana anterior, por tanto apenas habían dispuesto de tiempo para hacerlo oficial.

Asomada a la ventana, contemplando los magníficos jardines de Brockbank House, oyó un ruido suave a sus espaldas. No era un paso exactamente, sino un sonido mucho más sutil, pero de pronto tuvo la incómoda sensación de ser observada. Se volvió lentamente y se quedó helada por algún temor desconocido al ver a su observador, un hombre moreno y silencioso.

Por supuesto había visto fotos suyas por la casa y, últimamente, en las páginas de cotilleos en los periódicos. Pero, de no ser así, también habría sabido que se trataba de Harrison. Harrison el poderoso, el bendito hijo mayor. No se parecía en absoluto a Duncan, aunque se podía apreciar cierto parecido de familia.

En cualquier caso, aquel hombre era la antítesis de Duncan. Mientras éste tenía unos ojos suaves y risueños, Harrison los tenía duros, cristalinos y brillantes. Los labios del primero eran abundantes y besables, y los de su hermano mayor eran finos y aumentaban la dureza de su expresión.

Labios crueles, pensó Kimberley en un impulso salvaje, y procuró en vano imaginarlos besándola. Se le pusieron las mejillas como tomates cuando vio aquellos mismos labios torciéndose en una expresión desdeñosa.

Por un momento, se quedó paralizada en el sillón, la vista fija en él, incapaz de moverse, de pensar, de hacer otra cosa que reconocer la oleada poderosa de deseo oscuro y sensual que la arrastró. Fascinada, observó los ojos que ya no parecían grises, sino negros como la noche, percibió la llamarada de acaloramiento que brotó en aquellos pómulos altos, cincelados a la perfección, y se sintió aturdida por una vergonzosa ansiedad.

Azorada ante el intenso escrutinio, ante el silencio, Kimberley se puso en pie.

—Tú debes ser Harrison —soltó a quemarropa, carente por completo de su calma y seguridad habitual.

—Y tú debes ser la cazafortunas —replicó él con acritud, su

rostro la viva imagen del desprecio.

Por un momento Kimberley pensó que no lo había oído bien. No era la clase de comentario que se espera en un ambiente civilizado. Por otro lado, aquel hombre no parecía civilizado en absoluto. Parecía…

Kimberley se estremeció. Casi *bárbaro.*

—¿*Cómo* has dicho? —preguntó, procurando mantener la calma, como le aconsejaba el instinto.

—Oh, vaya —dijo Harrison Nash en tono burlón—, debí imaginarme que era demasiado bueno para ser cierto… no podías tener tanto seso como hermosura. Te he llamado cazafortunas, querida. Es una expresión anticuada, cuyo significado es bien simple…

—Conozco perfectamente su significado —le interrumpió Kimberley, la voz entrecortada de rabia—. ¿Cómo te atreves?

Harrison encogió los anchos hombros.

—Es muy fácil. Sabes, acaso te parezca raro, pero ocurre que siento el deber de proteger a mi hermano pequeño. Y qué otra cosa puedo suponer cuando me entero de que va a casarse con una mujer que apenas conoce, que encima tiene muchos años más…

—Solamente tres —atajó de nuevo Kimberley, cada vez más furiosa—. Además, ¿qué importa eso? Muchísimos hombres se casan con mujeres mayores que ellos.

—¿De verdad? ¿Y existen muchísimas mujeres adultas que se casan con universitarios inexpertos que van a heredar una inmensa fortuna? ¿Es eso lo que las excita…Kimberley?

Ella se estremeció al oírle pronunciar su nombre, acaso porque sus labios se curvaron al hacerlo con la sensualidad más increíble que había visto en la vida.

—No tengo porqué quedarme aquí escuchando esas barbaridades —afirmó con voz temblorosa, pero tenía los pies pegados a la alfombra persa y era incapaz de moverse, hipnotizada por aquellos condenados ojos grises.

—Pero te quedarás —ordenó Harrison en un susurro—. Y escucharás.

Horrorizada, vio a Harrison fijando la mirada con insolencia en la generosidad de sus senos, evidente bajo el fino tejido de la camiseta que llevaba.

Sin poderlo remediar, sintió algo que era una combinación de dolor e intenso placer, sintió que los senos se ponían turgentes, más pesados.

Entonces vio que Harrison torcía los labios en gesto de mofa al observar el evidente endurecimiento de los pezones y en ese momento se sintió humillada por completo.

Harrison hizo un ademán con la cabeza, como si algo le satisfaciera.

—Sí —afirmó con aire pensativo—. Lo que me imaginaba. Un cuerpecito caliente y una cara virginal... desde luego exquisitos, pero atributos efímeros por desgracia. Y, dando muestras de sensatez, has decidido aprovecharlos a tiempo. Pero yo preferiría que los aprovecharas con alguien que no fuera mi hermano. ¿Comprendes?

Kimberley se tragó la cólera, falta de su serenidad habitual porque el hombre no apartaba la vista de los senos, y los pezones estaban atormentándola por culpa del apremiante deseo de sentir sus labios sobre ellos, lamiendo lentamente, chupando y...

Llena de pavor, le sostuvo la mirada, la escandalosa reacción de su cuerpo ante el escrutinio de Harrison impulsándola a ponerse a la defensiva.

—En realidad, no tengo la menor necesidad de aprovecharme de mis atributos, pues da la casualidad de que ocupo un alto cargo en un banco.

—¿Y cómo llegaste tan alto, luciendo el trasero?

—¿Por qué me haces esto? —preguntó Kimberley con cara de incredulidad.

—Ya te lo he dicho. Me preocupo por mi hermano. Necesita protección cuando tropieza con mujeres como tú.

—Mujeres como yo.

El rostro encendido de ira, Kimberley le dio una sonora bofetada en la cara, bien fuerte. La violenta reacción quizás debió asombrarla, pero pocas veces se había sentido tan satisfecha en la vida. Pero Harrison Nash no pestañeó; se limitó a lanzarle una mirada amenazadora que descubría sus emociones.

—Dentro de un minuto tendrás la respuesta que mereces —afirmó con voz tranquila—, pero antes quiero que escuches atentamente lo que voy a decirte.

—No tengo porqué escucharte, despreciable…

—Ahórrame los insultos y cierra la boca, *Kimberley* —la interrumpió Harrison, en el tono suave una amenaza latente, y ella sintió un escalofrío helado a lo largo de la columna—. Mi hermano se halla en el umbral de la vida. Le falta madurez emocional. Si se casa ahora, será una enorme equivocación. No está preparado.

Ni ella tampoco, aunque Harrison Nash no lo supiera. Kimberley observó la determinación que reflejaba su rostro, la arrogancia y el aire de superioridad. Un hombre acostumbrado a salirse con la suya a cualquier precio. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar para impedir que se casara con Duncan?, se preguntó.

Y de repente sintió el impulso tan básico de responder a sus insultos, de vengarse de aquel escrutinio cuyos efectos la ponían enferma.

Y de inmediato se vio asaltada por un júbilo inmenso, consciente de su propio poder para sacar de quicio a aquel hombre tan insolente.

—¡No podrás impedir que nos casemos! —le dijo con frialdad.

Los ojos grises la observaron con expresión calculadora cuando Harrison advirtió su cambio de actitud.

—No, tienes razón. No puedo. Pero lo que *si* puedo hacer es anular todas las ayudas económicas de mi empresa, a las que Duncan se ha acostumbrado rápidamente. Esta casa me pertenece, aunque siempre tuve la intención de traspasarla a mi madre y mi hermano, pues ya tengo suficientes casas. Sin embargo, *podría* cambiar de parecer…

Harrison hizo una pausa, observando a Kimberley con expresión interrogante.

—Supongo que el atractivo de Duncan podría desvanecerse si no fuera acompañado de todas las ventajas que esperabas…

Kimberley había conocido a muchos hombres cínicos y despiadados en los años que llevaba metida en el mundo de los negocios, pero aquel extraño cruel y sombrío dejaba a todos ellos a la altura del betún.

Alzó la cabeza orgullosamente.

—Si quisiera casarme con Duncan, nada que *tú* pudieras hacer o decir me detendría —afirmó honestamente—. De modo que has perdido, ¿no crees?

—Yo nunca pierdo, Kimberley. Nunca.

—¿De verdad? —preguntó ella con sonrisa burlona.

—Quiero hacerte una proposición.

—Adelante.

—Estoy dispuesto a hacerte la siguiente oferta —comenzó, sintiéndose algo incómodo—. Un cheque por una cantidad con muchos ceros si anulas la boda. Si, por el contrario, te niegas y te casas con mi hermano, te advierto que no verás un solo centavo del legado de mi hermano a menos que compruebe que el matrimonio funciona, que sus bases son sólidas. ¿Me has entendido?

Los ojos grises eran tan duros y fríos que Kimberley sintió otro escalofrío de aprensión.

—No se trata sólo de que sea mayor que Duncan, ¿verdad? Ni siquiera porque sospeches que voy detrás de su dinero. En realidad, no te agrado. ¿Me equivoco?

Harrison se quedó inmóvil por un momento, tanto que parecía esculpido en piedra.

—No —respondió por fin—. No creo que me agrades, si el agrado se puede calibrar tras un encuentro tan breve. Pero tienes razón en una cosa: tu edad y tu codicia no son las verdaderas razones por las que deseo que anules el compromiso.

—¿Por qué entonces?

—Es sencillo. No eres la mujer adecuada para él.

—¿Qué puede darte derecho a decir algo así? —susurró Kimberley, llena de asombro.

—Esto me da derecho —replicó Harrison, la voz teñida por la violencia de una emoción innombrable.

Y entonces asió a Kimberley por la cintura, bajando su cara salvaje para besarla.

Algo ocurrió a Kimberley, algo irrevocable que hizo estallar su mente.

Algo que iba a cambiar su vida para siempre. ¿Qué demonios le había hecho Harrison con un solo beso?, se preguntó desesperada. Porque el deseo sexual, apasionado, caliente y poderoso comenzó a arder en sus venas cuando él tomó sus labios. Oh, Dios, era el paraíso. El paraíso.

Kimberley entornó los labios, ofreciéndose como si llevara toda la vida esperando que llegara aquel momento, aquel beso dulce y

castigador.

Y se vio a sí misma temblando, casi balanceándose, deseando más, mucho más que aquel beso. Deseaba que Harrison la tocara donde ningún hombre la había tocado jamás, deseaba que aquellos largos dedos la desnudaran. Deseaba que la tumbara en el suelo y le hiciera el amor allí mismo...

Pero entonces regresó a la realidad con una brusquedad que le produjo una sensación nauseabunda. En la distancia, en alguna parte de la casa, alguien estaba gritando. También sintió que Harrison dejaba caer las manos de su cintura y sacaba la lengua de su boca, donde le había causado una excitación con pequeños movimientos provocativos que emulaban a lo que ningún otro hombre le había hecho.

Kimberley de algún modo expresó una protesta automática cuando él irguió la cabeza y la miró con evidente desprecio.

—Creo que ha quedado claro mi alegato —afirmó con tono insultante.

Kimberley se irguió y le sostuvo la mirada, disimulando la vergüenza tras el brillo gélido de los ojos azules.

En dichos ojos centelleaba el odio que sentía hacia Harrison Nash.

Para ilustrar su punto de vista, la había tratado como a una fulana, y en cierto modo ella no había respondido mejor que una fulana. Todo el dominio de sí misma se había desvanecido como humo en el aire cuando la envolvió entre sus brazos. Era la vencida y Harrison el vencedor. Él poseía todo el poder; ella, ninguno. Y no deseaba volverlo a ver mientras viviera. Nunca.

Pero entonces Kimberley percibió algo más tras la expresión desdeñosa de las rugosas facciones de Harrison Nash. Ahí había hambre... un hambre salvaje y sexual que encendía aquella mirada sombría, que provocaba un pulso frenético en la base de su cuello fornido. Me desea, pensó Kimberley, y sin embargo me desprecia. Y es un hombre que consigue todo lo que desea.

«Oh, Dios mío, me buscará y me encontrará», se dijo para sus adentros, sintiéndose débil. «¿Y si yo... yo no puedo resistirme a él? De un hombre que me desprecia sólo puedo esperar lo peor».

A menos que se las arreglara para que la despreciara tanto como para que la dejara en paz definitivamente. Kimberley esbozó una

sonrisa astuta y adoptó la clase de mirada fría y calculadora que sin duda Harrison estaría esperando.

—Eh... ese incentivo económico que me ofrecías... ¿De cuánto dinero estamos hablando en realidad?

El brillo de los ojos de Harrison se apagó en parte. Entonces la miró como si su mera presencia contaminase el aire que lo rodeaba.

Harrison Nash mencionó la cantidad y Kimberley esbozó una sonrisa codiciosa.

—Me parece perfecto —le dijo—. Solamente pondré una condición.

—Nada de condiciones, encanto —replicó Harrison, los labios fruncidos en una fina línea que le otorgaban una expresión despiadada—. A menos que sea yo quien las ponga.

Kimberley sacudió la cabeza.

—No lo haré a menos que no cuentes a Duncan *nada* de lo que ha sucedido aquí esta tarde. Deseo explicárselo yo... romper el compromiso a mi manera.

Harrison la miró con cara de incredulidad.

—¿De verdad temes que sea capaz de hacerle una cosa así a mi hermano? Y, a pesar de que me encantaría asegurarle que se ha librado de una buena, no soy tan cruel como para darle ese disgusto, haciéndole ver que se enamoró de una embaucadora muy barata. ¿Queda clara mi postura?

—Perfectamente clara —respondió Kimberley, extendiendo hacia él una mano blanca y delgada que, milagrosamente, no temblaba—. Ahora, si podemos dar por concluido nuestro *negocio*...

Entonces Harrison Nash, sin molestarse en disimular la repulsión, sacó una libreta de cheques de un bolsillo de la chaqueta y comenzó a escribir.

Lo que Kimberley no se esperaba era la dolorosa sensación de desolación que se apoderó de ella...

Kimberley se pasó una mano entre el cabello, intentando con el brusco gesto borrar la imagen de Harrison de la mente. Después de más de dos años aún la recordaba perfectamente, pensó angustiada.

¿Cómo era posible que le hirviera la sangre en las venas sólo de pensar en él?

Puso todas las cosas en una bandeja y regresó a la sala, donde la esperaba su madre.

¿Por qué recordaba ahora todo esto?

Porque lo recordaba cada vez que regresaba a casa; era una de las razones por las que sus visitas eran más infrecuentes de lo que desearían tanto su madre como ella misma. Aquel lugar estaba cargado de recuerdos de Harrison Nash y un beso fatal.

Después de que Harrison la besara, al día siguiente, Kimberley hizo varias cosas. La primera y más importante, habló con Duncan y le devolvió el anillo. Él no intentó disuadirla, limitándose a aceptar sus explicaciones y responder que realmente no estaba sorprendido. Luego tomó un avión a Escocia, donde pasó un par de semanas en casa de una tía, lamiéndose sus heridas en silencio. También cobró el cheque que le había dado Harrison, donando el dinero a una organización benéfica. También hizo una promesa aquel día: sacarse de la cabeza a Harrison Nash para siempre. Y hasta entonces no lo había conseguido.

—¡Kimberley! —gritó su madre—. ¿Qué pasa con esa taza de té que me prometiste?

—¡Ahora mismo sale!

Kimberley volvió a la sala y sirvió dos tazas de Earl Gray, que estaba deliciosamente refrescante. Aunque tenía hambre, sólo dio un bocado a una galleta y la dejó, pues todavía estaba agitada por los recuerdos de aquel día extraordinario.

Procurando pensar en asuntos menos peliagudos, ofreció el plato de galletas a su madre.

—¿Cómo te las apañarás con el pie vendado?

—Oh, espero no tener ningún problema —respondió su madre de manera poco convincente.

Kimberley disimuló una sonrisa. ¡Su madre, adorable ella, era como un libro abierto!

—¿Te gustaría que viniera a pasar unos días contigo hasta que te hayas restablecido?

La sonrisa de la señora Ryan podría haber iluminado Oxford Street.

—Oh, ¿lo harías, cariño? ¡Te estaría tan agradecida!

Kimberley ya tenía la cabeza en otra cosa. Podía telefonear al banco más tarde. Se la consideraba una profesional de mucho talento y responsable en el banco comercial donde llevaba cinco años trabajando, y no sabía cómo se tomarían que les avisara tan

inesperadamente.

—Por supuesto que lo haría, pero tendré que regresar a la ciudad para traer algo de ropa.

—Me parece perfecto, cariño —dijo su madre complacida, dirigiendo la mirada hacia la bandeja— ¿Queda té en la tetera?

Kimberley sirvió otra taza a su madre.

—Entonces, ¿con quién se casa Duncan? —preguntó, alegrándose de que el hombre al que guardaba tanto cariño hubiese encontrado otra mujer que amar.

—Una chica que conoció en América... una rica heredera, por lo visto.

—Eso complacerá a Harrison —observó Kimberley con acritud.

Su madre le lanzó una mirada perspicaz.

—No sé por qué hablas siempre mal de ese hombre. En realidad, es encantador.

—¿Encantador? ¡Tan encantador como un nido de serpientes! ¡Ése es el último adjetivo que utilizaría para describirlo!

—Pero, ¿por qué te cae tan mal?

—No puede caerme muy mal cuando apenas lo conozco. Pero, si quieres saberlo, es la personificación de todo lo que aborrezco, con esa arrogancia. Se cree que es un regalo de Dios para las mujeres...

—Entonces, muchas mujeres opinan lo mismo que él —la interrumpió la señora Ryan, divertida—. Por lo menos eso me han contado.

Kimberley resistió la tentación de ponerse a gritar.

—Bueno, mejor será que me marche ya —dijo para impedir que su madre se pusiera a narrar anécdotas de la vida de Harrison—. Si me voy ahora, puedo estar de vuelta antes de anochecer.

Su madre frunció el ceño.

—Muy bien. Conduce con cuidado, cariño.

—¡Siempre lo hago!

—¿Tú crees? ¡Pues en mi opinión te gusta demasiado apretar el acelerador!

Pero Kimberley era una conductora buena y prudente, aunque tendía *un poquito* a conducir velozmente. Llegó a Londres en un tiempo satisfactorio y poco después de una hora detuvo el deportivo escarlata frente a su hermosa casa de campo, cubierta de madreselva, en Hampstead.

Telefoneó al banco y habló con su jefe, el cual le dijo que se tomara todos los días de vacaciones que quisiera.

—¿Hablas en serio, James? —le respondió ella, riendo.

—¡No! Olvida todo lo que acabo de decirte. ¡Te echaría de menos demasiado!

—Te llamaré cuando vuelva... sólo serán unos cuantos días.

—Llámame cuando quieras, si necesitas un hombro sólido sobre el que apoyarte.

—Lo tendré en cuenta, James —respondió Kimberley antes de colgar.

James nunca había disimulado su admiración por ella, pero era un hombre guapo, adinerado y seguro de sí mismo y nunca se tomó a la tremenda las negativas de Kimberley a salir con él. Kimberley le había dicho que nunca salía con compañeros de trabajo, lo cual era cierto.

Aunque en realidad, tenía una razón para no salir con *nadie.*

Lo había intentado y no funcionó. La cuestión física era superior a ella.

Era el desgraciado legado de aquel beso fugaz que le dio Harrison. Ni de lejos la había conmovido ningún hombre de aquella manera.

Y eso tampoco era tan malo, teniendo en cuenta lo disgustada que se sintió consigo misma después del beso. ¡Si la pasión te convertía en una criatura salvaje e inconsciente a merced de su propio cuerpo, que se la quedaran otros!

Vació la nevera, telefoneó para anular los pedidos de leche y conectó el contestador. Luego dejó la maleta sobre el asiento trasero de su MG y partió hacia la autopista.

El viaje transcurrió sin incidentes, salvo por lo que aconteció cuando un coche negro, infinitamente más potente que el suyo, la obligó a pasarse al carril central y luego se perdió en la distancia de manera espectacular. Para Kimberley, que se enorgullecía de su talento al volante y poseía una personalidad apasionada y competitiva, resultó una experiencia irritante.

Sin duda se trataría de un hombre, pensó con cierta falta de ecuanimidad. Probablemente algún tipo aficionado a los símbolos fálicos para compensar sus complejos.

Volvió a ver el coche, esta vez aparcado frente al único

restaurante verdaderamente exclusivo del pueblo, que se hallaba a unos cuantos kilómetros de la casa de su madre, situado en un lugar discreto, bien apartado de la autopista. Distraída, se preguntó quién iría al volante de una máquina tan sofisticada y costosa.

Una vez en casa, deshizo el equipaje y luego preparó la cena con la comida que había traído de Londres. Madre e hija estaban saboreando una copa de vino en silencio, cuando la primera soltó la bomba.

—Eh... ¿Kimberley?

¡Conocía demasiado bien ese tono!, pensó Kimberley, divertida.

—¿Madre?

—Me gustaría pedirte un favor, cariño.

—No sé por qué, pero me lo imaginaba. Adelante... dispara.

—Eh... es un poco difícil. No sé cómo empezar...

Obviamente, se trataba de un *gran* favor.

—¿Hum?

—¿Recuerdas que te conté que Duncan estaba comprometido?

Kimberley sonrió. ¡Las madres podían ser tan transparentes!

—Sí, mamá. ¡Y no me importa, de verdad!

La señora Ryan adoptó una expresión grave.

—Ni por un segundo he pensado que te importaría, teniendo en cuenta que tú rompiste el compromiso. Sin embargo, mejor antes de la boda que después, lo que siempre digo.

Kimberley suspiró.

—¿Decías?

—Oh, sí. Bueno, la cosa es que llegará dentro de un par de días, y con la pierna mal y todo lo demás, no hay nadie que pueda tener la casa arreglada para él...

Kimberley dejó la copa de vino sobre la mesa y miró a su madre con cara de incredulidad.

—No sé adonde quieres ir a parar exactamente.

—Bueno, me preguntaba si no te importaría echarme una mano...

—¿Echarte una mano?

—Sustituirme... hasta que tenga la pierna en mejores condiciones.

—*¿Limpiando* Brockbank House, quieres decir?

—Sí, cariño.

Kimberley sacudió la cabeza.

—Pagaré a alguna mujer del pueblo para que te sustituya.

La señora Ryan sacudió la cabeza.

—Dudo que puedas encontrar a alguien en tan breve espacio de tiempo, y con las navidades a la vuelta de la esquina. Además, ya sabes lo quisquillosa que es Margaret Nash… nunca permitiría que cualquiera se acercara a todas esas antigüedades.

La señora hizo una pausa, observando de reojo la reacción de su hija.

—La faena es bien sencilla, sólo pasar la aspiradora y limpiar el polvo. Y el suelo de la cocina pasaría con una ligera fregada. Vaya… puedes considerarlo una especie de expiación, si te apetece.

Kimberley pestañeó, llena de perplejidad.

—¿Expiación?

—Aja. Sería un buen detalle después de dar calabazas a Duncan, ¿no te parece? A menos, por supuesto, que no hayas sido completamente sincera conmigo. ¿No te sentirás un poco celosa?

Kimberley lanzó a su madre una mirada muy dura antes de echarse a reír.

—¿Sabes, mamá, que hay que tener verdadero descaro para decir una cosa así? —replicó, y entonces pensó en otra cosa—. Por otro lado, a la señora Nash no le hará ninguna gracia verme por aquí…

—Oh, no, cariño, se alegrará mucho. Siempre le has caído muy bien. Y ella siempre decía que, en su parecer, no eras la mujer adecuada para Duncan.

Interesante. A ella nunca le dijo nada.

—¿Oh, eso decía?

—Entonces, ¿lo harás?

Kimberley suspiró.

—¡Qué remedio! Cualquier cosa con tal de que haya paz. Pero con una condición.

—¿Sí, cariño?

—¿Dónde… está Harrison?

—Oh, en Francia, Alemania o algo así. Residiendo en Europa mientras toma posesión de otra empresa. Su madre dice que no para de trabajar. Dice…

—Estoy segura de que tanto la señora Nash como tú

consideraréis fascinante la vida de Harrison, ¡pero a mí no me causa el menor interés!

Su madre la miró con incredulidad, pero tuvo la consideración de no pronunciar una sola palabra más.

Por desgracia una cosa era hablar de Harrison y otra muy distinta pensar en él. Y en el instante que pisó el vestíbulo de Brockbank House, Kimberley se vio asaltada por recuerdos vividos de aquel hombre odioso y calculador.

Se preguntó cómo se había dejado engatusar por su madre para que le hiciera aquel «favor». Llevaba más de dos años sin acercarse a la casa, desde aquel día horrible, cuando Harrison le dio el cheque.

A pesar de las palabras de su *madre,* le daba pavor enfrentarse a la señora Nash, pero ésta extendió la mano nada más abrir la puerta. La madre de Duncan era una mujer alta y esbelta, con los ojos castaños y dulces de Duncan. Harrison, Kimberley lo sabía, era la viva imagen de su padre, fallecido en un accidente de yate cuando los dos chicos eran muy pequeños.

—Hola, Kimberley —dijo la señora Nash—. Gracias por venir a echarme una mano.

—No es ningún problema. De verdad. Mi madre insistió en que la sustituyera.

La señora Nash sonrió.

—Eleanor es terriblemente responsable. No sé qué sería de mí sin ella, de verdad. ¿Te contó que Duncan va a casarse?

—Sí. Me alegro mucho por él, señora Nash. De verdad.

La señora volvió a sonreír.

—Me imaginaba que te alegrarías —dijo, posando una mano sobre el brazo de Kimberley—. ¿Tomamos una taza de té?

—No, gracias. En otro momento quizás. Ahora me gustaría comenzar, si *no* le importa.

—No, por supuesto que no, lo comprendo.

¿Lo comprendía la señora Nash?, se preguntó Kimberley. En realidad, no. Incluso una mujer bastante liberal como ella se escandalizaría si supiera la verdadera razón por la que Kimberley no deseaba permanecer en Brockbank House más tiempo del necesario. ¿Qué diría la señora Nash si le contara que la foto de Harrison en marco de plata que había sobre una mesa del vestíbulo

casi la estaba volviendo loca?

Kimberley la observó, procurando mirarla objetivamente. Al fin y al cabo sólo era una cara. Los rasgos no eran perfectos, la mirada demasiado fría, el mentón demasiado anguloso y duro. El fotógrafo había captado una sonrisa, pero la expresión no era alegre, sino más bien cínica.

Kimberley se apartó de la foto, se quitó el abrigo y se puso manos a la obra de inmediato. Llevaba el pelo recogido por atrás, unos vaqueros desteñidos y una de sus camisetas más viejas, que había encogido después de tantos lavados. Negra en otro tiempo, ahora tenía un tono grisáceo, y dejaba al aire unos cinco centímetros del vientre.

No encontró una fregona por ninguna parte, así que llenó un cubo de agua caliente y espumosa y se puso a limpiar el suelo a la antigua... ¡a base de frotar con las manos y arrodillada!

Ver el suelo que iba quedando limpio bajo la bayeta le produjo una curiosa sensación de relajo. La agitada vida que llevaba en Londres suponía que debía emplear a otra persona para limpiar su casa, pero en realidad era muy satisfactorio hacerlo por sí misma, decidió... si disponías de tiempo.

Estaba a punto de escurrir la bayeta cuando oyó que se abría la puerta de la cocina. Alzó la mirada suponiendo que se trataría de la señora Nash, y la sonrisa que llevaba en los labios se desvaneció. Jamás habían llenado su campo visual unas piernas tan largas. Su mirada ascendió hasta topar con un rostro duro y cruel.

Y con los ojos grises y fríos de Harrison Nash.

Capítulo 2

—Vaya, vaya, vaya… qué bajo han caído los poderosos —fue el comentario sarcástico de Harrison Nash.

Su voz sonaba como siempre, vibrante y profunda. Y desdeñosa a más no poder. Kimberley dejó caer la bayeta y unas gotas de agua salpicaron la camiseta.

—¿Sabes que me gusta verte en una posición tan servil, Kimberley? — añadió en el mismo tono aterciopelado que provocaba escalofríos de excitación y pavor a lo largo de su espalda —. Es de lo más sugerente. Y es extraño, pues nunca me atrayeron los concursos de camisetas mojadas, pero ahora veo que tendré que cambiar de opinión.

Harrison posó la mirada fría y gris sobre la camiseta calada, en la zona donde el agua perfilaba cruelmente el contorno de los senos, con absoluta precisión. Kimberley sintió que los pezones se endurecían, produciéndole una sensación dolorosa y exquisita a la vez, un calor sofocante en la boca del estómago. Vio que los ojos de Harrison se oscurecían de avidez, vio que se humedecía los labios con la punta de la lengua en un gesto de pura provocación.

«Recuerda lo que te hizo», se dijo Kimberley.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó, arrojando la bayeta en el cubo al tiempo que se ponía en pie.

—¿No te parece que soy yo el que debería hacer esa pregunta? ¿Corren malos tiempos para los banqueros? ¿Complementas la paga limpiando?

—Da la casualidad de que en esta casa se ocupa de la limpieza mi madre —lo interrumpió Kimberley con sequedad—. Dios sabe por qué lo hace, pero lo hace. Y no toleraré que la insultes.

—Jamás se me pasaría por la cabeza insultar a tu madre, pues le guardo tanto respeto como agrado. Todo lo contrario que me pasa con la Manilla de su hija. Dime, ¿acaso has urdido un plan para volver a la casa? ¿Qué intenciones traes… intentar destrozar la vida a Duncan por segunda vez?

Kimberley lo miró con cara de asombro, preguntándose si le fallaría la memoria.

—¡Estás loco! ¿De qué estás hablando?

—De tus razones para estar aquí.

—¿De mis razones? Me temo que no hablas nada claro, Harrison.

—Entonces permíteme que te lo explique. Mi hermano regresa de América, adonde se marchó cuando tú lo dejaste tirado, y trae a su prometida. Y ahora estás aquí. Otra vez. ¿Deseabas que volviera? ¿Quizás para restregarle por la cara lo que se ha perdido durante estos años? ¿Para pavonear ese cuerpecito caliente y hermoso a su alrededor?

—Sin duda, estás loco. Si te funciona la memoria, recordarás que fuiste tú el que se empeñó en que Duncan y yo rompiéramos el compromiso.

—¿De verdad? ¡Si le hubieras amado de verdad, me habrías mandado al infierno! En realidad, era eso lo que esperaba.

—¿Lo que esperabas? ¿Estás diciéndome que estabas echándote un farol, que se trataba de una especie de prueba que debía pasar para casarme con tu hermano?

—Algo así. Cuando un joven algo insensato anuncia que va a casarse, y además resulta que algún día heredará una inmensa fortuna, es prudente poner a prueba la honestidad y compromiso de *ambos* prometidos.

¡Increíble! ¡Aquel hombre vivía en la edad de las cavernas!

—¿Tu madre sabía que ibas a perpetrar ese repugnante experimento?

Harrison esbozó una sonrisa de hastío e ignoró la pregunta.

—Como ya te he dicho, esperaba que me mandaras al infierno. Sin embargo, saliste de aquí con el cheque en tus codiciosas manos. Pero eso no tiene nada que ver con lo que estuviste a punto de darme a mí, ¿verdad, Kimberley?

Ella se puso colorada como un tomate. Sólo alguien tan odioso como Harrison Nash se divertiría recordándole su comportamiento en aquel día lejano.

—Bueno, ¿en qué te gastaste el dinero? Sin duda el más fácil que has hecho en la vida, ¿no es así, Kimberley? Dios mío, si pudieras verte ahí de pie, tan altiva, tan fría y condenadamente hermosa.

Como si tuvieras hielo en las venas en vez de sangre. Y, sin embargo, sólo tengo que tocarte y arderías como la leña seca. Dime, Kimberley, ¿te pasa con todos los hombres o solamente conmigo?

—Creo que valoras en demasía tu atractivo, Harrison.

—¿Eso piensas? Tal vez tengas razón, pero en tu caso, tengo plena confianza en mí mismo. ¿Quieres que hagamos la prueba?

Kimberley percibió la avidez de su mirada y retrocedió un paso.

—¡No te atrevas a intentarlo!

Harrison avanzó hacia ella, ignorando por completo su amenaza.

—Pero tú me deseas, ¿verdad, Kimberley? Ambos lo sabemos. Me odias, y sin embargo me deseas...

Harrison la envolvió entre sus brazos, sin brusquedad, pero tampoco con delicadeza.

—Si no me sueltas, gritaré hasta...

No se oyó ningún grito. Ni siquiera existió el menor intento de resistencia, lo cual hubiera preservado en parte su dignidad. Pero no hubo ni resistencia ni dignidad. Sólo una reacción de fuerza arrolladora que se llevó por delante toda su voluntad, dejándola con una sensación insoportable, mezcla de deseo y frustración, mientras se dejaba besar.

Y tal y como sucedió en la otra ocasión, abrió la boca, ampliamente porque quería devorarlo, lamerlo por todas partes. Dejó escapar un débil gemido al entrelazar las manos sobre la ancha espalda de Harrison, abrazándose a él como si la vida le fuera en ello.

—Oh, nena —murmuró Harrison sobre los labios de Kimberley —. Sí. Demuéstramelo. Demuéstrame cómo me deseas...

Ella no sabía lo que Harrison deseaba que hiciera. Estaba respondiendo por puro instinto, besándolo con frenesí, como si nunca la hubieran besado. Y nunca la habían besado.

De esa manera, no.

—¿O te lo demuestro yo a ti? —dijo Harrison, estrechándola tanto como era posible hacerlo.

Al instante Kimberley sintió en la piel la excitación de Harrison; todavía no se había inventado la prenda que pudiera disimular lo duro, caliente y excitado que estaba.

Kimberley en un impulso instintivo comenzó a balancear las caderas contra el cuerpo de Harrison. Él lanzó una breve risotada.

—¿Quieres eso que tengo, verdad? ¿Verdad?

Harrison la besó de nuevo, deslizando una mano por su espalda, bajo la camiseta, con una lentitud sensual que le dio la sensación de que estaba recibiendo una transfusión de miel dulce y espesa en las venas.

—Oh, nena —susurró Harrison sobre su cabello.

Kimberley percibió que se estremecía, que estaba a punto de perder el control, y se apartó de él, temerosa de lo que podría suceder si no lo hacía. Harrison dejó de besarla de inmediato, y casi gritó cuando la miró con una sombría expresión de avidez que lo convertía en un extraño.

Y era un extraño, pensó. ¿Qué sabía de Harrison Nash, aparte de que representaba un peligro salvaje y amenazador?

—Has demostrado sensatez al pararme —afirmó Harrison en tono terminante— Porque me temo que, de haber seguido, no habría sido responsable de mis acciones. Sin duda no habría podido resistir la tentación y te habría quitado hasta la última prenda que cubre ese cuerpo tan hermoso antes de poseerte aquí mismo. Porque tengo la sensación de que me ha abandonado toda la razón.

Y entonces sacudió la cabeza con cara de incredulidad.

—¡Santo Dios! ¿Qué estoy diciendo? ¿Qué estoy haciendo? Mi madre podría haber entrado a la cocina. El jardinero está afuera…

Kimberley ya había oído bastante la desolada confesión de Harrison, y cada palabra que éste añadía aumentaba su propia desolación.

—Suéltame…

—No.

Kimberley alzó la mirada hacia él, los labios temblorosos, a punto de echarse a llorar.

—Harrison, por favor.

Él observó sus temblores con los ojos entornados.

—Kimberley… esto que hay entre nosotros…

—¡Sexo! —le interrumpió Kimberley—. ¡Nada más que sexo! Eso es todo. Sólo un desgraciado accidente de la naturaleza… una química entre dos personas que casualmente se odian. Y yo odio esa química, si quieres saberlo.

—No puedes odiarla más que yo —afirmó Harrison con amargura.

Kimberley intentó separarse de él, pero se vio retenida por la fuerza de sus brazos. Su determinación de escapar sólo era igualada, para su pesar, con el deseo de abandonarse a él, y a sus propios impulsos.

Abandonarse a la pasión hirviente que amenazaba con devorarla.

—¿Puedes soltarme ya, por favor?

—Sólo si prometes no echar a correr.

—No te prometo nada. Tú no tienes derecho a pedirme nada.

—¿Ni siquiera que dejes en paz a Duncan?

Kimberley podría haberse echado a llorar. Que Harrison hubiera sido capaz de hacerle el amor, y aún así la considerase tan farsante como para tener el objetivo de robar a Duncan a su prometida, le llegó al alma.

—¡Oh, por todos los cielos! ¡Eso ya pasó! ¡Es historia!

—¿Quieres decir que Duncan ya no te importa?

—Así es.

—¿Tal vez nunca te importó?

Kimberley respiró profundamente. Deseaba que Harrison la despreciara, tanto como para no volver a tocarla jamás. Y, si nunca la tocaba, estaría a salvo de los poderes que tenía sobre ella.

—Por supuesto que me importaba Duncan —dijo en un tono ronco que había oído utilizar a unas fulanas de lujo—. Pero puede que me importara más el dinero. Me hiciste un gran favor, Harrison. ¿Esto hace que te sientas mejor?

Harrison frunció los labios en una línea desagradable.

—Dios, no eres más que una perra. Y, si alguna vez dudé de que hiciera bien al comprarte, acabas de convencerme de que no me equivoqué.

Kimberley sintió fuego en las mejillas. Una cosa era saber que el rechazo de Harrison era el único modo de salvaguardar el buen juicio.

Otra muy distinta ver aquella expresión de sus ojos.

—Entonces, ¿ha valido la pena, Kimberley? ¿El dinero que te di compensó las dudas de haber tomado la decisión equivocada?

Kimberley agarró el bolso que había dejado sobre la mesa.

—Creo que ya hemos agotado el tema. Me marcho, Harrison. No puedo decir que ha sido agradable volverte a ver, porque mentiría.

Puedes encargarte de explicar a tu madre por qué no puedo seguir limpiando. Estoy segura de que se te ocurrirá algo.

La voz de Harrison era suave; resonó en los oídos de Kimberly cuando ésta salió de la cocina.

—Ahora mismo sólo se me ocurre una cosa. Y es lo mucho que te deseo, Kimberly. Tanto como tú me deseas a mí. Lo mires como lo mires, hay un asunto sin resolver entre nosotros.

Kimberly se volvió.

—En tus sueños, Harrison —afirmó con frialdad—. Adiós.

Capítulo 3

Kimberly salió de Brockbank House irritada consigo misma por su forma de tratar con Harrison. Por no hablar de la forma en que Harrison la trató a ella.

Regresó a pie a la casa de su madre dando un rodeo, y cuando llegó ya se había tranquilizado lo suficiente como para darse cuenta de que sólo resultó malparado su orgullo. Y como sólo lo sabía una persona a la que no tema intención de ver nunca más, no debía preocuparse.

Había evitado a Harrison durante dos años con éxito, y si lograba evitarlo durante el resto de su vida, aquella situación no volvería a darse otra vez. Sabía que él rara vez visitaba Woolton. Y suponía que estaba allí sólo porque Duncan iba a presentar su prometida a la familia. Una vez celebrado el compromiso, se marcharía de nuevo a Francia, a Alemania, o adondequiera que lo llevaran sus negocios de altura, de los que la señora Ryan hablaba constantemente.

Resultaría sencillo evitar a Harrison. Explicaría a su madre, sin necesidad de entrar en detalles, que por razones muy personales no podía soportar a ese hombre, y que la ayudaría en las tareas de limpieza siempre que él se hallara ausente. Luego visitaría a su madre sólo cuando supiera a ciencia cierta que Harrison estaba bien lejos de Woolton.

Por el momento, deseaba dos cosas. Que sanara el tobillo de su madre cuanto antes, pues así podría escapar del peligro que entrañaba la proximidad de Harrison, y que algo horrible le sucediera a él. Tal vez que se quedara calvo y perdiera todo su dinero...

Kimberley soltó a quemarropa a su madre que no limpiaría en la casa de los Nash mientras Harrison se hallara presente.

—¡Que limpie él! —exclamó.

La señora Ryan pertenecía a una generación muy diferente de la de su hija.

—Pero es un ejecutivo muy importante, cariño —dijo en tono reprobador.

Kimberley echó chispas por los ojos.

—Y yo también lo soy, mamá. ¡Yo también!

Los dos días siguientes transcurrieron sin incidentes. Llevó a su madre de paseo en coche, se encargó de cocinar, y tuvieron conversaciones distendidas, acompañadas por copas de vino, por las noches.

Vio a Harrison una vez que salió de compras y advirtió su presencia al volante del coche negro y de precio exorbitante que la había sacado del carril rápido el día que llegó. Tenía que ser Harrison el dueño de una máquina tan sofisticada, pensó con cierto resentimiento mientras lo observaba aparcando.

Harrison se apeó del coche. Llevaba vaqueros, polo y cazadora de cuero, todas las prendas negras, y su aspecto era diabólico. Iba sin afeitar, y el viento agitaba la cabellera negra y espesa. Él alzó la mirada y a Kimberley le dio un brinco el corazón, producido por el impacto de su mera presencia. Y entonces para colmo de males esbozó una sonrisa repentina y devastadora.

Esta vez no había malicia en su sonrisa, ni siquiera deseo. Kimberley habría desafiado a cualquiera a resistirse a la fascinación de aquella sonrisa, y ella misma hubo de esforzarse para mantener la expresión altiva y fría con que estaba mirándolo. Sin embargo, fue incapaz de apartar la mirada; algo le impedía hacerlo.

Sintió que el viento agitaba su cabello sedoso y levantaba la minifalda escocesa que llevaba, descubriendo la longitud de los muslos esbeltos, cubiertos por medias de lana. Vio que Harrison arqueaba las cejas levemente y dio media vuelta a toda prisa, dirigiéndose casi a la carrera hacia la tienda de ultramarinos.

Las conversaciones cesaron instantáneamente. Era un pueblo pequeño, y las calabazas inexplicables que Kimberley dio a Duncan habían servido de tema para habladurías durante unos cuantos meses.

Después de responder con educación y brevedad a las preguntas de la señora Spencer, la dueña del establecimiento, compró huevos, pan y la fruta que le había encargado su madre. Estaba pagando cuando oyó las campanillas de la puerta a sus espaldas. Sólo tuvo que observar la cara de excitación apenas disimulada de la señora

Spencer para saber quién acababa de entrar.

—¿Puedo ayudarlo, señor Nash? —preguntó la señora Spencer obsequiosamente.

—No, gracias. Sólo vengo para echarle una mano a la señorita Ryan con sus compras. Te llevaré a casa, Kimberley.

El hombre se creía más listo que ella. Probablemente se imaginaba que le importaba lo que pensaran los demás tanto como para seguirle la corriente.

Vaya, pues estaba muy equivocado.

—Tengo mi propio coche, gracias —respondió con sequedad—. Nunca he tenido que depender de los hombres para moverme.

—Postura muy recomendable. Estoy seguro de que haces sentirse de más a muchos hombres. Y sé que tienes tu propio coche, pero lo has dejado aparcado frente a la casa de tu madre. Es un trasto diminuto de color rojo, ¿no?

Kimberley hirvió de indignación al oír esa descripción de su adorado MG.

—¡Es mucho más agradable a la vista que esa ridícula monstruosidad que conduces tú! Pero las mujeres no tenemos que valernos del coche para olvidar los complejos que pueden tenerse en... en otros ámbitos de la vida.

Kimberley se arrepintió de pronunciar aquellas palabras de inmediato.

No sólo porque la señora Spencer estuviera erizada de indignación nada disimulada, sino porque la sonrisa sardónica de Harrison evidenciaba que él sabía y ella sabía que carecía de complejos en cualquier terreno.

—¿Estás segura de que no cambiarás de parecer? —preguntó Harrison con cierto deje burlón.

—No, gracias. Volveré a pie.

Kimberley oyó el respingo que dio la señora Spencer, al parecer escandalizada porque una pequeña desgraciada como ella osara rechazar una invitación del señor Nash... ¡y en más de una ocasión!

—No puedes volver a pie... ha comenzado a llover.

Harrison no se rendía fácilmente, eso debía reconocerlo. Kimberley sabía exactamente lo que se proponía... tenerla dentro del coche para seducirla otra vez. Al menos en la tienda estaba segura. Y dudaba que Harrison estuviera tan desesperado como para

seguirla hasta su casa.

— No me importa. Me gusta la lluvia —respondió, sosteniéndole la mirada gris con ojos azules de hielo.

Harrison pestañeó al fijar la vista en la minifalda escocesa que llevaba, a juego con la chaqueta.

—No lo dudo. Pero, aunque tu aspecto sea exquisito, no vas preparada para combatir los elementos —observó Harrison con suavidad.

—¡Eso lo decidiré yo, con tu permiso! —respondió secamente Kimberley, y entonces salió de la tienda.

Harrison le pisó los talones, y la agarró del brazo para detenerla. Inclinó la cabeza, y ella se vio paralizada por el brillo de aquellos ojos grises.

—Ya te he dicho que hay un asunto sin resolver entre nosotros.

—¡Oh, vete al infierno! —exclamó Kimberley cuando él se echó a reír, encaminándose hacia la casa de su madre.

Harrison no la siguió, y Kimberley llegó a la casa de su madre con el pelo y la ropa empapados. El pan también se había mojado y estaba incomible, pero su madre no lo notó, pues estaba saltando de excitación cuando entró en la casa.

—¿No te sentará mal dar esos brincos con el tobillo lesionado?

—Oh, no. El doctor Getty dice que ha quedado como nuevo. Oye, acaban de traer una invitación de Brockbank. Mañana por la noche Margaret Nash dará una fiesta para celebrar el compromiso de Duncan. Me ha invitado. ¡Y a ti también!

Kimberley dejó las compras sobre la mesa de la cocina y echó un vistazo a la tarjeta que le mostraba su madre.

—No pienso asistir —afirmó rotundamente.

La alegría se desvaneció en la expresión de su madre.

—Oh, Kim... ¿por qué?

Kimberley suspiró.

—Tan sólo piensa en ello, mamá. Si voy, todo el mundo se sentirá incómodo, sobre todo la prometida de Duncan. Si yo estuviera en su lugar, seguro que no me gustaría ver en la fiesta a una antigua novia de mi prometido. Y la gente haría comparaciones odiosas sin poderlo remediar. Además, me imagino que Duncan tampoco tendrá demasiadas ganas de verme. De hecho, me sorprende que me incluyeran en la invitación.

Pero ni siquiera reconocería para sí misma la verdadera razón por la que no regresaría a Brockbank House por nada del mundo.

—Tú puedes ir sola a la fiesta, seguro que te lo pasarás en grande — dijo Kimberley, secándose la cabeza con una toalla—. ¿Te importaría telefonear a los Nash para presentar mis excusas, por favor?

La señora Ryan la observó con los ojos entornados.

—Tengo la sensación de que hay algo más aparte de lo que dices. Pero lo haré, si estás absolutamente decidida...

—Lo estoy —respondió Kimberley, dirigiendo la mirada hacia el tobillo de su madre— Y, si ya te encuentras bien, mamá, entonces debo pensar en regresar a Londres.

La señora Ryan suspiró.

—No puedo decir que no me lo esperase. Es una lástima... podía acostumbrarme sin duda a tenerte en casa otra vez.

Kimberley había planeado marcharse a Londres al día siguiente, por la tarde. Después de comer, acababa de hacer las maletas cuando llamaron a la puerta. Pensando que sería su madre, la cual había insistido en ir cojeando hasta la casa de los vecinos para demostrar que podía andar, Kimberley abrió la puerta. Se trataba de una mujer de poco más de veinte años a la que no reconoció.

El cabello rubio le llegaba a la altura de los hombros. Lucía unos pantalones de corte magnífico, pero de un tono crema muy poco adecuado para aquella época del año, y una chaqueta de cachemira a juego. El oro brillaba discretamente en las orejas y el cuello, y la mujer irradiaba una seguridad que sólo podía dar el dinero, mucho dinero.

—¿Qué deseas? —preguntó Kimberley, llena de incertidumbre.

La chica frunció el ceño.

—¿Tú eres Kimberley Ryan?

Tenía acento americano, refinado y directo.

—Así es, pero me temo que no...

—Soy Caroline Hudson, la prometida de Duncan. ¿Te importaría que pasara un minuto?

Kimberley abrió por completo la puerta y se echó a un lado.

—Por supuesto que no. Pasa, por favor.

La chica americana entró de inmediato al vestíbulo.

—¿No te sientas? —preguntó Kimberley con cortesía, sin saber

muy bien la etiqueta a seguir con la prometida de su ex prometido —. ¿Una taza de té?

—No, gracias, pero sí que me sentaré un momento.

Caroline se acomodó en uno de los cómodos sillones de la sala, y comenzó a manosear la pulsera de oro que llevaba en la muñeca.

Obviamente no se sentía tan confiada como aparentaba en principio, pensó Kimberley, preguntándose el motivo de la extraña visita.

Procuró pensar en alguna frase neutra que no pudiera interpretarse mal.

—Llevas un anillo verdaderamente hermoso —dijo por fin.

Y evidentemente acertó, porque Caroline sonrió y alzó la mano hacia la luz como una prometida que siente el mundo a sus pies. El solitario gigantesco incrustado en el anillo centelleó magníficamente.

—¿Verdad que sí? Lo compramos en Tiffanys. Duncan quería darme el anillo de su familia, pero yo preferí algo nuevo. No quería llevar el mismo anillo que habías llevado tú.

Kimberley asintió.

—Me parece una idea muy sensata —afirmó, mirando a la chica americana con expresión interrogante—. ¿Quieres decirme por qué has venido a verme?

Caroline, asintió y guardó silencio por un momento antes de volver sus espectaculares ojos verdes hacia Kimberley.

—¿Ya no estás enamorada de Duncan, verdad? —preguntó con evidente ansiedad.

—¡Cielos, no! Te lo digo con la mano en el corazón. Eso acabó hace mucho tiempo y, para ser sincera, creo que fue lo mejor para los dos.

—Yo opino lo mismo. Duncan me ha hablado de ti. Sé que eres más brillante que él, y sé que eres ambiciosa… hubiera implicado que él siempre se habría sentido obligado a competir contigo, y no habría soportado esa situación. Duncan necesita una mujer como yo. A mí no me importa dejar huella en el mundo, y el dinero me sobra, lo siento si suena horrible, pero no puedo evitar ser rica. Y me sentiré muy feliz de ser la mujer de Duncan y apoyarlo. Eso es lo que quiero hacer en la vida.

—Afortunado Duncan —afirmó Kimberley—. Pero sigo sin ver…

—Duncan me ama. Lo sé. Pero...

Caroline alzó las manos en el aire y los brazaletes que llevaba en la muñeca sonaron como campanillas de viento.

—¿Cómo decirlo? Supongo que, sencillamente, tú eres un fantasma del que nunca ha llegado a librarse. Y aquí todo el mundo sabe que le diste calabazas.

Caroline observó la expresión de Kimberley.

—Lo siento. No tenía intención de ofenderte.

Kimberley sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no. Continúa, por favor.

—Es sólo que, si no vienes a la fiesta esta noche, a nadie le pasará desapercibido este detalle... ya sabes cómo es la gente. Dirán que tú no podías soportar verlo, que él no podía soportar verte a ti. Tal vez pensarán que sigue enamorado de ti —concluyó con cara de desolación.

Kimberley observó a la chica, que ahora tenía encogidos los hombros. Joven, hermosa, rica... y desgraciada por culpa de las inseguridades del amor. ¡Condenado amor!, pensó con vehemencia.

—¿Qué quieres que haga?

—Ven a la fiesta —le pidió Caroline—. Así demostrarás que no queda ningún resentimiento, ninguna emoción escondida. Necesito ver a Duncan contigo. ¿Lo comprendes?

Kimberley asintió. Parecía que Caroline necesitaba poner a descansar sus propios fantasmas.

—Por supuesto que sí.

—¿Entonces vendrás?

Kimberley se imaginó a Harrison vestido con esmoquin, la orquesta tocando una lenta balada... él sin duda se sentiría como pez en el agua en el hermoso escenario de Brockbank House. Apartó de la mente estos pensamientos.

—No me quedaré mucho tiempo, pero sí, iré a la fiesta —prometió a Caroline.

Después de todo, se lo debo a Duncan, decidió.

Las pesadas cortinas de terciopelo estaban plegadas y dejaban pasar a través de los ventanales la luz que derramaban las hermosas lámparas araña de Brockbank House, de forma que la calzada de grava se veía gloriosamente iluminada.

Kimberley, a pesar de poder recorrer a pie la escasa distancia

que separaba la casa de su madre de Brockbank House, fue en coche, pues no tenía intención de beber nada, y con el coche podría escapar apresuradamente si era necesario. Llevaba su equipaje en el maletero, pues había planeado marcharse a Londres directamente después de pasar por la fiesta.

—Y si me marcho antes que tú —dijo a su madre—, siempre podrás llamar a un taxi si no encuentras nadie que te acerque a casa.

Kimberley se había pasado una eternidad decidiendo qué ponerse.

Había demasiadas cosas que no deseaba parecer... una mujer fatal, por citar una, o una ex-amante insolente que recurría a todas sus armas para demostrar lo atractiva que podía ser. Por otro lado, si se vestía como una pordiosera, llamaría la atención y se consideraría de mal gusto, pues en la fiesta sin duda prevalecería la etiqueta.

Al final se puso su vestido negro, el que le había sacado las castañas del fuego en toda celebración social imaginable, el que nunca la había fallado. Le llegaba unos cuantos centímetros por encima de las rodillas, pero aparte de mostrar un trozo de pierna, cubría todo lo demás, con el cuello alto y las mangas largas. Su belleza radicaba en el corte y el tejido. Estaba hecho de suave seda que se agitaba como un susurro cuando caminaba.

Se recogió el cabello en un moño alto, dejando sueltos varios mechones rizados en espiral que enmarcaban el rostro. Completando el atuendo con unos zapatos negros de tacón y perlas en las orejas y muñecas, suponía que podría aguantar alrededor de una hora en la fiesta. Y, sin duda, entre la multitud, no le resultaría difícil evitar encontrarse a solas con Harrison.

Al principio no vio a ninguno de los hermanos. Fue recibida en la puerta por Margaret Nash, que le agradeció profusamente su ayuda con la casa, y por Caroline.

Caroline tenía un aspecto imponente... y también parecía muy nerviosa. Llevaba una túnica de raso escarlata que resplandecía, resaltando la hermosura de sus curvas con discreta elegancia. De inmediato se llevó a Kimberley a un lado y tomó su abrigo.

—Duncan ha ido a por más champán —susurró—. Quiero ver la cara que pone cuando te vea.

—¿Sabrá que vengo a la fiesta, no? —preguntó Kimberley, asaltada por un nuevo temor.

Caroline la miró a los ojos, con los labios fruncidos en una fina línea de determinación.

—No. No lo sabe.

Santo Dios, pensó Kimberley angustiada, preguntándose cómo podía salir de allí.

—Pensé que no era necesario decírselo —explicó Caroline, aparentemente poco preocupada por la consternación de Kimberley — Y su madre estuvo de acuerdo conmigo.

—¿Su madre?

Caroline asintió.

—Creo que será mejor que me lo expliques —dijo Kimberley débilmente, sintiéndose más alejada de la realidad a cada instante.

—La idea fue de su madre. Como yo, piensa que Duncan debe librarse de sus fantasmas. El amor de los jóvenes es muy, muy intenso, comprendes, y los dos erais muy jóvenes cuando os comprometisteis. Además, el rechazo es mucho más duro de asumir a esa edad, y la persona que te rechazó adquiere más importancia con el paso de los años. Duncan necesita verte otra vez, Kimberley. Ver que no eres una supermujer, que eres normal.

Tenía el aire de un discurso ensayado. Kimberley se quedó asombrada; no podía sino admirar las agallas de la chica americana.

Aun así, sintió la obligación de preguntar.

—Estás corriendo un riesgo, Caroline. ¿Y si te sale el tiro por la culata?

Caroline sonrió.

—Soy una jugadora nata, y no corro riesgos innecesarios. Oh, vaya... ahí viene.

Kimberley se irguió en un gesto automático, como si fuera un soldado en un desfile, observando cómo se aproximaba Duncan, seguido de cerca por un mayordomo que llevaba una bandeja llena de copas de champán.

Duncan no la había visto, pues se hallaba oculta por el gigantesco perchero del que colgaban estolas y abrigos, y pudo observarlo a sus anchas.

Asombraba lo mucho que había cambiado en dos años. Ahora parecía todo un hombre, lo cual enfatizaba lo joven que era cuando

se declaró, proponiéndole el matrimonio. Ciertamente había cambiado mucho. Vestía en un estilo conservador; llevaba un traje a medida, el pelo corto y esmeradamente peinado. Obviamente le habían influido su entorno, y el país donde había decidido residir. Miró a Caroline con expresión cariñosa, el brillo de sus ojos revelando a Kimberley todo lo que necesitaba saber.

Dio un paso adelante, con una sonrisa sincera en el rostro.

—Hola, Duncan.

Reinó el silencio. Kimberley observó la sucesión de emociones que reflejaba la cara de Duncan. Reconocimiento, sorpresa, asombro y entonces una sonrisa.

Duncan puso las *manos* sobre sus hombros, le besó ambas mejillas y se quedó mirándola.

—Kimberley. Tienes buen aspecto.

—Tú también.

Había tantas cosas que deseaba decirle, cosas que no podría decir jamás, porque si hablaba corría el riesgo de resucitar el pasado. ¿Y no era más prudente no removerlo?

Aparentemente Duncan percibió sus sentimientos, porque la miró con un brillo de malicia en los ojos, unos ojos de lo más cálido y sencillo en comparación con los de su hermano mayor.

—Kimberley — dijo Duncan en tono afable—, ¿Lo comprenderías si te diera las gracias… por hacerme el mayor favor de mi vida?

Kimberley asintió con un nudo en la garganta, sabiendo perfectamente a lo que se refería.

—Por supuesto que lo comprendo. Y gracias a ti, Duncan… por ser tan extraordinario.

Se oyó un susurro a sus espaldas.

—¿Ya conoces a Caroline?

Duncan se mostraba posesivo y atento con *su* hermosa prometida, y le dio un beso fugaz en los labios cuando ella dio un paso hacia delante.

—Sí, ya nos conocemos —dijo Kimberley sonriendo—. Ella me invitó a la fiesta. Espero que no te importe…

Caroline portaba la sonrisa confiada y victoriosa de la mujer que ha conseguido a su hombre.

—Por supuesto que no le importa, Kimberley… ¡no le importa

nada que haga yo! Vamos a la otra habitación. Y, Duncan, debes bailar con Kimberley. ¡Apuesto a que tendréis montones de cosas que hablar!

En realidad, mientras bailaron *no* hablaron de casi nada, intercambiando unas cuantas bromas sutiles y poco más. Pero Kimberley sabía que hablar no era el verdadero propósito del baile. La demostración pública de unidad y entendimiento, la sonrisa aprobadora de Caroline, viéndolos bailar, sirvió para mostrar a todos los invitados que la antigua pareja había superado sin problemas el pasado. No había corazones rotos sin cicatrizar. Todo marchaba bien.

Pero no por mucho tiempo.

Kimberley percibió que estaban observándolos, y no necesitaba ser adivina para saber quién era. Un sexto sentido la había alertado de su presencia tan pronto como él pasó al salón de baile.

Era evidente, por el zumbido de susurros excitados, que el soltero más cotizado de la fiesta acababa de llegar. Kimberley vio a mujeres pavoneándose, vio pechos henchidos y estómagos encogidos. Vio mujeres echando alrededor de la cabeza extravagantes rizos, como tempestuosas potrancas.

Kimberley miró a Duncan y abrió la boca, con la intención de decirle que iba a marcharse para buscar a su madre, cuando una voz profunda, que fue tan bienvenida como una ola de calor en el desierto, penetró en su conciencia.

—Vaya, Duncan, yo tendría cuidado si estuviera en tu lugar —fue el sarcástico consejo—. Si dejas sola mucho tiempo a tu hermosa prometida, alguien podría llevársela.

Duncan dejó caer las manos de la cintura de Kimberley inmediatamente y miró hacia su interlocutor.

—Seguro. Gracias, Harrison. Mejor iré a buscarla. Me alegro de haberte visto otra vez, Kimberley —dijo con aire ausente, y partió en busca de Caroline.

—Discúlpame —dijo Kimberley, haciendo ademán de marcharse, pero se lo impidió una mano de acero.

—Tú no vas a ninguna parte.

—Suéltame —dijo, desesperada, a la vez que el contacto con Harrison hacía brotar el dolor ya familiar para ella.

La voz profunda y aterciopelada de Harrison estaba teñida de

irritación, contenida, pero inconfundible irritación.

—Pero sin duda tú querrás bailar conmigo, ¿verdad, Kimberley? ¿O sólo quieres mirar a Duncan con esos ojazos azules? ¿A qué demonios crees que estás jugando?

—En realidad Caroline vino a mi casa hoy para pedirme que viniera. Quería asegurarse de que Duncan sólo tenía ojos para ella, lo cual, como puede ver todo el mundo, es evidente.

—¿Oh, de verdad?

—¡Sí! ¡De verdad! Y ahora puedes marcharte a aburrir a quien quieras con tu mente repulsiva y recelosa. ¡Y aparta tus manos de mí, maldita sea!

Pero Harrison ignoró las protestas, envolviéndola entre sus brazos, aprisionándola contra su pecho ancho y cálido. Harrison la asió por la cintura, con la misma delicadeza que Duncan, pero, oh, la diferencia cortó el aliento a Kimberley.

Era sensible incluso al peso de cada dedo alargado que él había posado entre las costillas y la suave curva de las caderas. El tejido de seda, que tan apropiado le pareció en su momento, ahora se revelaba contra ella, pues su insustancialidad le hacía sentir que Harrison tocaba la piel desnuda.

El aliento entrecortado, los labios resecos, Kimberley notaba los muslos sólidos de Harrison cada vez que éste los movía de forma seductora contra los suyos.

—Harrison...

Pretendía ser una súplica; sonaba como una oración. Él dejó escapar una suave carcajada.

—Sí, lo sé. Así que vamos a demostrárselo a todos, pequeña tentación. Cuál hermano deseas tanto que casi te está matando.

Si no hubiera estado tan aturdida por la proximidad de Harrison, habría oído campanadas de alarma ante aquellas palabras frías y secas, pero al mismo tiempo que las pronunciaba él rodeó por completo su cintura con los brazos y apoyó la cabeza sobre la suya.

La magia del baile podía llevar a creer lo que se deseaba creer, y aquel baile era más fascinante que cualquier otro, pensó Kimberley mientras flotaba al compás de la música con Harrison. Pues dentro de los márgenes de la decencia, en un baile lento existían muchas variaciones... desde la actitud inocente hasta la sensual... y aquel baile era profunda, infinitamente sensual. Pero no era sólo sensual...

Harrison bailaba con tal destreza que, por un momento, Kimberley hasta llegó a sentir que expresaba ternura, mezclada con el voluptuoso placer de su forma de tocarla.

O quizás, pensó Kimberley, ella estaba confundiendo la ternura con la posesividad. Después de todo, se encontraban en medio de la pista de baile, provocando las miradas curiosas de la mayoría de la alta sociedad del condado; por tanto, Harrison difícilmente podía tocarla con la pasión sin recato con que solía tratarla.

Kimberley intentó convencerse de que debía marcharse, pero tenía pocas ganas de apartar la cabeza del hombro de Harrison. Tampoco quería alzar la cabeza, pues si lo hacía, debería enfrentarse a unos ojos grises encendidos por alguna emoción misteriosa.

—¿Me dejarás marcharme ahora? —susurró Kimberley.

—No.

—Me revolveré.

—Inténtalo.

—Entonces gritaré.

—Te besaré.

—Oh, Harrison, ¿por qué me haces esto?

—¿Tú qué crees?

Ella cerró los ojos para evitar aquel brillo gris y especulativo, procurando imaginarse cómo se comportaría si Harrison fuera un ejecutivo pesado con el que debiera tratar. La sensatez quizás funcionara.

Abrió los ojos, preguntándose qué estaban diciéndole aquellos ojos enigmáticos... ¿era alegría, o un desafío? ; Daba igual.

—Eres un hombre muy atractivo, Harrison —dijo con su voz más serena.

—Me alegra que lo hayas notado —replicó él, malinterpretándola intencionadamente.

—Lo que quiero decir es que debe haber infinidad de mujeres en esta fiesta que se mueren por bailar contigo. ¿Realmente tienes que recurrir a estas tácticas de cavernícola?

—Contigo, parece que sí. Además, no quiero bailar con nadie más. Sólo contigo.

Kimberley procuró convencerse de que aquellas lisonjas no significaban nada. Tan sólo era una aproximación diferente que

tenía por objetivo sacar a la luz aquel «asunto sin resolver» del que hablaba Harrison. Y, aparentemente, razonar no servía de nada con un hombre de ideas fijas como él. Tal vez hablando a las claras le haría entrar en razón.

—Vaya, pues yo no quiero bailar contigo —dijo con sequedad, maravillada de que mentir pudiera ser tan fácil—. Por tanto, ¿podemos acabar con esta ridiculez ahora mismo, por favor?

Kimberley acompañó la pregunta con una pequeña sacudida de la cabeza. Una mecha de pelo se soltó y cayó sobre sus labios pintados de escarlata.

De inmediato Harrison lo apartó de su boca con un dedo, mirándola fijamente, y de súbito su conducta se transformó increíblemente. La elegancia lánguida que caracterizaba su forma de bailar se desvaneció. Kimberley vio que se ponía tenso todo su cuerpo y sus facciones adquirían una expresión pétrea.

—Tienes razón, toda la razón del mundo —dijo con brusquedad —. Esta «ridiculez», como tan suavemente lo has definido, no lleva a ninguna parte, maldita sea.

Y, con estas palabras, Harrison la agarró con firmeza de la mano y la sacó de la pista de baile, casi arrastrándola entre la multitud, dejando por donde pasaban decenas de miradas intrigadas.

Kimberley miró a su alrededor angustiada, esperando que alguien lo detuviera, pero todo el mundo se comportaba como si fuera absolutamente normal que un hombre llevara a rastras a una chica, como si todavía vivieran en la Edad de Piedra.

Pero la gente se limitaba a mirarlos con sonrisa indulgente, mientras Harrison la llevaba a través de varias habitaciones hasta que por fin entraron a la biblioteca. Suponía que podría haberlo detenido por sí misma; no se preguntó por qué no lo hizo hasta que ya era demasiado tarde. Podría haberlo detenido en cualquier momento, sobre todo antes de entrar en el reino de la fantasía, cuando Harrison descorrió una cortina de terciopelo que dejó a la vista un panel de madera, que cuando se tocaba, se deslizaba a un lado silenciosamente para revelar una escalera de caracol. Harrison la llevó a la escalera antes de cerrar el panel a sus espaldas.

Era una locura absurda que parecía sacada de las novelas de aventuras que leía cuando era niña... pero aun así mantuvo la mano dentro de la de Harrison, sin decir nada, ni siquiera cuando vio que

el final de la escalera daba a una habitación, la cual se hallaba sin lugar a dudas en la parte más alta de toda la casa.

Y ni siquiera pudo aparentar sorpresa cuando advirtió que se trataba de un dormitorio.

Capítulo 4

Kimberley apartó la mano de la de Harrison y esta vez él no puso ningún reparo. Se quedó mirándolo, observando su aspecto imponente con el esmoquin negro y los pantalanes de corte ajustado. Tenía el pelo negro algo alborotado... ¿sería ella la culpable?, pensó de repente.

¿Sus dedos no habían ascendido para enredarse en aquella espesura sedosa durante el baile? Mientras Harrison la contemplaba a su vez, aguardando a que hiciera el siguiente movimiento, sus ojos tenían un brillo casi luminoso, pero el gris en esencia era un color frío, se recordó a sí misma, y los ojos de Harrison encajaban a la perfección con su personalidad.

Se dio cuenta de que había estado esperando que Harrison la abrazara, pues en aquella situación no cabía ponerse a discutir sobre sus intenciones. No hacía falta ser detective para adivinar dichas intenciones. ¡Después de todo, no se sube a una mujer a una habitación con una gigantesca cama y poco más para hablar del tiempo!

—Estás sonriendo —observó Harrison—. ¿Por qué?

—Por ti.

—¿Oh? —susurró él, arqueando una ceja negra con elegancia.

—Me esperaba un poco más de sutileza por tu parte. ¿Te suele funcionar este método... este acercamiento?

—¿De qué acercamiento me hablas?

—Llevar a rastras a una mujer hasta la cama más próxima.

—No es la más próxima —replicó Harrison con sequedad—. Pero es el lugar donde puedo estar seguro de que no nos molestarán.

Sus palabras, profundas y sensuales, teñidas de cierta promesa dulce y sexual, hicieron que Kimberley sintiera un escalofrío a lo largo de la espalda.

—Estás dando por hechas muchas cosas, ¿no te parece? —dijo Kimberley, como si perteneciera a la clase de mujeres

acostumbradas a esas situaciones.

—¿Sí? ¿No te gusta la habitación?

Maderas oscuras y cortinas púrpuras, una colcha de tonos dorados y brillantes; la alcoba parecía medieval, igual que Harrison, pues se había quitado la pajarita y se hallaba en el proceso de colgar la chaqueta sobre el respaldo de una silla. Definitivamente medieval, pensó Kimberley mientras lo observaba con la boca reseca. Pero no se debía al atuendo su aspecto de otra época, sino a su pose viril y arrogante, carente de toda pretensión. Harrison la deseaba, y... y...

—¿Preferirías una seducción como las que describen en las revistas de mujeres? La cena romántica a la luz de los candelabros seguida por la proposición afectada de tomar una copa antes de retirarse. La música lenta y el revolcón en el sofá...

Harrison esbozó una sonrisa, una fría sonrisa.

—A mí me parece aburrido. ¿Tú qué opinas?

—Que eres un cínico.

—Pero no soy hipócrita.

Lo más increíble era que Kimberley estaba continuando la conversación, y disfrutando con el combate verbal en cierta manera perversa, en lugar de dar media vuelta y salir disparada de allí.

—¿Haces esta clase de cosas a menudo? La pregunta seca aparentemente sorprendió a Harrison.

—Nunca.

—¿Y qué me hace a mí diferente?

Sólo en un rincón escondido de su mente aceptaba Kimberley la verdad: que deseaba oírle decir que la amaba, que era la única mujer en el mundo para él. Pero, por supuesto, Harrison no dijo nada parecido.

Porque, según sus propias palabras, no era un hipócrita ni un mentiroso.

—Tú lo sabes muy bien —susurró Harrison—. Porque eres como un fuego que enciende mis venas y no puede apagarse. Lo sabes. No podemos seguir así. Yo no puedo seguir así. Tenemos que pasar juntos esta noche.

Una noche. Eso era todo lo que ofrecía. No, ciertamente no era un hipócrita. Kimberley sacudió la cabeza e hizo ademán de dar media vuelta, pero entonces Harrison la tocó, posando con

delicadeza las manos en sus hombros para que lo mirara a los ojos. Y ella no pudo sino gozar de la sensación de sentirlo, a la vez que de mala gana se dejaba abrasar por el fuego de sus ojos.

—Dime que no has pensado en mí durante estos dos años, Kimberley, y te llamaré mentirosa —murmuró Harrison—. Dime que no te has agitado en la cama por la noche, reviviendo nuestro primer beso, deseando que te besara otra vez, pero esta vez para llegar hasta el final. Te deseo, Kimberley… Dios, ayúdame… te deseo como jamás deseé a una mujer.

Kimberley retrocedió ante la inquietante situación, a pesar de hallarse embriagada por las palabras de Harrison. Odiar y desear a la vez…

—Pero ni siquiera me gustas… —afirmó con voz entrecortada.

Los ojos de Harrison se transformaron en dos ranuras de metal gris.

—Lo sé. Lo has dejado muy claro en repetidas ocasiones. Pero eso de gustar no sirve para nosotros… ni para esto. Esto…

Harrison se estremeció a la vez que buscaba los labios de Kimberley.

Era el final… o el principio, lo mirara por donde lo mirara, y ni siquiera podía pretender que Harrison la estaba forzando, porque recibió el beso con impaciencia, hechizada por aquel extraño ruego crudo y duro.

Harrison la besó con cierta violencia, apasionadamente, sin molestarse en disimular la intensidad de su ardor. Y Kimberley le correspondió con el mismo trato, abriendo los labios como una flor a la luz del sol. Pasó por un instante fugaz en que intentó convencerse de que no era demasiado tarde. De que, si salía por aquella puerta en ese momento, Harrison no la detendría, pues él tan sólo le había dicho la verdad. Era muy cierto que había pensado en él, revolviéndose en la cama, soñando con él, deseándolo, igual que ahora.

¿Y qué le ofrecía Harrison? Muy poco. Una noche. Nada más. Para apagar el fuego que sentía en las venas, para liberarlo de la maldición de desearla. Entonces, ¿acaso no pasaba lo mismo con ella? ¿No se libraría de esta manera del fantasma de Harrison, que la hacía aislarse mundo y le impedía llevar una vida normal?

Harrison se apartó de Kimberley y, asombrosamente, estaba

sonriendo, una sonrisa dulce y suave, más excitante aún que la presión dura y acalorada de su cuerpo. Y Kimberley se vio devolviéndole la sonrisa, olvidándose de todo excepto del placer de la noche que tenían por delante.

—Eres hermosa, Kimberley. Tan hermosa, con tu pelo negro como la misma noche, y la cara tan pálida como un rayo de luna.

Kimberley pensó que tenía que poner fin a esa situación. Harrison estaba diciendo todo lo que deseaba escuchar, pero corría el peligro de oír en sus dulces palabras seductoras más de lo que debía. Entrelazó los brazos alrededor de su cuello, apretándose contra él.

—¿No comienza a sonar esto a guía de revistas de mujeres? —le susurró al oído, aludiendo a un comentario anterior suyo—, ¿Y no dijiste que era un aburrimiento?

Por un momento, Kimberley sintió que Harrison se ponía rígido bajo sus caricias, antes de apartarla bruscamente, el rostro una serie de planos duros e impenetrables, los ojos ahora menos brillantes que opacos.

—¿Un aburrimiento? —repitió Harrison.

Y entonces deslizó una mano sobre la espalda de Kimberley hasta que encontró la cremallera del vestido y la bajó de un solo tirón.

—Encanto, esta noche puede pasarte cualquier cosa menos aburrirte.

El vestido cayó suavemente hasta el suelo con un susurro sedoso. El corazón de Kimberley latía a un ritmo más vivo que no se debía al gozo que reflejaba la mirada de Harrison, mientras ella permanecía frente a él cubierta sólo por la ropa interior, sino a la nota indefinible, casi cruel de su voz cuando pronunció la última frase.

Harrison dejó escapar un leve gruñido mientras la devoraba con los ojos y, extrañamente, Kimberley no sintió ningún pudor. Le gustó. Le gustó ver aquella mirada ávida que casi daba miedo. Harrison se hallaba a su merced, igual que ella a la suya, descubrió en ese instante.

Ajena a su semidesnudez, aguardó ante Harrison vestida con su lencería de seda y encajes escarlata hasta que la envolvió entre los brazos.

Kimberley percibía que el hombre estaba loco de excitación, besándola entre prolongados suspiros, soltándole el cabello, que se derramó en oleadas de satén negro sobre los hombros blancos como la crema. Con manos lentas y expertas, Harrison le acarició la espalda, aumentando la amplitud de los círculos que trazaba, tomándose una eternidad hasta que alcanzó los senos. Y entonces le tocó a Kimberley estremecerse y gemir, mientras los dedos de Harrison se acercaban poco a poco a los pezones, hasta que éstos se endurecieron de pura impaciencia. Él desabrochó el sostén, de forma que los senos quedaron al aire, estrujados contra su duro pecho.

Harrison la echó hacia atrás con delicadeza para contemplar los globos pálidos y turgentes, luego agachó la cabeza y comenzó a chupar uno de los pezones hormigueantes y erectos. Kimberley sintió un dardo afilado de placer en las profundidades del vientre.

—¡Harrison! —susurró sin poderlo evitar.

Detente, deseaba decir, aunque se sentía incapaz mientras miraba la cabeza morena pegada a sus senos. Nunca se había imaginado... nadie le había contado... que la cosa podía ser tan íntima, tan hermosa... tan especial.

Harrison no dejó de besarla mientras se desnudaba, prenda a prenda.

En lugar de sentir vergüenza, cuando Harrison reveló poco a poco su cuerpo espléndido, Kimberley sentía una mezcla de placer embriagador y expectación... ¿pues no había imaginado aquella escena en sus sueños, cientos de veces?

Harrison la besaba a la vez que se desabrochaba la camisa, y Kimberley le ayudó a quitársela, impaciente por sentir en la yema de los dedos su piel desnuda. Cuando posó sus propias manos sobre la mata de vello que cubría su pecho, le oyó gemir de gozo.

Él la besó con más ardor, haciendo crecer su excitación, y Kimberley se dejó llevar sobre la alfombra suave y mullida.

Los besos de Harrison descendieron de los labios a los senos una y otra vez.

Kimberley percibió el resplandor de los ojos grises cuando Harrison se arrodilló sobre ella y comenzó a explorar su cuerpo con la boca, como si estuviera rindiendo homenaje a cada poro de su cuerpo. Hundió la lengua en el ombligo de Kimberley, y ella echó la

cabeza hacia atrás cuando abrió una senda hacia las bragas. Y entonces permaneció a la espera, la aprensión sólo superada por la expectación anhelante ante su próximo movimiento.

Harrison asió el borde de la prenda pequeña y liviana y rasgó el encaje delicado y escarlata, que hizo un pequeño susurro al romperse.

Pensar en los pocos miramientos de Harrison con la costosa ropa interior de lujo hizo que Kimberley se pusiera a temblar con renovada excitación.

Vio que Harrison sonreía cuando la prenda cayó al suelo. El dirigió la mirada hacia el cuerpo desnudo y exuberante. Kimberley dejó escapar un gemido de pura impresión cuando él le separó los muslos con suavidad y hundió la cabeza para besar el sedoso triángulo de vello.

—No —suplicó Kimberley, pero le temblaba el cuerpo de placer.

—Oh, sí —susurró Harrison, antes de encontrar con la lengua el punto sensible y doliente que comenzó a lamer con parsimonia, una y otra vez, hasta que cayó en la cuenta de que estaba arrastrándola hacia un camino sin retorno.

—¡No! —protestó de nuevo con voz desgarrada, pero era demasiado tarde.

Incrédula, se movió al ritmo de las irresistibles oleadas de placer que la engullían, y acabó por explotar contra la boca de Harrison, sollozando, mientras él la llevaba entre sus brazos.

Se sentía perdida, vulnerable, estremeciéndose entre sus brazos mientras remitía el clímax, y Harrison la tranquilizó acariciándola por todas partes, hasta que el delicioso calor comenzó a crecer de nuevo, y Kimberley comenzó a jugar con las tetillas de Harrison de la misma forma que había hecho él con sus pezones.

Alzó la vista una vez más para mirarlo de reojo. Tenía los ojos cerrados, una expresión de exquisita pasión cincelaba su rostro. Excitada, Kimberley bajó la mano para acariciarlo con la misma intimidad que él la había acariciado, y se le cortó el aliento con el placer de la primera caricia... Oh, era fascinante poder tocarlo de aquella manera.

Lo sintió estremecerse bajo sus dedos, mientras lo acariciaba de modo experimental, esperando a que se excitara más y más. Entonces, deseando saborearlo igual que había hecho él, agachó la

cabeza y se llevó a la boca el imponente emblema de su virilidad... Le oyó gruñir de gozo antes de sentirse apartada con firmeza. Harrison la alzó entre los brazos, posándola sobre su propio cuerpo.

—No —dijo rotundamente.

—Oh —se lamentó Kimberley.

Harrison se echó a reír.

—¿Por casualidad no habrás leído un libro sobre la mujer ideal de todo hombre? Porque, de ser así, tal vez te hayas saltado un capítulo, cielo mío. No quiero ningún sustituto, no esta primera vez. He soñado con esto demasiado tiempo como para desear otra cosa que no sea la auténtica, Kimberley. Tú.

—Pero tú me lo hiciste.... entonces, ¿por qué no?

Harrison se sorprendió ante su insistencia. Kimberley podía leer en sus ojos una mezcla de emociones... excitación, diversión, y... ¡sí, definitivamente estaba un poco impresionado!

—No debía suceder una cosa como ésta —afirmó Harrison con cierto deje irónico—. Pero resulta que tú eres muy sensible y respondes con increíble intensidad.

Y sus labios encontraron los de Kimberley.

Pero sólo contigo, pensó ella, sintiendo debajo la desnudez de Harrison, recordando otros hombres que intentaron excitarla, de los que ni siquiera podía soportar un simple beso.

—¡Oh, Dios, Kimberley! —exclamó en un suspiro, estrechando los brazos alrededor de su cintura—. Eres maravillosa. ¡Sencillamente, maravillosa!

Kimberley sentía la tensión y excitación crecientes, se emborrachaba de puro goce, disfrutando de las caricias tanto tiempo anheladas.

Apenas podía creer que estuviera sucediendo realmente, a ella, tendida con Harrison en una maraña de brazos y piernas desnudos. La sangre le palpitaba como una tormenta de truenos en los oídos, y pensaba que iba a morirse a menos que él la poseyera. En un impulso audaz, movió levemente el cuerpo, de manera que se puso sobre él directamente. Sólo un pequeño movimiento, un diminuto movimiento, los separaba de la absoluta unión.

—Vamos a la cama —susurró Harrison en tono apremiante.

Kimberley respondió empujando con las caderas provocativamente, contra las suyas. A través de ojos vidriados por

la pasión, vio en los ojos de Harrison la expresión de la impotencia. Aparentemente, el hombre se rendía a la batalla.

—Eres una bruja —le susurró sobre los labios—. Una brujita demasiado bella.

Entonces Harrison la puso sobre la alfombra, tendida sobre la espalda, y penetró en ella con fuerza dulce y desbocada a la vez.

Kimberley despertó en la cama y, tan pronto como recobró la consciencia, recordó dónde se hallaba. Sobre uno de los muslos sentía un peso extraño… la pierna de Harrison, y el sonido rítmico que oía junto a ella era su respiración.

Se quedó paralizada, conteniendo el aliento, temerosa de que él pudiera percibir por medio de un sexto sentido que se había despertado. Porque, debía afrontar la realidad, Harrison había descubierto todo lo que había que saber respecto a su cuerpo durante aquella larga noche que pasaron haciendo el amor. ¡Pensar que era una completa novata antes de comenzar y que ahora se sentía capaz de reescribir el Kama Sutra, añadiendo unos cuantos capítulos extra!

Se le aceleró el corazón. Nunca habría soñado que pudiera ser tan… tan maravilloso, tan conmovedor, tan paradisíaco… faltaban adjetivos en la lengua inglesa para describirlo. De hecho, perdió la cuenta de las veces que Harrison le hizo el amor. Y cada vez parecía más especial, más intensa, los besos más profundos y dulces. Se vio deseando murmurar monadas amorosas al oído de Harrison, decirle que era el hombre más extraordinario del mundo, que lo adoraba. Deseaba inventar apodos tontos para él. ¡Deseaba prepararle huevos cocidos para desayunar! ¡Estaba enamorada!

¡Oh, Kimberley! ¿Qué has hecho? La felicidad gloriosa y resplandeciente se desvaneció como un hielo en un vaso de agua hirviendo. Que ella se sintiera increíblemente afectada por lo sucedido, no implicaba que Harrison se sintiera igual. Él había dicho «una noche».

¡Sólo porque se hubiera mostrado tan dulce, apasionado y espectacular durante la mencionada noche, no quería decir que estuviera deseando visitar joyerías ni inmobiliarias, ni hojear catálogos de Tupperware!

Debía pensar con calma. Y entonces casi gritó al recordar su coche. ¡Su coche!

Su deportivo escarlata se hallaba frente a Brockbank House, sin duda revelando el hecho de que había pasado allí la noche. ¡Haciendo saber hasta a los más despistados cómo había pasado las últimas horas!

Contuvo un lamento y volvió la vista hacia el reloj digital de Harrison, que él había dejado sobre la mesilla de noche. Eran las cuatro de la madrugada.

Lo mejor sería salir sigilosamente de Brockbank House y regresar a Londres. Si topaba con alguien, siempre podía decir que había bebido un poquito de más y que había dormido la mona. Debía esperar que no le preguntaran dónde.

La alternativa consistía en volverse a dormir y encontrarse con la señora Nash, Duncan y Caroline mientras desayunaban.

Y luego quedaba Harrison.

Kimberley miró de nuevo la figura desnuda y dormida. Apartarse de él iba a constituir un infierno, pero era inevitable. Si Harrison había decidido que con una noche bastaba, marchándose se libraría de la humillación de oírlo despidiéndose por la mañana.

Sintió un sudor gélido en la piel, producto de alguna oscura emoción.

¿Harrison hablaría literalmente cuando se refirió a «una noche»? Y, en ese caso, ¿sería ella capaz de soportarlo? Se mordió el labio con fuerza.

No tenía opciones… debería soportarlo. Tragó saliva, decidiendo que, si Harrison no quería saber nada más de ella, aunque se le partiera el corazón en mil pedazos, al menos conservaría el orgullo y la dignidad de cara al exterior. Ciertamente, no iba a suplicarle que la viera otra vez.

Con mucho cuidado, Kimberley se encogió para librarse de la pierna de Harrison y rodó hasta el borde de la cama, conteniendo el aliento para comprobar si se había despertado.

Seguía dormido.

Se levantó de la cama y sintió un escalofrió cuando el aire frío de la noche mordió su piel desnuda, entornando los ojos en busca de sus ropas.

Silenciosa como la misma noche, se puso el sostén y se pasó el vestido negro por la cabeza, antes de calzarse. Se llevaría en la mano las medias, el cinturón y… En la oscuridad se sonrojó,

dirigiendo la mirada hacia las bragas rasgadas. Se agachó para llevárselas también, y entre los dedos hizo una bola de encaje escarlata. Sin poderlo evitar, hizo una mueca de remordimiento. Que Harrison le hiciera el amor era una cosa, ¿pero tenía alguna obligación de responder sin el menor asomo de recato? Sin duda, para una virgen no debía ser correcto sentirse tan excitada porque le rasgaran las bragas...

—Mándame la cuenta —dijo una voz seca y ronca.

Kimberley se volvió hacia la cama. Un par de ojos grises muy fríos estaban observando cada uno de sus movimientos. Al ver la dureza de sus facciones, se sintió aturdida.

—¿La cuenta? ¿De qué estás hablando?

Harrison recostó la cabeza sobre las manos y continuó sometiéndola a un gélido escrutinio.

—Mándame la cuenta —repitió con aire de indiferencia—. Por tu lencería. Debo decirte que no tengo la costumbre de romper la ropa a las mujeres, pero me temo que tú has sacado lo peor que hay en mí, Kimberley.

Kimberley no podía imaginarse una afirmación tan repugnante respecto a la noche que habían compartido, y se sintió dolida, humillada y horrorizada, pues había sido tan ingenua como para ilusionarse con la posibilidad de que Harrison se despertara con la idea de contemplar alguna perspectiva de futuro con ella.

Le dedicó la clase de sonrisa vacía que habría dirigido a una alimaña.

—El sentimiento es muto —replicó con frialdad—. Te odio, Harrison.

—Ni la mitad de lo que yo me odio a mí mismo, querida mía. Pero, como ya te he dicho, lo que hay entre nosotros no tiene nada que ver con el gusto —añadió con cierta amargura.

Sintiéndose humillada, como una fulana barata, Kimberley dio media vuelta, las náuseas corrompiendo las profundidades de su corazón.

—¿Kimberley?

Ella se quedó petrificada, un estúpido brote de esperanza naciendo en su interior.

—¿Qué?

Se volvió para mirar a Harrison, y la indiferencia arrogante que

vio le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Me temo que no me has dado oportunidad de hablar sobre lo de esta noche —dijo con tono tajante—. Y... veamos... ¿cómo puedo decir esto sin parecer insultante? En vista de tu impaciencia por consumar el acto, doy por hecho que seguirás algún método anticonceptivo... ¿no?

Kimberley se quedó helada. Quería llorar, gritar.

Morirse.

Lo miró fijamente. ¿Qué demonios? Ya le había dicho una mentira enorme, afirmando que lo odiaba. Una más no haría daño.

—Por supuesto que sí —respondió con sequedad antes de marcharse.

Salió de la habitación y, tras encontrar el bolso sobre una mesa del vestíbulo, salió corriendo de la casa, desolada y estremecida de frío. Se puso al volante de su diminuto deportivo escarlata y puso rumbo a Londres como si la persiguiera el diablo.

Capítulo 5

Kimberley permanecía tendida en la cama, inmóvil, esperando a que se le pasaran las náuseas.

Los capullos blancos como la nieve del cerezo bailaban al son de la brisa en una hermosa tarde abrileña.

Las náuseas matinales, pensó medio aturdida, no constituían ningún problema serio, ¡pero las de última hora de la tarde no encajaban en absoluto con su horario! Por fortuna James, su jefe, se había mostrado increíblemente acomodaticio, permitiendo que ella controlara por sí misma las horas que se tomaba libres y recuperaba cuando podía. De modo que no era extraño que comenzara a trabajar a las seis de la mañana y lo dejara entre las tres y las cuatro, cuando solían comenzar las náuseas.

El médico le había dicho que las náuseas y vómitos remitirían cuando entrara en el cuarto mes, pero ya llevaba casi cinco embarazada y no notaba el menor síntoma de remisión.

Recordó el día que descubrió que estaba embarazada. Había regresado a Londres, abatida y obsesionada por el desgraciado incidente con Harrison. Tenía la sensación de haber perdido hasta el último resquicio de orgullo. Sabía que no volvería a verlo jamás. Pero las navidades estaban a la vuelta de la esquina y no deseaba disgustar a su madre.

Por tanto, la semana siguiente, habiéndose preparado mentalmente para un posible encuentro con Harrison, pues suponía que se habría quedado a pasar las fiestas con su madre, regresó a Woolton. Pero Harrison no estaba allí.

Había regresado a Francia el día después de la fiesta, según decía la señora Nash.

Y, en cierto modo, su brusca partida constituyó una ayuda; Kimberley supo a ciencia cierta que no valía la pena albergar falsas esperanzas.

Una semana después de la Navidad comenzó a experimentar los primeros temores. Y en cuestión de un día, a pesar de su

inexperiencia, supo que estaba embarazada.

Y lo supo sobre seguro aquel mismo fin de semana. Se pasó casi dos días seguidos en cama, mirando el techo mientras procuraba hacerse cargo de la enormidad de aquel acontecimiento que iba a cambiar su vida por completo.

El mismo día que lo supo decidió que no se lo contaría a Harrison.

Habría sido absurdo. Sin duda él no desearía ser molestado por las consecuencias de su famosa «una noche», sobre todo cuando la condenada noche sólo sirvió para aliviar la carga de una química sexual cuya fuerza ninguno de los dos pudo resistir.

Dudaba que Harrison deseara verse implicado con un bebé nacido de una madre que despreciaba, por tanto la única posible razón para informarle era de tipo económico, y desde luego ella no iba a pedirle un solo centavo.

Y, aunque dinero no le faltaba para criar debidamente a su bebé, tampoco lo iba a necesitar, porque también decidió algo más durante aquel fin de semana... lo daría en adopción.

El médico se sorprendió al oír su deseo. La adopción constituía un paso radical, le dijo, traumático para la madre, renunciar a la criatura después de llevarla nueve meses en las entrañas. Le aconsejó que, en situaciones como ésa, una mujer tenía otra alternativa. Kimberley rechazó dicha posibilidad sin pensarlo dos veces. No podía matar a su hijo... el hijo de Harrison.

El médico entonces le preguntó si había considerado la posibilidad de conservar el bebé, afirmando que la sociedad aceptaba a las madres solteras en la actualidad.

Kimberley había considerado esa posibilidad, por supuesto. Pero, a la larga, ¿conservar el bebé no sería peor? ¿Sería justo que lo criara sólo una madre a la que no le había quedado otro remedio? Más aún, ¿una madre que debería trabajar largas horas para poder mantenerlo? ¿No se convertiría el pobre crío en el típico hijo de mujer soltera, con todas las desventajas inherentes? ¿Acosado de sol a sombra, siempre en manos de niñeras a las que ella ni siquiera podría conocer, en las que quizás ni siquiera podría confiar?

Haría lo que considerase mejor para su bebé; tendría un embarazo feliz y saludable y luego lo daría en adopción. A

cualquier pareja enamorada, cariñosa y afable que no pudiera tener hijos, que podrían ofrecerle mucho más que ella.

Aparte del médico, sólo James conocía su estado. Los demás compañeros de trabajo y las amigas que tenía en el club deportivo que solía frecuentar pronto lo descubrirían por sí solos. No existía ningún motivo para decírselo a nadie más, y sobre todo no quería que lo supiera su madre… pues sería terrible que descubriera que iba a tener un nieto del que sólo podría despedirse…

James se había portado extraordinariamente bien con ella, apoyándola en todo momento, diciéndole que podría conservar el cargo en el banco si así lo deseaba.

Sólo había dos cosas en las que había insistido Kimberley. La primera, que James nunca le hablara del bebé. Hablando del bebé sólo conseguía hacerlo más real, y sabía que, cuanto más real fuera, más duro sería renunciar a él. La segunda, que no deseaba ningún detalle típico de la parafernalia que provocaba un embarazo. Nada de guantecitos, ni zapatitos, ni nada por el estilo, exactamente por la misma razón.

Kimberley dormitó durante una hora, hasta que desaparecieron las náuseas. Entonces se levantó y se dio una ducha para espabilarse. Se puso unos pantalones y una sudadera y encendió la televisión, decidiendo con cierta holgazanería que, una vez superadas las náuseas, debería pensar en comer algo. Y en ese momento sonó el timbre de la puerta.

Como todavía era de día, abrió la puerta sin pensarlo. Y empalideció cuando vio a Harrison.

Llevaba un atuendo formal, un asombroso traje cuyo tono recordaba al de la harina de avena, que podía ser de Armani. Sin embargo, tenía el pelo alborotado y la corbata de seda aflojada.

La miró con ojos chispeantes, pero Kimberley no pudo percibir ninguna emoción en su rostro. Absolutamente ninguna.

—¿Puedo pasar? —preguntó con frialdad, pero el tono poseía cierto tinte extraño, algo que Kimberley debería haber comprendido y fracasó en el intento.

Los latidos del corazón se calmaron, permitiendo que respirara profundamente… el oxígeno que necesitaba, y respondió con idéntica frialdad.

—¿Para qué? Dudo que exista algo de lo que valga la pena que

hablemos.

Harrison frunció los labios.

—Silencio. Hablar nunca fue nuestro punto fuerte, ¿verdad, Kimberley?

La insinuación sensual disimulada tras el insulto de seda consiguió que se sonrojaran las mejillas de Kimberley. Ella iba a cerrar la puerta pero, como el protagonista de una película de detectives, Harrison puso un zapato elegante en el resquicio de la puerta para impedirlo.

—¿Qué te crees que estás haciendo? ¡Quita tu maldito pie de la puerta! ¡Ahora mismo!

El pie no se movió.

—Te dije que quería pasar...

—Y yo te dije...

Kimberley se quedó boquiabierta cuando Harrison la apartó a un lado, entró a la casa y luego cerró la puerta con suavidad. Asaltada por el pánico, observó que se dirigía a la sala como Pedro por su casa. Toda clase de pensamientos y temores se apoderaron de ella. ¿Harrison no podía saberlo, o sí? ¿Lo sabría?

Harrison miró a su alrededor, observando las cortinas de seda azules como las plumas de un pavo real, los cojines del mismo color, colocados sobre el cómodo sofá de color rosa claro. En un jarrón alto de tono carmín había unas flores rosas de aroma fragante.

—Hum —murmuró Harrison, asintiendo con la cabeza—. Elegante, y a la vez acogedora. Exquisito gusto, Kimberley. Pero lo cierto es que nunca me cupo la menor duda de que lo tendrías.

Kimberley ni necesitaba ni quería aquel comentario aprobador.

Entonces, ¿no era de lo más patético que se sintiera tan complacida por el visto bueno de Harrison respecto a su casa?

—¿Qué haces aquí? Pensaba que residías en Francia.

—Y así era. Pero me he trasladado.

—¿A... a Inglaterra? —preguntó Kimberley con voz temblorosa.

Harrison le dedicó una sonrisa helada.

—A la mismísima Inglaterra. A Londres, para ser preciso.

Kimberley puso los ojos como platos.

—¿Por qué?

—Debo atender ciertos negocios acuciantes aquí. ¿Por qué si no?

Los esfuerzos para no provocar las sospechas de Harrison respecto a su estado estaban matándola.

—Sigo sin saber la razón por la que estás aquí. ¿Qué demonios quieres?

Harrison esbozó una sonrisa repulsiva, en son de burla acercó la cara a la de Kimberley, cuyo corazón se aceleró descontrolado, como si ella pensara que estaba a punto de besarla.

—Eso depende de lo que haya en oferta —dijo Harrison, tartamudeando ligeramente.

Entonces Kimberley cayó en la cuenta de que había algo extraño en él... había bebido.

Oh, no estaba borracho. De alguna forma resultaba imposible imaginar a Harrison sin dominio de sí mismo, sin contacto con su formidable inteligencia. Aun así, obviamente había bebido lo suficiente como para mostrarse osado. Lo podía ver en el brillo peligroso de sus ojos grises, y de repente se sintió asustada. No debía descubrirlo. No debía.

—¡Has bebido! —le recriminó. Harrison se acomodó en una de las sillas sin pedir permiso.

—Sí, es verdad. Beber para olvidar a la perrita más fría que he tenido el infortunio de conocer.

—¿Has venido sólo a insultarme?

—He venido a ver cómo estás.

Harrison soltó una carcajada que estremeció a Kimberley. Era el sonido del vacío y la amargura, y le partió el corazón. La cabeza ladeada, él se quedó mirándola. —Y ahora que te miro, tienes un aspecto lamentable. Horrible.

—Muchas gracias —replicó Kimberley. Se hallaban sobre un terreno peligroso. Harrison decía la verdad... su aspecto era horrible, pero él no podía descubrir la razón.

Llevaba poniéndose enferma todas y cada una de las tardes de los últimos cuatro meses, por lo que, en lugar de engordar, había perdido peso en la etapa inicial del embarazo. Y dicha pérdida se reflejaba en la palidez enfermiza de las mejillas. Incluso la cabellera, negra como el azabache, había perdido su lustre habitual. Y sabía que los pantalones negros y la sudadera blanca sólo resaltaban su falta de color. El médico le había dicho que montones de mujeres adelgazaban en la primera fase del embarazo, que no

existía ninguna razón para temer posibles daños del feto, y que no debía preocuparse. Pero, por supuesto, Kimberley se preocupó.

—Y yo he visto que tú en cambio pareces mejor —replicó con sequedad.

—¿De verdad lo has notado? ¿Cuándo? ¿Cuando me dejaste, desnudo y muriéndome de deseos, huyendo como un ratero en medio de la noche? ¿Será por culpa de tu mala conciencia que te encuentras así, Kimberley? ¿Te pusiste enferma al recordar lo que habíamos hecho?

Mentiras, gloriosas mentiras. La salvación de Kimberley dependía de las mentiras. Podía ocultar el sufrimiento tras ellas. Encogió sus hombros esbeltos.

—Tomémoslo de esta manera... sucedió, y es mejor olvidar, ¿no estás de acuerdo?

Harrison esbozó una sonrisa sardónica.

—¿Y, si no lo estoy, qué pasa?

Ignorando la pregunta, Kimberley lo miró fijamente, irritada por la inquietud que sentía al tenerlo en su propia casa, la angustia que hacía palpitar su corazón al verlo repanchigado sin el más mínimo recato.

—¿Te apetece una taza de café? —le preguntó con intención descarada—. ¿Antes de marcharte?

—No, no quiero café. Tú sabes lo que quiero. ¡Te quiero a ti!

En los ojos entornados de Harrison podía verse nítidamente la manifestación de una promesa cargada de sexo.

El cuerpo respondió a Kimberley como si llevara puesto el piloto automático. Se enrojecieron sus mejillas, sintió un intenso calor en las venas, y todo por culpa del maldito deseo...

¿Percibió Harrison su debilidad? ¿Por eso aprovechó la oportunidad y para arrastrarla sobre el sofá, llevándola junto a él? Por unos momentos siguió funcionando con el piloto automático y se le suavizó el cuerpo, floreciendo al entrar en contacto con el suyo, duro y viril, fornido y magnífico.

—No puedo dejar de desearte, Kimberley, ¿lo sabías? Haga lo que haga, el deseo no desaparece. ¿A ti te sucede igual, verdad?

Mientras hablaba, Harrison la besó en el cuello, deslizando las manos sobre los firmes senos. Kimberley sintió que se derretía de deseo, que el cuerpo anhelaba las caricias de aquellas manos

fuertes, cuando él la tendió sobre el sofá y la besó con la avidez de un hombre que jamás había besado en su vida.

Una oleada de calor primitivo, elemental, transmitido por aquellos besos hambrientos, arrastró a Kimberley mientras se dejaba acariciar. Se sentía inundada, embriagada, carente de toda sensatez, mientras deslizaba distraídamente las manos sobre los hombros de Harrison, hasta posar las palmas sobre su pecho. El gemido de placer que susurró él sobre sus labios tuvo el mismo efecto que echar gasolina a un fuego.

Kimberley dejó caer la mano sobre el regazo de Harrison, gozando de las duras palpitaciones que sentía en los dedos cuando los deslizó sobre la evidencia imponente de su excitación.

Harrison dijo algo increíblemente profundo en un susurro entrecortado, llevando una mano bajo la sudadera de Kimberley para acariciarle un costado, subiendo hacia los senos. Ella se quedó petrificada.

Sólo habían pasado juntos una noche, pero Harrison conocía su cuerpo mejor de lo que lo conocería cualquier otro hombre en treinta años. Cada curva, cada valle, cada cueva, habían sentido sus caricias y sus besos, la dura evidencia de su virilidad. En algún momento durante aquella noche maravillosa e inolvidable, Kimberley tuvo la sensación de que, si hubiera podido, Harrison habría desnudado su alma y su corazón, además de su cuerpo. Tal era su deseo de poseerla por completo, totalmente.

Cierto, casi en el quinto mes de embarazo, una leve hinchazón del vientre hubiera sido normal, sobre todo en una mujer tan delgada como Kimberley, pero la pérdida de peso implicó que apenas se le notara.

Pero para ella la diferencia resultaba perceptible, y también lo seria, se temía, para Harrison. Y, aparte de todo lo demás, utilizaba una talla más de sostén desde que estaba embarazada... a veces debía acostarse con el sostén puesto por culpa de lo hinchados y doloridos que tenía los senos. Sin duda, Harrison acabaría por notar ese detalle.

Kimberley se irguió sobre el sofá. Tenía que sacar a Harrison de la casa. Y rápidamente.

Él le dirigió una mirada interrogante, arqueando las cejas en gesto burlón.

—Bueno, ¿qué te ha hecho cambiar los planes? —preguntó como si no le importara un pimiento.

Pero Kimberley sabía, por la tensión de sus facciones, que detenerse ahora le resultaba tan doloroso como a ella. Pero era imperativo que la razón se impusiera a los deseos por un hombre que no se preocupaba lo más mínimo por ella.

—¿Cambiar los planes? ¡Arrogante bastardo! ¡Para empezar, yo no tenía ningún plan!

—¿No? Yo recibía un mensaje muy diferente...

—¡Sea cual sea el mensaje que te envíe, tú sólo lo ignoras y luego lo interpretas como te interesa! —lo acusó Kimberley, consciente de que era injusto... y mentira.

—Oh, vamos, vamos, Kimberley. Tu gran inteligencia pega muy mal con la hipocresía descarada.

Kimberley desvió la mirada.

—Ahora, me gustaría que te marcharas de una vez por todas. Por favor.

—No me marcharé hasta que te haya dicho lo que he venido a decirte.

—Me muero de ganas de escucharte.

Kimberley se levantó con la intención de poner distancia entre ellos, y se acercó a la ventana. Estaba anocheciendo, y el blanco de los capullos del cerezo casi poseía un brillo mágico en la penumbra.

—Quiero hacerte una proposición —dijo Harrison, sin dejar de observarla por un solo momento.

—¿Otra proposición? ¿No se tratará de dinero?

—No. Nada relacionado con el dinero.

—Sigue. Te escucho.

—Quiero verte.

Los violines amenazaban con ponerse a sonar, pero Kimberley los detuvo.

—¿Verme? ¿Para qué?

—Para lo que quieras —respondió Harrison con su fría imitación de una sonrisa—. Para ir al cine, a cenar, a comer en el campo... Ya sabes, el tipo de cosas que suelen hacer las parejas.

—¿Y la cama, presumiblemente? Te olvidas de la cama.

—Oh, no, Kimberley. Jamás me olvidaría de la cama.

Por primera vez, Kimberley dio gracias al cielo por estar

embarazada, porque el bebé la protegía de su propia estupidez, en cierto modo. ¿Pues podría haber puesto la mano en el corazón y afirmar que, de no ser por el embarazo, no habría sentido la tentación de aceptar la proposición de aquella mente fría como el hielo y seguir adelante? ¿Para luego ver su orgullo arrastrado por los suelos y acabar con el corazón más destrozado todavía?

—Lo siento —respondió con indiferencia—. No me interesa.

El rostro de Harrison adquirió un aire sombrío que afectó a Kimberley más de lo debido. Obviamente, el hombre no estaba acostumbrado a que rechazaran sus propuestas. Ella jamás supo si Harrison habría intentado besarla otra vez para que cambiara de parecer. Probablemente, no, decidió. En cualquier caso, sonó el timbre de la puerta interrumpiendo la escena.

Harrison permaneció inmóvil, sentado donde estaba, frío y ausente, como si fuera de piedra. Kimberley salió de la sala, preguntándose quién sería, y cómo podría librarse de Harrison antes de que se derrumbara y lo soltara todo.

Era James. Con un ramo de rosas rojas. Su jefe sonrió.

—Vi las flores en un escaparate y...

James dejó de hablar cuando vio la mirada de advertencia de Kimberley. En un arranque de inspiración, ella descubrió un modo de librarse de Harrison definitivamente.

—¡Oh, cariño! —exclamó, tomando las rosas de las manos de James, y plantó un beso en la mejilla de su sorprendido visitante, a la vez que se agarraba a uno de sus brazos—. ¡Son verdaderamente hermosas! Pero no deberías haberte molestado... ¡me mimas demasiado!

Kimberley oyó una pisada a sus espaldas y se dio la vuelta, como si hubiera olvidado por completo al hombre moreno, corpulento como una torre, con cara de pocos amigos, que permanecía en el umbral de la sala observándolos.

—Pasa y te presentaré a un viejo amigo. Harrison, te presento a James Britton, mi jefe. James, tengo el placer de presentarte a Harrison Nash.

Casi se podía palpar la tensión en el aire. Harrison esbozó una sonrisa más falsa que una moneda de dos caras y estrechó la mano a James, haciendo un brusco ademán con la cabeza.

—La nuestra ha sido una amistad muy breve, me temo —dijo

Harrison, lanzando a Kimberley una extraña mirada—. Estaba a punto de marcharme. Adiós.

La despedida parecía definitiva y, aunque era lo que deseaba, Kimberley sintió una súbita oleada de pánico.

—Te acompaño afuera —dijo a la desesperada.

Kimberley salió fuera de la casa, pisando los talones a Harrison.

Aunque sintió la tentación de decirle la verdad, cuando él se volvió y pudo ver su expresión desdeñosa, cambió de parecer.

—¿Tu jefe? —preguntó Harrison en tono sarcástico—. ¡No cabe duda que se te dan de maravilla las relaciones públicas! Dime, ¿tu querido James sabe que estabas tocándome unos minutos antes de su llegada? Debe ser increíblemente confiado, o increíblemente estúpido. O las dos cosas.

La acusación fue como una puñalada para Kimberley, le dolió más de lo que podía expresarse con palabras.

—¿Cómo te atreves? —musitó entre dientes apretados—. ¡No permitiré que insultes a James!

—Estoy insultándote a ti, cielo.

—¡Fuera de aquí!

—No te preocupes. Me marcho.

Y entonces la besó en los labios, brutalmente, revelando a las claras todo el desprecio que sentía hacia ella.

—Gracias por el recuerdo —dijo con amargura antes de alejarse.

James fue al encuentro de Kimberley pero no dijo nada cuando vio sus labios temblorosos, las lágrimas que se derramaban de los ojos azules como agua de las compuertas abiertas de una presa. Llevó un brazo alrededor de los hombros de Kimberley, cálido y confortante, y dejó que llorara con la cara apoyada contra su pecho. Y ella lloró y lloró hasta que se le acabaron las lágrimas.

—Todo está bien —dijo James—. Vamos, cálmate.

Kimberley alzó la cara manchada de lágrimas y sacudió la cabeza.

—No, no está bien. Nunca estará bien.

—Es el padre, ¿verdad?

No valía la pena negarlo, y ni siquiera estaba segura de tener fuerzas para hacerlo... además, ya había dicho aquella tarde suficientes mentiras para toda la vida.

—Sí.

—Ni siquiera sabía que conocías a Harrison Nash —afirmó James—. ¿Hay más dueños de multinacionales que tengas en el bolsillo?

—Yo... ¡oh, James!

Kimberley se abrazó el vientre, los ojos anegados de lágrimas otra vez.

—¡Por todos los cielos... ¿qué te pasa? ¿No te encuentras bien?

Pero, a pesar del llanto Kimberley estaba sonriendo... una sonrisa que amenazaba con partir en dos su rostro mientras miraba a James.

—¿Qué te pasa? —insistió él.

—¡Lo siento!

James frunció el ceño.

—Sientes, ¿qué?

—El bebe —susurró maravillada. ¡James, el bebé acaba de *moverse!*

Capítulo 6

Sonó el timbre de la puerta y Kimberley se dirigió a contestar con paso de pato. ¡Se sentía como una ballena! Sólo faltaban cuatro semanas para la cuenta atrás, que le parecían una eternidad. ¡Se sentía enorme! ¡Estaba enorme!

Tras la pérdida de peso inicial, comenzó a engordar día a día. ¡El médico bromeaba con ella, diciendo que, de no haber visto la ecografía con sus propios ojos, habría apostado a que tendría mellizos!

Observó por la mirilla, que James se había empeñado en que instalara, pestañeando, asaltada por una mezcla de incredulidad y pavor al ver a Harrison.

Se apoyó contra la pared, mordiéndose el labio, mientras se preguntaba cuál sería el motivo de su visita... pero eso en realidad no importaba. Lo esencial era que Harrison la dejara en paz. Y era vital que no la viera.

Volvió a sonar el timbre, unos agudos zumbidos impacientes.

Kimberley decidió ignorarlo, hasta que oyó la voz profunda de Harrison.

—Está bien, Kimberley, sé que estás ahí dentro. He visto tu coche aparcado fuera y tus vecinos me han informado de que tienes la peculiar costumbre de «descansar» por la tarde. No sé si se trató de un eufemismo para describir lo que haces con James Britton y, francamente, tampoco me interesa el asunto. Pero, tanto si James está contigo como si no, no pienso moverme de aquí hasta que te haya visto.

—¡Eres la última persona del mundo que me apetece ver! ¡Vete con tu mente retorcida y tus insinuaciones repulsivas a otra parte!

—¿No piensas abrirme la puerta?

—¡No!

—Entonces tendré que abrir a la fuerza, y sería una lástima romper una puerta tan bonita. Una verdadera pena.

—¡Inténtalo y verás! —gritó Kimberley, al borde de la histeria

—. La policía vendrá en cuestión de minutos.

—Me manda tu madre.

Estas palabras desconcertaron por completo a Kimberley.

—¿Mi *madre?* ¿Y por qué iba a hacer mi madre una cosa así?

—Está preocupada por ti.

—¡Pero si no tiene ningún motivo para preocuparse!

Horrorizada, Kimberley cerró los ojos, avergonzada de sus engaños, y sin embargo también pensaba que no le había quedado otro remedio que actuar de esa manera. Había telefoneado y escrito a su madre con regularidad durante aquellos últimos meses. Pero no la había visto desde que comenzó a notarse su estado. Dijo a su madre que estaba pasando los fines de semana en París, achacando los viajes a la presión en el trabajo. Y odiaba vivir mintiendo.

—¿Y por qué está tan preocupada? —preguntó con toda la ligereza que pudo.

—¿No tendrá algo que ver con el hecho de que no te ha visto el pelo desde hace cuatro meses? Bueno, ¿me dejas entrar, o no?

—¡No! La telefonearé esta noche.

—Le prometí que te entregaría en mano un paquete —observó Harrison con tono impaciente.

—¿Un paquete?

—Es tu regalo de cumpleaños. De tu madre. Y va acompañado de una carta.

—¿No puedes dejármelo frente a la puerta? —le preguntó Kimberley, llena de desesperación—. Sinceramente, no quiero verte, Harrison. Supongo que lo comprenderás...

Se produjo un breve silencio.

—Sí, lo comprendo —respondió él con una voz extraña, seca—. De acuerdo, haré lo que me pides y dejaré el paquete al pie de la puerta. Pero di mi palabra a tu madre de que hablaría contigo. Por tanto, ¿me prometes que irás a verla?

—Te lo prometo.

«Ahora, márchate», pensó. «Por favor, márchate».

Apoyándose de nuevo contra la pared, las manos sobre el bebé en gesto protector, Kimberley esperó a ver qué pasaba. Cuando volvió a observar el exterior por la mirilla, no vio a Harrison por ninguna parte.

Lenta y cautelosamente, abrió la puerta, jadeando mientras se

apresuraba a agacharse con cierta dificultad para recoger el paquete envuelto en papel marrón. En aquel periodo avanzado de gestación, aquella clase de movimientos le producían bastantes molestias. Cuando se irguió, frotándose los riñones, se vio ante un par de ojos grises incrédulos, pues Harrison se había escondido detrás de uno de los cerezos.

Kimberley intentó volver a la casa para encerrarse, pero su agilidad dejaba mucho que desear, y Harrison la agarró de una muñeca, con delicadeza, pero con la suficiente firmeza para impedir la escapada.

—Santo Dios —murmuró Harrison con voz tensa—. Así que se trataba de esto. Ésta... ésta es la razón por la que...

Poco a poco, dio la impresión de que se ponía en situación, como un hombre que recobra la consciencia tras un accidente.

—Santo Dios —repitió.

Kimberley se balanceó y, podría haber acabado en el suelo de no ser porque Harrison la sostuvo por la muñeca. Vio a la vecina que los observaba con curiosidad, y reconoció que, desde luego, la escena debía ser peculiar.

—¿Te encuentras bien? —musitó Harrison entre dientes apretados.

—Quiero meterme en casa —respondió Kimberley con voz entrecortada, abriendo la puerta ciegamente, apenas dándose cuenta de lo que hacía mientras oía los pasos de Harrison a su espalda, y el sonido de su respiración acelerada.

En la breve distancia que recorrió hasta la sala, pudo recomponerse, prepararse para responder las preguntas con que sin lugar a dudas la bombardearía Harrison. Pero de pronto, sintió una especie de pinchazo en el útero, como si le hubieran clavado un dardo al rojo vivo. El impacto le robó el aliento y Kimberley se apoyó sobre el respaldo de la silla más próxima. Brotaron en la frente frías gotas de sudor.

Harrison entornó los ojos y se puso a su lado en una fracción de segundo.

—¿Qué te pasa?

Kimberley comenzó a respirar como le habían enseñado a hacerlo, concentrada por completo en la sensación, de modo que apenas era consciente del hombre que tenía a su lado, cuya frente

se veía arrugada de preocupación.

—Creo... creo que es el bebé —consiguió articular.

¡Pero era imposible! No podía tener el bebé tan pronto. ¡No podía! No cuando todavía faltaban cuatro semanas. Entrelazó las manos con fuerza sobre el vientre, mirando a la vez su reloj de pulsera para controlar el ritmo de las contracciones. Harrison era realmente la última persona del mundo que querría tener junto a ella y, sin embargo, ver aquel cuerpo imponente y fuerte hacía que se sintiera ridículamente segura. Y podría haberse echado a llorar, porque la seguridad que le ofrecía Harrison era sólo una ilusión.

Él no apartaba los ojos de la cara pálida y sudorosa de Kimberley.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó.

—Llama a la comadrona. El número está en la libreta. Necesito... ¡Oh!

Otra contracción. Y más fuerte esta vez. Y sólo dos minutos después de la última.

Por un momento Harrison titubeó, antes de sostenerla por las axilas, los ojos grises observando fijamente su rostro.

—Siéntate —dijo entonces, ayudándola a acomodarse en el sofá con infinita delicadeza, antes de encaminarse hacia el teléfono.

Harrison permaneció en silencio con el auricular pegado a la oreja, escuchando atentamente las instrucciones de la comadrona. Miró su propio reloj.

—Dos minutos —dijo entonces a su interlocutora—. Y son regulares.

Así que Harrison también había cronometrado el tiempo de las contracciones, pensó Kimberley, y entonces se vio acometida por una más, y se removió sobre el sofá llena de inquietud, la cara empapada de sudor gélido.

Harrison estaba colgando el teléfono.

—La ambulancia ya está en camino. ¡Dime dónde hay una bolsa de viaje!

—En el dormitorio.

Kimberley cerró los ojos, sintiendo una nueva puñalada en las entrañas.

Harrison regresó poco después. Tenía cara de circunstancias cuando se acomodó en el sofá junto a ella.

—¿Quieres que llame a alguien?

—¿Como quién?

—¿A tu madre quizás?

—No. Ella... ella no lo sabe.

—Comprendo —afirmó Harrison en tono grave.

—Harrison...

—¿Sí?

—¿No se lo dirás, verdad? Por favor, no se lo digas -suplicó antes de que los dolores comenzaran de nuevo.

—¿Decírselo? ¿Por qué iba a decírselo? Se trata de un asunto que no tiene nada que ver conmigo —afirmó Harrison, observándola con su mirada penetrante—, ¿O sí, Kimberley?

—No.

Kimberley cerró los ojos, temiendo que pudieran revelar sus temores.

Harrison no había preguntado. Asombroso. Pero el bebé llegaba antes de tiempo, y quizás él suponía... El llanto amenazaba con brotar por culpa del amargo pensamiento. ¿Por qué iba a sospechar que el bebé era suyo? Probablemente, se imaginaría que era sólo uno más de la larga lista de amantes.

Haciendo un esfuerzo, abrió los ojos y lo miró.

—¿Puedes traerme un vaso de agua, por favor? Harrison frunció el ceño.

—No sé si debería.

—¿Por qué no?

—Bueno, si tienen que anestesiarte...

—¡Por todos los cielos! —exclamó alarmada, incorporándose bruscamente—. Sólo voy a tener un bebé... ¿por qué iban a querer darme...?

—Chisss —la tranquilizó Harrison—. Haremos un trato.

Entonces se dirigió a la cocina y regresó con una toalla limpia y un cuenco de agua fría, y procedió a humedecerle los labios.

—Oh —murmuró Kimberley, dedicándole una sonrisa—. Qué alivio.

Harrison le dedicó a su vez una extraña sonrisa y asintió, pero permaneció en silencio, limitándose a humedecerle los labios resecos cada dos segundos.

Oyeron la sirena de la ambulancia mucho antes de que frenara

con un chirrido estridente frente a la puerta. Kimberley intentó en vano levantarse.

—¡No te muevas! —ordenó Harrison—. Traerán una silla de ruedas para ti.

—Eso sería una lata —murmuró Kimberley, hasta que descubrió que la silla de ruedas era infinitamente preferible a ir a pie.

—No tendrá ningún problema, ¿verdad? —preguntó Harrison, y el hombre de la ambulancia le respondió con una sonrisa tranquilizadora.

—No se preocupe, señor... por su aspecto, yo diría que se encuentra perfectamente, dadas las circunstancias. ¡Puedo asegurarle, por experiencia, que es siempre el padre el que se pone hecho un manojo de nervios! ¡Tendrá un bebé saludable antes de que pueda darse cuenta, señor!

Kimberley se imaginaba que el hombre supondría que Harrison era el padre de la criatura, y le entraron ganas de explicarle que estaba equivocado. Pero estaban poniéndole una mascarilla sobre la cara, diciéndole que respirase profundamente, y el olor dulce y embriagador del gas estaba desorientándola, mitigando el dolor hasta hacerlo llevadero.

—¿Señor, puede subir atrás, por favor?

Harrison se acomodó en la ambulancia junto a Kimberley; sus ojos reflejaban una enigmática emoción mientras la contemplaba.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kimberley, algo perpleja.

—Voy contigo.

—Harrison...

—No puedes ir sola —afirmó con una rotundidad que no dejaba pie para ninguna protesta—. Estaré a tu lado.

Kimberley alzó la vista hacia su rostro fuerte y hermoso, y sintió el impulso de acariciarlo... de contarle la verdad... No sólo respecto al bebé, decirle que...

Extendió una mano y él la envolvió entre las suyas.

—Harrison —comenzó, pero en ese instante le dio otra contracción, más fuerte e intensa que todas las anteriores.

El dolor hizo que se le dilataran las pupilas, y el hombre de la ambulancia se llevó un dedo sobre los labios.

—¡No hable! Concéntrese en la respiración —dijo en tono apremiante—.¡Y rece porque no haya mucho tráfico!

Durante el viaje, Kimberley prácticamente sólo era consciente de las contracciones, cuya intensidad y frecuencia aumentaba por momentos. Sin embargo, también sabía que se agarraba con fuerza a la mano de Harrison, clavándole las uñas. Él debería haber hecho una mueca de dolor, pero no la hizo, limitándose a apartar de vez en cuando los mechones de pelo negro y empapado en sudor que le caían sobre las mejillas. «Debo tener un aspecto horrible», pensó Kimberley en un momento fugaz.

Cuando llegaron a la clínica, a Kimberley ya no le importaba un pimiento su aspecto, ni siquiera lo que estaba sucediendo. Estaban llevándola sobre una camilla con ruedas hasta los ascensores. Luego subieron y entraron en una habitación que parecía más el dormitorio de alguien que el cuarto de un hospital. Todo formaba parte de la nueva política hospitalaria respecto a los partos, que aconsejaba ambientes familiares y acogedores, recordó Kimberley, mientras Harrison la ayudaba a tenderse sobre la cama cuyas sábanas tenían un colorido estampado de flores. Reconoció a una de las comadronas que había visto en sus visitas al hospital, la cual comenzó a examinarla.

—Por favor —suplicó Kimberley con voz jadeante—. ¿No podrían ponerme ya una inyección epidural? La comadrona se echó a reír.

—¿Una epidural? Oh, cielo, no, querida... es demasiado tarde para eso.

—¿Demasiado tarde?

—Desde luego... el bebé ya está en camino. No dejes de respirar como te hemos enseñado, y en cualquier momento voy a pedirte que empieces a empujar.

El dolor la empapaba de sudor, y notó que alguien le enjugaba la frente. Alzó la mirada y vio la cara atractiva y viril de Harrison.

—Harrison —murmuró débilmente, pero él sacudió la cabeza.

—No hables. Guarda las fuerzas para el bebé. Todo marcha bien... estoy aquí y no voy a dejarte.

Oh, si tan sólo fuera cierto. Era demasiado tarde para contarle la verdad. Sintió un impulso instintivo de empujar para librarse del dolor que la consumía, y vio a la comadrona asintiendo para darle ánimos...

Unos minutos después, el bebé nació y dio un fuerte grito de

inmediato.
—¡Es una niña! —exclamó Harrison en un susurro admirado—. Una niña guapísima.
Y Kimberley estalló en lágrimas.
Pusieron a la niña sobre sus senos, y Kimberley experimentó la emoción más intensa de su vida. Se sentía exhausta, y a la vez maravillada, fuerte y victoriosa.
—Y papá podrá tenerla en brazos enseguida —afirmó la comadrona, sonriendo.
Kimberley guardó silencio, contemplando la cabecita negra apoyada sobre su pecho. Desde luego, no era el momento más oportuno para dar explicaciones.
—Es una niña muy saludable —observó la comadrona— Y tiene buen peso... considerando que ha llegado antes de lo debido.
Entonces dirigió una sonrisa a Kimberley.
—¿Has cambiado de idea respecto a la adopción, ahora que has vuelto junto al padre de la criatura?
A Kimberley le dio la sensación de que el mundo se volvía del revés.
Observó un par de ojos grises y perspicaces, clavados en los suyos, tan fríos como el cielo ártico. Lo sabe, pensó repentinamente. Sabe que es el padre de la niña.
—¿Adopción? —preguntó Harrison, mirando a la comadrona.
La mujer comenzaba a sentirse confundida. Tal vez las cosas no eran lo que aparentaban con aquella pareja tan atractiva, pensó. Algo incómoda, dio media vuelta para lavarse las manos en el lavabo.
—¿Adopción? —repitió Harrison, y su rostro se encendió de súbita rabia.
Kimberley se sentía incapaz de pronunciar palabra. Tragó saliva y asintió con la cabeza.
No había escapatoria. En ese momento, no.
—Sí —respondió al fin, alzando la barbilla en ademán desafiante —. Quiero que adopten a la niña.
—Comprendo —murmuró Harrison, con una voz tan sombría que Kimberley sintió un frió gélido en la piel.

Capítulo 7

Kimberley no sabía qué iba a suceder, pero desde luego jamás habría imaginado que Harrison se limitaría a asentir con la cabeza, con frialdad, evidentemente tenso.

—Ahora debes descansar —dijo bruscamente—. Volveré más tarde.

Fue como una sentencia de muerte que se cernía sobre su cabeza.

Kimberley alimentó a su niña y luego las dos se quedaron dormidas. Le dieron una taza de té y una tostada de mermelada, luego se lavó y la enfermera de turno le lavó y cepilló el pelo.

—Tienes que estar guapa para tu novio —dijo a Kimberley con aire despreocupado—. No encuentro el modo de librarme de las estudiantes en prácticas... se mueren por verlo otra vez. ¡Qué hombre! ¿Hay más como él en el lugar de donde vienes?

Kimberley intentó sonreír, mas fracasó. La enfermera asintió con expresión comprensiva.

—¿Nos sentimos un poco melancólicas, verdad? No te preocupes, cariño.

La enfermera ahuecó las cuatro almohadas y luego las puso sobre la espalda de Kimberley.

—Es muy normal sentirse así después de parir —explicó, dirigiendo una mirada radiante a la niña dormida—. ¿Has decidido cómo la llamarás?

Kimberley tragó saliva. Ya había discutido este asunto con el doctor.

Al parecer, no importaba qué nombre pusiera a su hija, pues los padres adoptivos probablemente se lo cambiarían. Volvió la mirada hacia la cuna.

Así las cosas, aunque la pusiese Georgia o Alicia, dos nombres que le gustaban mucho, su hija podría crecer llamándose Anne o Mary.

Debió quedarse dormida, porque cuando despertó, Harrison

estaba en la habitación, a los pies de la cama. Estaba observando a la niña intensamente, con cara de preocupación, pero al parecer percibió que Kimberley había abierto los ojos, pues de inmediato dirigió la mirada hacia ella. Una fría indiferencia endureció sus facciones.

—Harrison...

Él sacudió la cabeza enérgicamente, acallándola. Hizo una mueca de desagrado.

—Ahórrate las explicaciones. No quiero escuchar más mentiras. Es hija mía, ¿verdad?

—Harrison...

—¿Verdad?

Desolada, Kimberley se recostó sobre las almohadas.

—Sí. Es tu hija.

A pesar de que obviamente ya lo sabía, la afirmación de Kimberley tocó el nervio más sensible a Harrison. Se quedó mirándola fijamente, el dolor, la rabia y el odio, claros como el agua en los ojos grises. Luego sacudió la cabeza lentamente, de lado ajado, como si no pudiera asimilar la idea.

—Pero lo sabías desde que me viste, ¿no? —preguntó Kimberley débilmente—. ¿Por qué no dijiste algo?

—Tal vez tengas una opinión muy baja de mí, Kimberley, pero no tengo la costumbre de ponerme a discutir sobre la paternidad con una mujer de parto —afirmó Harrison, un músculo comenzando a palpitar aceleradamente sobre un pómulo perfecto—. Tan sólo, dime una cosa, dime que no tienes intención de cederla en adopción.

Kimberley percibió la nota de súplica oculta en la voz de Harrison, y supo que no podía mentirle.

—Yo... sí, voy a cederla.

Harrison le lanzó una mirada de puro desprecio.

—Dios mío —susurró, lleno de incredulidad—. Nunca pensé que podías caer tan bajo, pero me equivocaba. Ya fue bastante grave cuando hiciste un pequeño negocio a costa de mi hermano, pero, esto... Esto sobrepasa todo límite. ¿Qué derecho tenías, Kimberley, a ocultarme que ibas a tener una hija mía? ¡Una hija!

Entonces volvió la vista hacia la cuna y su expresión se suavizó. Por su parte, Kimberley estaba librando una batalla por su vida...

por su sano juicio.

—¿Qué derecho? —repitió en voz alta, sin importarle quién pudiera oírla—. ¡Tú perdiste todos los derechos cuando me ofreciste sólo «una noche»! ¡Un revolcón en el pajar no concede ningún derecho! Si te acuerdas, procuraste asegurarte enseguida de que utilizaba algún anticonceptivo... y me avergüenza reconocer que a mí la idea nunca se me pasó por la cabeza...

—Porque te morías de ganas de hacerlo, como una perra en celo — afirmó Harrison en tono insultante.

Kimberley sabía que su necesidad de herirla era profunda, puesto que le había ocultado la paternidad de su hija, pero aún sabiéndolo, el dolor no cesaba.

—Sí, tenía ganas de hacerlo, como tú dices con tantísima delicadeza. Estoy segura de que eso no constituye ninguna noticia, Harrison. Eres muy bueno en la cama.

Harrison lanzó un rugido rabioso, echando fuego por los ojos, pero entonces, como si acabara de recordar donde estaban, que Kimberley acababa de parir cuatro horas antes, se tragó la réplica, haciendo un gran esfuerzo sin duda.

—¿Por qué iba a cargarte con un bebé cuando se suponía que sólo estabas interesado en pasarte una buena noche de cama conmigo?

Él pestañeó, el músculo del pómulo palpitando frenéticamente.

—Tú también tienes mucha delicadeza a la hora de elegir las palabras —afirmó con sequedad.

Kimberley se sintió hundida.

—¿De qué sirve todo esto? —preguntó en un susurro.

—¿Puedo tener a la niña en brazos? —preguntó de pronto Harrison.

Kimberley asintió, los ojos escocidos de lágrimas, observando cómo Harrison alzaba a su hija y se la llevaba contra el pecho con inmensa ternura.

Entonces permaneció inmóvil durante unos segundos, ajeno por completo a la chocante imagen que presentaba, meciéndose sobre los talones para acunar al bebé, que dio un pequeño suspiro. Era tan alto y fuerte, tan imponente y viril... y sin embargo tan dulce como un gatito con el bebé. Una enfermera en prácticas se asomó a la habitación y casi se desmayó. Harrison se volvió hacia la puerta e

hizo un leve ademán con la cabeza. La estudiante entendió el mensaje y desapareció.

—Pero el resultado es el mismo —afirmó con voz pesada, dirigiendo la mirada de mala gana hacia Kimberley.

Ella pestañeó para librarse de las lágrimas que resplandecían en las profundidades azules como el hielo.

—¿Has pensado cómo vas a llamarla?

—¿No podemos dejar ese tema para otro momento? —suplicó Kimberley.

Harrison sacudió la cabeza.

—Desde luego; no tengo la menor intención de cansarte. No te molestaré mucho tiempo, y podemos concretar el negocio sobre unas bases imparciales por completo.

¿De qué demonios estaría hablando?

—Tengo que pasar unos cuantos días en el extranjero —prosiguió Harrison—, y debemos dejar claras unas cuantas cosas antes de mi partida. Como su nombre.

Y entonces dirigió una sonrisa hacia la cabecita morena y tierna.

Kimberley sintió pánico. Debía decírselo. Respiró profundamente.

—Da igual cómo la llame, porque voy a cederla en adopción.

La mirada amenazadora que le lanzó Harrison le puso la carne de gallina.

—¿Por qué?

—Porque pienso que no sería justo... quedármela...

—Justo, ¿para quién? ¿Para ti... o para ella?

—¿Qué clase de vida podría ofrecerle? ¿Criada por una madre soltera que debería trabajar de sol a sol para mantenerla? Nunca podría verla. Y, cuando la viera, estaría demasiado cansada y...

—¡Pequeña embustera, egoísta! ¿Cómo te atreves a considerarlo siquiera?

Kimberley explotó de rabia.

—¿Y tú, cómo te atreves? Hablas de derechos. Como hombre, ¿qué derecho tienes a darme una lección de moral ridícula, a decirme lo que debo hacer? Si te interesa, te diré que hago lo que considero mejor para el bebé. Pensé que dos padres serán mejor que uno...

—Pero el bebé tiene padre y madre.

Kimberley lo miró fijamente.

—¿Sencillamente, qué sugieres?

—No sugiero nada de momento, sólo afirmo un hecho. Pero una cosa es cierta, Kimberley, no permitiré que mi hija sea adoptada, y si es preciso acudiré a todos los tribunales de la tierra para detenerte.

Harrison oyó un débil sollozo en su pecho, que enseguida dio paso a un aullido agudo, lanzado por una boca increíblemente grande para pertenecer a una criatura tan diminuta.

Kimberley extendió los brazos.

—Dámela.

El breve titubeo de Harrison casi la mató, pero él le ofreció el bebé de mala gana, frunciendo el ceño levemente mientras veía cómo se ponía a mamar con ansiedad. Los gritos pronto dieron paso a los ruiditos que hacía mientras chupaba ávidamente la leche materna. Harrison se aproximó a la cama. Alto como una torre, estaba en una posición aventajada, los ojos grises abrasando los de Kimberley con su fuego gélido.

—Tengo que ir unos cuantos días al extranjero. No puedo evitarlo.

—Eso no es asunto mío.

Harrison sacudió la cabeza.

—Claro que sí, Kimberley. Es un asunto que te concierne mucho. No se te ocurra intentar abandonar al bebé. Dejaré instrucciones a mis abogados para que actúen de inmediato si es necesario. Y no pienses que fanfarroneo al decirte que no tienes ninguna posibilidad de ganarme un juicio.

—¿Un juicio? ¿Puede saberse qué te traes entre manos?

—Yo la adoptaré... éste es mi único plan. Ya que tú no la quieres... Y otra cosa, quiero que pensemos un nombre para nuestra hija antes de que me marche. Ya estoy harto de llamarla «ella». ¿Tú has pensado alguno?

—¿Por qué consultarme a mí? —susurró con voz desgarrada—. Sólo soy su madre.

—Y las madres luchan por conservar a sus hijos —rugió Harrison—. No los abandonan.

Kimberley se mordió el labio, dudando de su capacidad para articular palabras.

—Bueno. ¿Nombres?

—Me gusta Georgia —dijo de mala gana—. O Alicia.

—A mí también me gusta Georgia —afirmó Harrison sorprendentemente—. En realidad, me encanta.

El bebé acabó su ración de leche y Harrison se quedó mirándolo con cara de fascinación. Siguiendo el instinto, Kimberley le tendió a la niña.

Sin que nadie le dijera nada, Harrison le cambió el pañal; para ser un novato, no lo hizo nada mal, concedió Kimberley, observando cómo dejaba a la niña en la cuna con delicadeza, arropándola con la toquilla.

—Adiós, pequeña y dulce Georgia —murmuró, dándole un beso en la tierna mejilla.

Cuando se incorporó, musitó algo más para sus adentros, pero Kimberley no pudo oírlo.

—Esperemos que cuando crezcas no te conviertas en una pequeña farsante como tu madre.

Y salió de la habitación sin mirar atrás, dejando a Kimberley temblorosa y a punto de explotar en llanto. A punto también de hacer frente a una verdad que no había dejado de perturbarla desde que tuvo a Georgia en sus brazos por primera vez y una mano diminuta se agarró con fuerza a uno de sus dedos.

Su palabras habían sido huecas; sus pensamientos, meras ilusiones.

Movería el cielo y la tierra para conservar a su hija.

Capítulo 8

Kimberley y Georgia permanecieron cinco días en el hospital.

Explicaron que era normal para las primerizas, sobre todo cuando el bebé había sido prematuro.

Kimberley mandó a James con una fortuna para que se la gastara en ropa de bebé, y disfrutó como una loca viendo la ropita con la que regresó. Debería comprar también un cochecito y una cuna... cientos de cosas, pero esperaría hasta que pudiera salir para elegir por sí misma.

Dos días después de que Harrison se marchara a Francia, llegó un osito rosa de peluche gigantesco, con una postal que decía: «Para el bebé más hermoso del mundo. Con amor de papá». Sólo de verlo Kimberley sintió un temor inexplicable.

Estaba haciendo las maletas para volver a casa cuando Harrison entró en la habitación. Ella estaba inclinada sobre la maleta, vestida con una camisa de bordado inglés de algodón, que se desabrochaba por delante de manera que pudiera amamantar a su hija, y el borde le llegaba a media altura de los muslos. Vio que los ojos de Harrison se oscurecían, mientras apreciaban su estado «semivestido», y sintió el sonrojo que le abrasó las mejillas, asimilando aquella imponente presencia física, el impacto que siempre le producía. Sintió un hormigueo en los senos, como si su cuerpo la hubiera traicionado sin piedad... pues, seguramente no era normal sentir aquel dolor y avidez por un hombre cuando acababas de parir a su hija...

Durante los cinco días anteriores, Kimberley había tenido tiempo para reflexionar, decidiendo que se había equivocado al no decir a Harrison que estaba embarazada. Fue una actitud cobarde. Sin embargo, en su momento sintió que no podía hacer otra cosa, y ahora era demasiado tarde para enmiendas.

Pero más bien pronto Harrison iba a enterarse de que no tenía la menor intención de separarse de Georgia. Y, si él exigía acceso a su hija, lo que haría sin lugar a dudas, entonces resultaba infinitamente preferible mantener una relación civilizada y

amistosa, y no la sucesión de tormentas que había sido hasta entonces.

—Hola —dijo Kimberley.

Harrison le lanzó una mirada fugaz, como si intentara adivinar su humor.

—Hola —respondió, volviendo la vista hacia la cuna—. ¿Cómo esta la niña?

Kimberley sonrió.

—Simplemente perfecta... ¡aunque yo desde luego no puedo ser imparcial, faltaría más! Georgia...

—Tengo un coche esperando —la interrumpió Harrison bruscamente.

Kimberley pestañeó.

—¿Para qué?

—Para llevaros a casa, por supuesto. ¿O te imaginabas que permitiría que fuerais en taxi?

Kimberley alzó la barbilla... Harrison hablaba como si no hubiera nadie en el mundo que se preocupara por ella.

—De hecho, James está en camino para recogerme.

La cara de Harrison se ensombreció.

—Entonces habrá hecho un viaje en balde, ¿verdad? —rugió.

—¿Qué quieres decir?

—Que vienes conmigo, Kimberley, y no hay más que hablar. Ahora, ¿te importaría vestirte?

Sintiéndose arrinconada, asintió, mordiéndose el labio a la vez. Debía evitar las discusiones con Harrison; podía ser un adversario cruel.

—¿Te importaría volverte?

—Un poco tarde para el recato, ¿no te parece? —dijo con tono burlón, pero se dio la vuelta.

En silencio, Kimberley se puso con dedos temblorosos una falda de seda amarillo limón y una camisa gris plisada, asombrándose de que la falda no le apretara en absoluto.

—Ya puedes volverte —dijo a Harrison.

Entornando los ojos, él la observó mientras se cepillaba el cabello sedoso y espeso, aparentemente fascinado por sus movimientos, por la resplandeciente cascada negra como el azabache que se derramó alrededor de los hombros, sobre los senos.

Al hacer un ademán hacia el bebé, a Harrison comenzó a palpitarle visiblemente el músculo del pómulo.

—¿Quieres llevarla hasta el coche, o prefieres que lo haga yo?

Y entonces, recordando la ternura con que había mecido a Georgia, Kimberley esbozó una sonrisa.

—Puedes llevarla tú si quieres —respondió.

Los labios de Harrison se torcieron; Kimberley comenzaba a acostumbrarse a aquella curva severa.

—Por supuesto que puedo —observó con tono burlón.

Entraron en la habitación las enfermeras, una verdadera manada, para despedirse y dar las gracias a Harrison. Al parecer no sólo les había regalado bombones, champán, fresas y flores, sino que también les había dejado un cheque por una cantidad considerable para una fundación benéfica de su gremio, con instrucciones para que lo utilizaran en su baile de navidad. ¡Al que, de inmediato, le habían emplazado para que asistiera en calidad de invitado de honor!

Kimberley observaba la alegre chachara con creciente incomodidad, que se debía a un brote de celos, como acabó por reconocer. Eso sí, de muy mala gana.

En el aparcamiento del hospital, no vio el coche negro, ridículamente caro, de Harrison, sino un discreto Bentley de color verde, cuyo chofer mantenía abierta la puerta trasera. Se acomodó y a continuación Harrison hizo lo mismo, con Georgia en brazos.

En la parte trasera había acoplado un diminuto asiento para bebés, y Harrison acomodó a Georgia sobre el mismo, ajustando el cinturón de seguridad.

La confusión de Kimberley aumentaba por momentos.

—Tienes un coche distinto. Creía que conducías un coche negro.

—En exclusiva, no. Este es uno de los varios que tengo.

—¿Y supongo que todos llevan incorporados asientos para bebés, no?

—Todos, menos los deportivos. Hice que los instalaran la semana pasada. Me pareció una idea práctica.

Kimberley tragó saliva. Harrison habló de adoptar a Georgia, pero eso había ocurrido antes... antes de que ella decidiera que no podía separarse de su hija.

—Harrison...

Él frunció el ceño.

—Mejor no comenzar lo que evidentemente será una conversación difícil en el coche, Kimberley. En estas circunstancias, opino que es más prudente esperar hasta que lleguemos a casa.

—¿Prudente? —repitió ella, furiosa por su forma admonitoria de tratarla.

Pero más furiosa aún por su actitud imperativa. Volvió la cabeza y se asomó por la ventanilla sin ver nada. Cualquier cosa era mejor que observar aquella presencia física desalentadora. Y se suponía que debía adoptar una actitud amigable con él, se recordó a sí misma. Tal vez debiera esforzarse, pero realmente tenía que intentarlo.

—Es muy amable por tu parte que nos hayas venido a buscar— dijo.

—El placer es mío —replicó Harrison en tono burlón.

Pero el coche no se dirigía hacia Hampstead. Por el contrario, Kimberley advirtió que iban rumbo al suroeste.

—¿Adonde vamos? —preguntó alarmada.

—A Kew.

—¿Por qué Kew?

—Vivo allí.

—Harrison, quiero ir a casa.

—También debemos discutir ese tema. Pero en su momento.

Harrison parecía resuelto a no discutir en el coche, y no volvió a pronunciar otra palabra hasta que se apeó del coche ante una impresionante mansión de doble fachada rodeada de jardines tapiados.

Mientras Harrison caminaba hacia la casa con Georgia en brazos, a su lado, Kimberley percibió que los jardines constituían un paraíso de fragancias... había alhelíes y madreselva, plantas de tabaco y rosales, y con la tapia de ladrillos de fondo, también altas malvas y espuelas de caballero. Le gustó; le gustó mucho. ¿Se ocuparía alguien del jardín, o lo cuidaría él con sus propias manos? Pero, incluso aunque tuviera empleado a un jardinero, sin duda habría contribuido de alguna manera a la creación de aquel edén en medio de la ciudad. Irónico, de verdad. Qué poco conocía en realidad al padre de su hija.

Lo siguió al interior; los techos eran altos y las habitaciones

grandes y de proporciones armoniosas. En el espacioso vestíbulo de entrada, de paredes de madera noble, había un cochecito de primera clase, con una muñeca de pelo muy rubio sonriéndoles desde sus profundidades.

Sintiendo un pánico creciente, Kimberley se volvió hacia Harrison.

—¿Qué significa todo esto, Harrison? ¿Por qué me has traído aquí? ¿Y por qué hay todas estas cosas para el bebé?

Harrison le lanzó una mirada helada.

—He traído a Georgia aquí porque en tu casa no hay nada para ella. Ni una sola prenda de ropa, ni siquiera una cuna en la que pueda dormir. Pero supongo que, como tenías la intención de cederla a otras personas tan pronto como pudieras...

Kimberley lo agarró de un brazo.

—Quiero explicarte...

—Francamente, no estoy interesado en tus explicaciones, pero te concederé una oportunidad de hablar. Después de acomodar a Georgia. Ella es, al fin y al cabo, lo más importante.

Harrison pensaba que Kimberley no opinaba de esa manera, como reflejaba nítidamente la expresión de su rostro. ¿Y quién podía echárselo en cara?, pensó Kimberley, viendo por primera vez su propia conducta a través de los ojos de Harrison.

Y esperándolos en el salón había una chica de unos veintitrés años, con una cabellera rubia y resplandeciente que enmarcaba un rostro sereno y sonriente. Iba vestida de uniforme blanco y marrón, lo cual agitó un vago recuerdo en la memoria de Kimberley.

—Hola, Sarah —dijo Harrison, sonriendo a la chica—. Hemos traído a casa al bebé, y me gustaría que conocieras a Kimberley Ryan, su madre.

A Kimberley le dio un brinco el corazón y miró a Harrison, una pregunta en los ojos.

—Te presento a Sarah Hansford —dijo Harrison en tono neutro —. Que va a ser la niñera de Georgia.

¡La niñera de Georgia!

—Encantada de conocerla —dijo Sarah, extendiendo la mano, pero sus ojos azul claro no miraban a Kimberley ni a Georgia, sino que estaban clavados en Harrison, y poseían una expresión embelesada.

Kimberley pensó que iba a desmayarse. ¿Cómo se había atrevido Harrison a contratar a una niñera sin consultarla?

—¿Y éste es tu primer empleo, Sarah? —preguntó a tientas.

Los ojos de Sarah centellearon, y casi dio la sensación de que la chica se hinchaba ante sus ojos.

—Oh, no. He trabajado para un miembro de la familia real hasta que acepté la oferta del señor Nash.

—Comprendo.

Kimberley sintió que el mundo estaba enloqueciendo a su alrededor, que de alguna manera había perdido el control de su propio destino.

—Me gustaría hablar contigo, Harrison, por favor. A solas —añadió expresivamente—. Ya he dado de mamar a Georgia, Sarah... ya verás que necesita bañarse antes de acostarse. Luego subiré para acostarla.

Sarah tomó a Georgia entre los brazos, y Kimberley no pudo encontrar ningún fallo en su forma de sostener el bebé. Pero las palabras que dijo a continuación la llenaron de nuevo de un inexplicable pavor.

—Oh, no se preocupe por nada, señorita Ryan. Preferiría seguir mi propia rutina, si no le importa. La nanny sabe qué es lo mejor para ti, ¿verdad, Georgia?

Kimberley permitió que la chica se fuera con su hija. Había demasiadas cosas que debía aclarar. Pero, una vez se hallaron solos, se volvió hacia Harrison.

—¿Quién es esa chica? —preguntó con voz siseante—. No la conozco de nada.

—Trae referencias de las alturas. Cuidó de los hijos de un amigo mío durante varios años.

¿Estaba hablando de un miembro de la familia real?, se preguntó Kimberley.

—Es excelente —prosiguió Harrison—. Firme, amable, y sigue la clase de métodos de educación a la vieja usanza, lo cual apruebo por completo.

Lo tenía todo pensado, advirtió Kimberley. Hasta el último detalle, como si se tratara de una campaña militar.

—¿Y qué métodos son ésos?

Harrison encogió los hombros.

—Horarios de comidas regulares, horas de acostarse regulares. Mano firme con los mimos excesivos. ¿Qué tal suena?

—¿Y qué otros empleados tienes? —preguntó Kimberley, imaginándose una legión de doncellas apareciendo de pronto.

—Sólo una persona que se ocupa de la limpieza y el jardín, y la señora Caithness, que prepara las comidas... aunque contrato a una empresa para las ocasiones que lo requieren, por supuesto. Pero eso en realidad no te concierne, ¿no es así, Kimberley? Lo que quiero decir es que tú no vas a vivir aquí, según parece.

A Kimberley le daba vueltas la cabeza.

—¿Podríamos hablar ahora? —preguntó desesperada.

—Claro.

—¿No crees que deberías haberme consultado algo tan importante como contratar a una niñera?

—Francamente, no pensé que pudiera importarte el asunto —respondió Harrison con descarado sarcasmo.

—Bueno, pues me importa —replicó Kimberley con voz entrecortada.

Entonces cerró los ojos para que Harrison no pudiera ver sus lágrimas.

Pero, aunque no vio las lágrimas, su voz temblorosa lo puso en guardia. Observó detenidamente su rostro durante un largo momento. Y cuando habló, lo hizo en un tono muy suave.

—Estás muy pálida. ¿Por qué no te pones cómoda y hablamos? —dijo, haciendo un gesto hacia el sofá—. ¿Te apetece una copa de vino?

A Kimberley le habría encantado tomar una, pero se había acostumbrado tanto a evitar el alcohol, el humo y los fumadores, que tardaría algún tiempo en abandonar esos hábitos.

—Me encantaría. Pero me pregunto si sería correcto que tomara una copa... amamantando a Georgia.

Harrison la miró esta vez sorprendido, como si no se esperase aquella preocupación por parte de ella. Y dio la impresión de estar a punto de sonreír, pero entonces debió cambiar de idea.

—Estoy seguro de que una copa no te hará ningún daño. Espérame aquí mientras traigo el vino.

Harrison salió del salón y reapareció poco después, con una botella y dos copas. Reinó el silencio mientras descorchaba la

botella, y Kimberley pudo observarlo a sus anchas, simulando que examinaba una acuarela magnífica colgada sobre la chimenea.

Él estaba muy tenso, la cara muy seria. Kimberley recordó la noche de amor, su expresión apasionada cuando le dijo que era hermosa, y ella le dio una respuesta muy aguda. Otro muro que había construido a su alrededor, pensó.

Desde el momento que conoció a Harrison, no dejó de levantar muros para protegerse, para evitar el sufrimiento que él pudiera causarla. Y cada una de sus acciones había sido mal interpretadas por Harrison. Siempre quiso que pensara lo peor de ella, y lo había conseguido. Pero deseaba defenderse por una cosa tan vital como aquélla... no para que Harrison pensara mejor de ella, sino para que al menos la considerase capaz de criar a Georgia como es debido.

Y por tanto era vital que le convenciera de que realmente pensaba que estaba haciendo lo mejor para Georgia, al intentar ocultarle su existencia. Pues parecía un crimen atroz que un hombre, y no cualquier hombre, que Harrison imaginara que a ella no le importaba nada la criatura que había crecido en sus entrañas.

—Toma.

Harrison interrumpió su ensimismamiento, ofreciéndole una copa de vino tinto y le hizo un gesto para que se sentara. Kimberley se acomodó en el sofá, pero él permaneció de pie, su rostro impenetrable.

—Ya te dije que tenía intención de hablar con mis abogados, y ya he hablado. Me han...

Harrison interrumpió sus palabras cuando Kimberley comenzó a temblar y dejó apresuradamente la copa sobre la mesa. Aun así, el vino se derramó sobre la mesa, tanto le temblaba la mano.

—Por favor, Harrison, antes de que digas nada más sobre abogados, quiero que sepas que he tenido oportunidad de reflexionar profundamente y... bueno, lo esencial es que las cosas han cambiado, o más bien que *yo* he cambiado. Y no quiero que adopten a Georgia.

Reinó el silencio. Harrison tomó un sorbo de vino.

—Comprendo —fue todo lo que dijo.

Bebió otro sorbo de vino antes de observar a Kimberley detenidamente con aquellos ojos grises tan penetrantes.

—¿Y a qué se debe este... este repentino cambio? ¿O sólo lo

haces para impedir que la tenga yo?

—Yo… sencillamente, yo no sabía lo que iba a sentir al tenerla en mi pecho. Creo que debo haber estado un poco loca al pensar que podría darla en adopción.

—¿Y qué te propones hacer? ¿Cómo te las arreglarás?

—Tengo que hablar con James para ver si puedo trabajar a media jornada.

—¿Y si no puedes?

—Creo que no habrá ningún problema, pero en caso de que James no admitiera mi propuesta… bueno, entonces tendré que replantearme el problema. Pero soy joven… capaz de adaptarme a la situación. Tengo un cerebro en la cabeza. Aceptaré cualquier empleo con tal de salir adelante. Tal vez sea duro, pero estoy preparada para sacrificarme.

—¿Y no es precisamente esa situación la que te volvió contra la idea de criar sola a la niña?

Kimberley tragó saliva.

—Sabes que sí. Tal vez ahora te darás cuenta de que pensaba en lo mejor para ella. De este modo será tal vez más duro en el aspecto económico, pero en el aspecto emocional… realmente no hay otra alternativa. Ahora que la tengo, no puedo perderla.

Harrison asintió, considerando lo que había dicho.

—¿Y qué pasa conmigo?

Kimberley captó al vuelo la intención de la pregunta.

—Oh, no pretendo en absoluto impedirte el acceso a ella —le aseguró apresuradamente.

—Qué generosidad por tu parte —afirmó Harrison en tono sarcástico—. ¿Qué clase de acceso tenías en mente?

—El normal.

—¿El normal? ¿Y cuál es ése? ¿Un fin de semana sí y otro no? ¿Unas cuantas semanas en verano?

—Estoy dispuesta a ser más generosa.

—Bueno, deja que te diga una cosa. Yo no estoy dispuesto a aceptar ningún favor ramplón ni condescendencias hipócritas por tu parte. Si hubieras seguido adelante con tu plan de darla en adopción, yo la habría adoptado de muy buena gana.

—Pero ya no voy a hacer eso.

—No. Y, aunque no soy tan despiadado como para intentar

separar a un bebé de su madre, tampoco tengo intención de ser un padre a media jornada. Lo cuál sólo nos deja una alternativa.

Kimberley frunció el ceño.

—¿Cuál…?

—Sólo existe un modo —la interrumpió Harrison, en tono carente de toda emoción—. Casándote conmigo.

Kimberley se quedó mirándolo.

—No hablas en serio…

Harrison se sirvió un poco más de vino y luego se sentó junto a Kimberley, recostando la cabeza sobre el respaldo del sofá. Tomó un sorbo de vino, observándola con frialdad, como si no acabara de lanzar una bomba.

—Te equivocas, Kimberley —dijo, esbozando una sonrisa—. Hablo en serio. Muy en serio.

—Pero… hoy en día los hombres ya no tienen obligación de casarse por razones como ésas.

—Lo sé. Pero tal vez en algunos casos deberían hacerlo. Particularmente, en nuestro caso. Imagina el daño que podríamos hacer a nuestras familias, sólo de entrada. Tu madre todavía no sabe que tienes una hija y, cuando se entere, sin lugar a dudas querrá saber quién es el padre. Ahora, aunque quizás tengas la tentación de decirle otra mentira…

—Yo…

Kimberley intentó interrumpir, pero Harrison sacudió la cabeza y no se lo permitió.

—No tengo la menor intención de guardar en secreto la paternidad de Georgia —prosiguió, imperturbable—. Y tampoco tengo la menor intención de convertirme en un padre a media jornada, como tú pretendes. Quiero ser parte de su vida. Quiero que tenga estabilidad… emocional *y* económica, y yo puedo proporcionársela.

Kimberley sacudió la cabeza con tristeza.

—Parece que olvidas nuestra mutua antipatía y desconfianza… ¿crees que en esas condiciones puede proporcionarse estabilidad?

Los ojos de Harrison centellearon.

—Eso depende de cómo organicemos el matrimonio.

¡El hombre era increíble!

—¿Algo así como montar una empresa, quieres decir?

—¿Por qué no? Toda institución funciona mejor dentro de un marco adecuado... siempre que dicho marco no resulte demasiado oprimente.

—¿Y qué clase de «marco» tenías en mente para nuestro matrimonio? —preguntó en tono calmado.

—Dispondrás de toda la independencia que precises. Las mejores niñeras, personal de servicio a tu disposición... puedes volver a trabajar tan pronto como te parezca oportuno.

—Eso suena excesivamente generoso, Harrison. ¿Y tú qué sacarías a cambio?

—Que cuando fuera necesario cumplieras con el papel de esposa corporativa, acompañándome a cenas, a eventos sociales, algún fin de semana ocasionalmente. También tendrás que venir conmigo en ciertos viajes, pero eso puede adaptarse a tus necesidades profesionales. Lo que requiero fundamentalmente, es la oportunidad de ser un padre de verdad, y para mí, la forma más sensata de conseguirlo es a través del matrimonio.

Existía cierto asunto que Harrison había omitido, por supuesto.

Kimberley procuró hacer la pregunta con voz firme.

—¿Y eso es todo?

—¿Todo? —dijo Harrison esbozando una sonrisa cruel, sabiendo sin lugar a dudas a lo que se refería Kimberley—. ¿No podrías hablar más claro?

—¡Sabes muy bien lo que quiero decir! —exclamó Kimberley con amargura, el color aflorando en la pálida tez.

—¿Lo sé? —murmuró él, acercándose para deslizar un dedo sobre las cejas negras de Kimberley, como si estuviera dibujándolas.

—S-sí —respondió ella con voz entrecortada.

Ojalá Harrison no estuviera tocándola, pensaba. Sin embargo, no hizo el menor intento de detenerlo, porque su piel estaba disfrutando de las caricias sensuales. El contacto con él constituía un verdadero peligro. El menor roce de la yema de aquellos dedos largos y delicados provocaba escalofríos de pura sensación, desde el punto acariciado hasta el extremo de todos y cada uno de sus nervios.

—Tienes unas cejas extraordinarias —murmuró Harrison—. Tan fuertes y de un contorno tan exquisito. Prerrafaelistas, de hecho. Casi tan bellas como tus labios, que están pidiendo a gritos,

¿verdad, Kimberley?, que los besen.

La tentación era abrumadora; Harrison tenía la cara tan cerca, los labios tan cerca... tan irresistiblemente cerca. Contempló aquellos ojos grises, ahora nublados de pasión, de deseo, de necesidad... Él debió percibir su rendición, pues agachó la cabeza para tomar suavemente sus labios.

Kimberley cerró los ojos, abandonándose a la sensación embriagadora, a la oleada de deseo que le calentó la sangre al momento. Y lo que había comenzado como una sumisión tornó acción cuando entrelazó los brazos alrededor de los hombros anchos y viriles y respondió al beso con una avidez tan cruda y una intensidad tan sensual, que se puso a temblar sin poderse contener.

Harrison le susurró al oído algo inaudible y la besó de nuevo, como si su reacción ardorosa le hubiera privado de la razón, conduciéndolo hacia la locura, como si el hombre frío y calculador de unos minutos atrás se hubiera desvanecido para siempre.

Ahora tenía la boca sobre el cuello fino y proporcionado de Kimberley, y apartaba de su camino las mechas sedosas de pelo negro que le caían sobre los hombros con movimientos bruscos de impaciencia. Como si anhelara tocar la piel desnuda, le desabrochó los botones de la camisa color limón, descubriendo los senos lozanos e hinchados. Su mirada se oscureció cuando con manos diestras desabrochó el cierre del sostén, sin apenas dar tiempo a que los senos quedaran al aire antes de agachar la cabeza para llevar uno de los pezones erectos posesivamente al interior de la gruta caliente de su boca.

Kimberley casi se desvaneció de placer, y lanzó un débil sollozo.

Harrison apartó la boca instantáneamente de sus senos, mirándola con ojos aturdidos.

—¿Te hago daño?

Kimberley sacudió la cabeza.

—Oh, no.

—¿Te gusta? ¿Quieres que siga?

—Sí.

—¿Así? —preguntó Harrison, tomando entre sus labios el pezón turgente una vez más.

—Sí, así —respondió ella sin pensar—. Oh, sí.

Kimberley no podía parar. Acaso más tarde se despreciara, pero

por el momento se hallaba a merced de las dulces órdenes que le mandaba el cuerpo, a la merced de sus sentimientos hacia Harrison… su amor y su deseo.

Pues amaba a Harrison; lo había amado desde el primer momento que la envolvió entre sus brazos, para no dejar de crecer jamás. Había hecho el amor con él, tenían una hija, y en aquel preciso instante, brotaba un deseo primitivo y poderoso en las profundidades de su interior. Quería a ese hombre que le había marcado la existencia con su sello, quería sentirse llena una vez más.

Harrison no dejaba de mordisquearla, de lamerla, lanzando embriagadoras flechas de gozo a través de sus venas, cargadas de sensaciones tan dulces y espesas como la miel.

—Tócame —murmuró sobre sus senos—. Kimberley, tócame.

La voz fascinadora de Harrison la encendió. Ella tenía el poder de demoler la fachada fría de aquel hombre, de convertirlo en un ser enloquecido de pasión.

Le rozó el pecho, deslizando los dedos a través de la camisa. Harrison llevó una mano bajo la falda de Kimberley, resbalando los dedos sobre el borde de las medias de encaje.

—Ahora tócame como yo voy a tocarte a ti —ordenó en un susurro de terciopelo.

Y Kimberley obedeció. Dejó caer una mano hasta tocar la prueba más dura y palpable de su excitación. Sí, oh, sí… Harrison la deseaba.

Contoneó las caderas, invitándolo a tocarla donde había prometido.

Sin embargo, él se movió hasta colocarse encima de Kimberley, sacudiendo la cabeza, apenas capaz de hablar con coherencia.

—Aquí, no. Mejor vamos arriba, a la cama. Sarah podría…

¿Sarah? El nombre poco familiar penetró entre las nieblas de la mente confusa de Kimberley. La mera mención del nombre de la niñera provocó la vuelta a la incómoda situación, a la realidad cruda e inquietante. Kimberley se apartó, culebreando debajo de Harrison para deslizarse hasta el rincón del sofá, desviando la mirada para no mirarlo hasta que tuviera controlados sus propios deseos. Porque, una sola mirada de Harrison y se hallaría de nuevo bajo su embrujo.

Intentó abrocharse el sostén con manos bastante torpes.

—¿Puedo ayudar? —preguntó él.

Se apreciaba un regocijo odioso en su voz, y eso la irritó más que nada. Cualquier otro hombre se habría molestado; ¡ella estaba furiosa! Y él aparentemente tenía todo bajo control. Sin molestarse en responder, se abrochó el sostén y la camisa con calma, como si fuera una situación por la que pasara a menudo.

—Bueno, ¿de qué estábamos hablando? —murmuró Harrison—. Recuérdamelo.

—No seas obtuso, Harrison —replicó Kimberley, aguijoneada por su actitud.

—¡Eureka, ya me acuerdo! —exclamó, el muy farsante—. Estábamos hablando del nebuloso asunto de lo que querías decir con «¿eso es todo?» Supongo que deseabas saber si requeriré que vengas a mi cama por las noches. Vaya, creo que acabamos de demostrar en la práctica cuál es la respuesta.

A Kimberley le dieron ganas de abofetearlo con todas sus fuerzas.

Pero en aquellas circunstancias no podía representar el papel de la chica vergonzosa cuya reputación acababa de ser mancillada.

Pero no consentiría que Harrison la tratara como si fuera una... una...

—¡No te atrevas a hablarme como si fuera una fulana, Harrison! No estoy dispuesta a tolerarlo.

Entonces él se echó a reír, pero fueron unas risas amargas, huecas.

—¿No? Yo creía que tenías puesto un precio a todo, Kimberley. ¿O prefieres negarlo, procurando olvidar tu pasado?

Kimberley dejó escapar un profundo suspiro, recordando lo que había hecho. Oh, el ímpetu de la juventud. Una piedra arrojada sin pensar sobre las aguas, y todavía reververaba a través de los años.

—Te refieres al dinero que me diste para que me alejara de Duncan, ¿no es así?

—Si no me falla la memoria, es la única vez que te ofrecí dinero. Y una cantidad considerable, por cierto.

En la risotada que lanzó Kimberley se notaba su tensión.

—Si tan sólo supieras la verdadera razón por la que acepté el cheque, Harrison...

—Oh, me encantaría. Cuéntamelo.

—No me creerías ni en un millón de años.

—Prueba.

Kimberley sacudió la cabeza. Ya se hallaba en una posición bastante vulnerable sin necesidad de hablarle de su amor no correspondido.

¿Cómo jugaría con ella si supiera todo el estúpido amor que había acumulado a lo largo de los años? Se preguntaba si alguna vez la perdonaría su intención de dejar que adoptaran a Georgia. Lo dudaba mucho. Y lo dulce que podría ser su venganza, si sospechara la verdadera profundidad de los sentimientos que guardaba para con él.

—Por tanto, todavía no hemos llegado a un acuerdo sobre los derechos conyugales —insistió Harrison—. Pero me gustaría asegurarte que la decisión está en tus manos. Desde luego, no voy a forzarte a nada —afirmó, aunque el tono burlón hablaba por sí solo —. Personalmente, me gustaría que fuera un matrimonio en el sentido pleno de la palabra.

Y sus ojos centellearon como un mar tormentoso, reflejando su expectación sexual, y Kimberley hubo de recurrir a toda la voluntad que poseía para no responder a aquella luz fascinante.

Porque nunca podría ser un matrimonio «pleno», pensó con tristeza.

Un matrimonio pleno exigía amor… por ambas partes. Y sabía que para Harrison sólo era un cuerpo irresistible… ¿pero hasta cuándo?

—En cualquier caso —prosiguió él—, puedo comprender que te desagrade la perspectiva de dormir conmigo. Si, por ejemplo, precisas un poco más de «variedad» en tu vida sexual de la que yo puedo proporcionarte. De ser así, mi querida Kimberley, entonces daré marcha atrás. Debo decirte que no te compartiré con nadie. No soy…

Entonces lanzó a Kimberley una mirada amenazadora antes de concluir la frase.

—No soy un hombre dado a compartir. Tan sólo te pido que seas discreta. No toleraré que el nombre de nuestra hija pueda ser manchado por sus compañeros de colegio, que puedan decirle que su madre es una fulana.

Kimberley se tragó la bilis amarga que sentía en la garganta. La opinión de Harrison respecto a ella no podía caer más bajo.

—¿No me respondes, querida? Ella alzó la barbilla con orgullo.

—¿Te refieres a tu propuesta tan finamente presentada?

—A la misma.

—Suena a basura. Más que un matrimonio, constituiría una asquerosa farsa.

—Pues creo que no te queda otra alternativa —afirmó Harrison, esbozando una sonrisa despiadada—. Al menos, ninguna que puedas considerar aceptable. Si te niegas, entonces recurriré a los tribunales y nos enfrentaremos a una batalla infernal por la custodia de Georgia. Los costes podrían ser astronómicos. ¿Crees que podrías afrontarlos, Kimberley?

Harrison sabía muy bien que no. La tenía atrapada en todos los sentidos de la palabra, y eso también lo sabía.

Clavó una mirada encendida de rabia en los ojos de Harrison.

Algún día, se prometió a sí misma, Harrison Nash se arrepentiría de haberla obligado a pasar por aquel infierno.

Capítulo 9

Oh, Kimberley, cariño —dijo la señora Ryan con cierta melancolía—. ¡Estás guapísima!

—¿De verdad?

Kimberley se miró en el espejo de la habitación de su madre y vio a una extraña, idéntica a ella, ataviada con todas las galas de una novia.

—Hum. Absolutamente radiante. ¡Me muero por ver la cara de Harrison!

«Yo, no», pensó Kimberley, llena de pesimismo. «Lo único que veré en la cara de Harrison es lascivia. O desprecio». A veces, de hecho, hasta se alegraba de ver esa cara. Por lo menos significaba que también reaccionaba su mente ante ella, no sólo su cuerpo.

Durante los siete días que llevaba viviendo con Harrison, más bien coexistiendo bajo el mismo techo, apenas lo había visto. Él trabajaba prácticamente de sol a sol. Al levantarse dedicaba una hora a jugar con Georgia, antes de marcharse a trabajar, cuando Kimberley todavía estaba acostada. Y regresaba a última hora, cuando ella ya estaba de nuevo en la cama, exhausta. Por lo menos, suponía, así evitaban situaciones violentas.

Se quedaba sola en la casa con la espantosa Sarah. Sarah, que la robaba toda su confianza, diciéndole que todo lo que hacía por Georgia estaba mal hecho.

Su primorosa carita se iluminaba cada vez que le echaba una bronca.

—¡Oh, no, señorita Ryan —decía, sin perder la ocasión de restregarle su estatus—. ¡No debemos amamantar cuando lo exija el bebé! De esa forma comenzaría a ser el dueño de la situación, ¿no le parece? Ahora, ¿por qué no deja que la bañe y mientras se pone cómoda, con los pies en alto?

Kimberley habría podido gritar, de haber dispuesto de la energía necesaria para hacerlo, pero Georgia era un bebé displicente por la noche, y solía despertarse varias veces. De eso también tenía la

culpa ella, según Sarah, porque no trataba a Georgia con mano dura.

Estaba muy bien eso de tener niñera, pero en la madrugada, cuando iba descalza hasta el cuarto de la niña, contiguo a su dormitorio, como un zombi, respondiendo a su llanto, no veía a Sarah por ninguna parte.

Intentaba dormir de día, pero entonces no encontraba la manera de conciliar el sueño, pues le asaltaban un millar de dudas respecto a su situación. Se preguntaba la razón por la que Harrison regresaba a casa tan tarde, si este hecho no se debería a la negativa con que respondió a la proposición de compartir su cama.

Bueno, al menos a partir de ese momento Sarah no podría restregarle por la cara que era una madre soltera, porque aquel día iba a casarse con Harrison, y por todo lo alto.

Kimberley consideraba más apropiada, con Georgia y todo lo demás, una ceremonia breve y discreta en algún juzgado de Londres.

—¿Y los testigos los buscarías entre los vagabundos de la calle? —rugió Harrison tras oír su opinión—. ¡Sería devaluar el acontecimiento!

—Vaya, no creo que tenga tanta importancia, considerando que ninguno de los dos desea la boda realmente.

—No. Tienes razón, Kimberley.

Entonces Harrison arguyó que había ocultado a su madre el embarazo y que, siendo hija única, debía por lo menos darle la satisfacción de ver que se casaba como es debido.

—Y sé que a mi madre también le encantaría asistir a nuestras nupcias —había añadido—. Y a mi hermano y Caroline también.

—De acuerdo —había respondido Kimberley—. Obviamente querrás celebrar la boda cerca de Woolton.

—En Woolton.

—Pero el juzgado más próximo está...

—No quiero casarme en un juzgado. Quiero que nos casemos en una iglesia. En la iglesia de Woolton.

Entonces debió ver la cara incrédula de Kimberley.

—Por Georgia —añadió.

Claro. Harrison movería montañas por la niña. Si tan sólo... Kimberley apartó de la mente aquellos pensamientos mientras

observaba su traje de novia. Debía dejarse de una vez por todas de vanas ilusiones, y cuanto antes aceptara este hecho, mejor.

Se había negado en rotundo a casarse de blanco, y no sólo porque tuviera un bebé de dos meses. Su madre la convenció de que se decidiera por un tono crema, el cual resaltaba el color sonrosado de sus mejillas y otorgaba cierta calidez a su pálida piel, algo que el blanco se habría tragado.

Era un traje de novia sencillo, con el escote ovalado y puños de encaje, y le llegaba justo por encima de la rodilla. Lo complementó con unos escarpines y un sombrero del mismo tono. El sombrero había sido el único gasto de consideración, su única concesión a la frivolidad. ¡Había costado más dinero que el traje y los zapatos juntos! Era una especie de chistera muy desenfadada, de la que pendía un lazo de tul que le llegaba por los hombros. Llevaba el pelo recogido hacia atrás en un moño, y la sencillez del peinado la favorecía.

—Pareces tan joven —afirmó su madre con melancolía—. Tan inocente...

—Lo de inocente, lo dudo —replicó Kimberley con sequedad—. ¡Tengo un bebé de dos meses, mamá!

—¡Un pequeño tesoro! ¡Y no debes preocuparte por eso! Hoy en día, casi todo el mundo se casa de esta manera. Lo importante es lo que sintáis el uno por el otro.

Kimberley detuvo el proceso de aplicarse una ligera capa de pintura rosa en los labios. No podía permitir que su madre continuara viviendo en el país de las maravillas respecto a su relación con Harrison. Realmente, no podía.

—Mamá... sobre Harrison y yo...

—Soy tan feliz —la interrumpió su madre, sus aún excepcionales ojos azules chispeando—. ¡Qué yerno más excelente me ha tocado en suerte! Lo adoro. Y siempre sospeché que había algo entre vosotros dos... lo mismo que su madre. Sobre todo después de la fiesta. Por esa razón acudí a él para que descubriera los motivos por los que no te dejabas ver el pelo. Por supuesto, no puedo decir que fuera un shock descubrir que se debía a tu embarazo, pero aún así... Todo lo que está bien, acaba bien.

Y Kimberley supo entonces que nunca sería capaz de desilusionar a su madre respecto a su verdadera relación con

Harrison.

Su madre le colocó un agujón de perlas en el sombrero.

—¿Y al final no os marcháis de luna de miel? —preguntó.

—No —dijo Kimberley, dando gracias a Dios por ello—. Tengo que amamantar a Georgia, y…

No existía ningún motivo para pasar una luna de miel en un matrimonio donde el amor destacaba por su ausencia.

—Es igual —dijo la señora Ryan con ligereza—. Ya tienes bastante de lo que alegrarte al poder volver a un hogar de ensueño… muchas parejas no tienen esa suerte. Y tiempo no os faltará para iros de luna de miel. Tan sólo desearía que tu padre viviera para verte.

Entonces se secó los ojos con un pañuelo de encajes, antes de hacer un ademán brusco con los hombros, sacudiéndose la sensiblería.

—¡Muévete, Kimberley! ¡No te gustaría llegar tarde a tu propia boda!

Intentando animar a su madre, Kimberley se atrevió a bromear.

—¡Se supone que las novias deben retrasarse un poco el día de la boda, mamá!

Recorrieron la breve distancia hasta la iglesia, y Kimberley todavía estaba sonriendo por algo que había dicho su madre, cuando entró en el escenario de la sagrada ceremonia, rebosante de flores, y vio a Harrison esperándola junto al altar, sintiendo que el corazón iba a explotarle de amor. Harrison había elegido a Duncan para padrino; cuando le preguntó si le parecía bien, la había mirado con ojos inquisitivos.

—Me parece bien —respondió ella—. Pero quizás a Duncan no le guste la idea.

Pero a Duncan no le había importado. De hecho, le encantó la idea, y a Caroline, ahora su esposa, también.

El zumbido de las conversaciones se apagó en el instante que Kimberley hizo la entrada en la nave de la iglesia. Harrison se volvió hacia ella de inmediato, su rostro de una gravedad imposible, guapo de locura. El traje que llevaba resaltaba su altura, la anchura de los hombros, las piernas largas y elegantes. Sentada en primera fila se hallaba la señora Nash con Georgia en el regazo. La niña lucía un vestido blanco de bebé, con unos volantes

imposibles, que su padre había comprado en Harrods para la ocasión.

Ya resultaba bastante conmovedor que su madre la condujera al altar y, cuando Kimberley se situó junto a Harrison y alzó la mirada hacia los ojos grises, serios, y luego la dirigió hacia la cabecita de Georgia, cuyo pelo negro tapaba casi por completo la gorra de volantes que hacía juego con el vestido, estaba tan atragantada por la emoción que casi no fue capaz de articular palabra.

Y ahí fue cuando Harrison le dio un apretón en la mano, lo que sólo sirvió para empeorar las cosas, pues entonces sacó un pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta y enjugó la lágrima que resplandecía en una de sus mejillas.

—Estás muy, muy hermosa —le susurró al oído.

Y lo dijo de tal forma que sus palabras llevaron en volandas a Kimberley a través de la ceremonia. Cuando salieron de la iglesia, les cayó encima un aluvión de confeti de mil colores, y ella oyó algunos comentarios de los paisanos que se habían acercado para ver a los novios.

—¿Por qué llora la novia? —oyó preguntar a una mujer.

—Problema de hormonas —fue la réplica—. Acaba de tener el bebé.

—¡Anda que yo iba a llorar si me casara con él!

Una vez concluida la ceremonia, se mitigó la tensión. Sin poderlo evitar, Kimberley soltó una risita, y Harrison la miró con expresión aprobadora.

—¡Así está mejor! ¿Te sientes preparada para afrontar la recepción?

En realidad, no. Kimberley habría preferido salir de allí con él y Georgia sin ser vistos. Pero tal vez fuera mejor asistir a la recepción, pues en aquel instante se sentía demasiado sensiblera y vulnerable, y en ese estado podía ocurrir cualquier cosa si se quedaba a solas con Harrison.

Su marido.

Por tanto, cumplieron con el protocolo y saborearon el delicioso banquete de langostinos, salmón y fresas, todo bañado con el mejor champán, regalo de la señorita Nash Senior, y que sirvieron en una carpa montada en los terrenos de Brockbank House.

Pero, sentada junto a Harrison, el cual tenía a Georgia apoyada

sobre un brazo, Kimberley se vio asaltada por una extraña sensación de placer, como si estuviera en las nubes. No tenía nada que ver con la copa y media de champán que había tomado. Se debía a algo que había ocurrido en la iglesia, cuando Harrison le enjugó la lágrima con su pañuelo. Había pensado… había pensado… ¿Qué había pensado? Que vio algo parecido al afecto brotando en sus ojos grises. ¿O quizás eran imaginaciones suyas, pues deseaba ver ternura en el gesto?

Pero Harrison también habló con dulzura cuando, tras los discursos, la miró sonriendo.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó. A casa. Kimberley tenía el corazón enloquecido cuando topó con la dulce mirada gris, y asintió en silencio, conteniendo el aliento.

—Antes subiré a cambiarme.

—No te cambies.

En los ojos de Harrison resplandecían mil promesas sexuales cuando los dirigió hacia los senos, sobre los que se ajustaba el traje de novia como una segunda piel.

—A mí me gusta así —añadió. Kimberley se sonrojó como una quinceañera.

—Gracias —respondió, recurriendo entonces al tema que consideró más prudente—. ¿Georgia se ha portado bien, verdad?

Harrison asintió.

—Personalmente, opino que es el mejor bebé del mundo, pero, lo mismo que tú, no puedo ser imparcial. Venga, vamos a despedirnos. Luego la dejaré en el coche.

Quince minutos después se alejaban a toda velocidad, Georgia dormida como un tronco en el asiento trasero, Harrison al volante del espacioso Bentley, Kimberley a su lado.

Harrison la miró de reojo.

—Bueno. La cosa no ha sido tan mala, ¿no te parece?

—No —respondió Kimberley, mirándolo a su vez fugazmente—. Gracias.

—Gracias, ¿por qué?

—Por rescatarme en la iglesia.

Los dientes de Harrison resplandecieron cuando sonrió.

—Nunca dejaré de acudir al rescate de una doncella en apuros.

—Yo no soy una doncella precisamente —observó Kimberley

con ironía.

—No —convino Harrison, haciendo una pausa, antes de proseguir con voz teñida de amargura—. Pero lo fuiste, ¿no?

Kimberley pensó que había oído mal.

—¿Cómo? —susurró con cara incrédula.

—Fui el primero, ¿verdad? Tu primer amante.

—¿Quieres decir que... que lo sabías desde el principio?

—Desde el principio, no. Digamos que pronto resultó evidente.

—Harrison... no tienes que…

—Claro que tengo —la interrumpió él en tono amargo—. ¿Por qué demonios no me lo dijiste?

Kimberley arqueó las cejas.

—¿Habría sido diferente?

—Yo no tengo la costumbre de seducir vírgenes —respondió Harrison, mirándola con dureza—. Pero habría tomado muchas más precauciones de haberlo sabido.

Aquella afirmación hizo mucho daño a Kimberley. Era como decir que entonces no estarían allí si Harrison se hubiera cuidado de tomar alguna medida anticonceptiva. ¿Y ella otra vez se había ilusionado durante la recepción, pensando que él había cambiado? Estúpida.

Cerró los ojos por un momento. No sufras, se dijo. No te enfades. No destruyas lo que ha sido la conversación más sincera que hemos tenido hasta ahora.

—Pero aquella noche, después de descubrir que era virgen, seguiste suponiendo que yo había tomado precauciones, ¿no es así? Al menos, eso era lo que decías.

Harrison aferró con fuerza el volante.

—Supuse que me lo habrías dicho en caso contrario. O, al menos, que te pondrías en contacto conmigo si te habías quedado embarazada. Como no lo hiciste, di por hecho que habíamos tenido...

—¿Suerte? —interpuso Kimberley con tristeza, antes de que él pudiera pronunciar la palabra y acabara de hundirla.

—Tan sólo desearía que hubieras sido un poco más sincera conmigo.

—No pensé que fuera honestidad lo que buscabas conmigo esa noche, Harrison. Tienes tendencia a dar por sentadas muchas cosas

respecto a mí, ¿no te parece? Por ejemplo, ¿me habrías creído si te hubiera dicho que era virgen?

Él dejó escapar un largo suspiro.

—Probablemente, no.

Kimberley encogió los hombros. Aquella respuesta también le dolió.

—Vaya, pues entonces creo que no hay nada más que hablar, ¿no?

—Yo opino lo contrario —replicó Harrison con suavidad—. Para empezar, te debo una disculpa.

Kimberley dejó escapar una carcajada forzada, de la clase que había oído a otras mujeres, y que podía imitar con facilidad sorprendente.

—Olvídalo —respondió—. Tal vez debería halagarme que me consideraras una experta en sexo, tan experta que no se te ocurrió que las cosas podrían ser distintas...

—Como ya te he dicho en otra ocasión, sacas lo peor que hay en mí.

—Oh, vaya, así es el mundo —observó ella con ligereza—. Y, como ya te he dicho yo, el sentimiento es mutuo.

—Lo siento —se limitó a decir Harrison.

Percibió remordimientos en su voz, pero Kimberley poseía suficiente honestidad como para reconocer que no había existido ninguna clase de coacción por su parte, y que no podía permitir que cargara con todas las culpas.

—No lo sientas. Yo me muero de amor por Georgia.

—Y yo también —afirmó Harrison con voz muy dulce—. Gracias, Kimberley.

—¿Por qué?

—Por tenerla.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que siempre existió otra alternativa... una que la mayoría de la gente habría considerado la más aconsejable, dadas las circunstancias.

—Entonces, es bueno que yo no esté incluida en dicha mayoría —replicó Kimberley, haciendo un esfuerzo para mantener una actitud serena, porque aquel cumplido tan importante había

desvanecido en gran parte su enfado con él.

Harrison la miró de nuevo.

—¿Qué hiciste con el cheque que te di? —preguntó de pronto.

Kimberley se sorprendió por la pregunta, y sintió aprensión respecto al motivo de la misma.

—Lo cobré.

—Sí, lo sé. ¿Pero qué hiciste con el dinero?

—¿Por qué?

Harrison encogió los hombros.

—Simple curiosidad.

—Me lo gasté en unas vacaciones de lujo y ropas caras.

—¡Quiero la verdad!

Ahora la que sintió curiosidad fue ella.

—¿Y cómo sabes que te miento?

—Digamos que lo siento en las tripas. —Kimberley suspiró.

—Lo di. Para obras benéficas.

—¿Todo?

—¡Hasta el último centavo!

Harrison asintió lentamente con la cabeza, como si acabara de hallar la solución de un complicado y fastidioso problema.

—Debí imaginármelo.

—¿Por qué? —preguntó Kimberley, sintiendo que ella también estaba a punto de hacer un increíble descubrimiento.

Harrison encogió los hombros de nuevo.

—Tú eres increíblemente tozuda, Kimberley. Y tienes un orgullo que no encaja con aceptar sobornos —afirmó Harrison, y luego frunció el ceño—. Entonces, en primer lugar, ¿por qué aceptaste el cheque?

Para librarse de él, por supuesto. Pero, si se lo decía, tal vez sacara unas conclusiones equivocadas. Kimberley buscó una alternativa convincente.

—Porque estaba enfadada contigo. Me ofendía que pensaras que podías comprarme. Quería verte sufrir... financieramente, al menos. Por tanto me quedé con tu dinero y lo utilicé para un buen fin.

Aquellos condenados ojos grises eran demasiado perceptivos, pensó Kimberley cuando se distrajo manoseando el cierre de su bolso de color crema.

—Pero si tan sólo estabas enfadada conmigo, entonces podrías

haberme hecho más daño siguiendo adelante y casándote con Duncan.

—Yo no podía casarme con Duncan. No después de descubrir que yo...

Kimberley hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Que yo sentía una atracción sexual tan fuerte hacia ti.

Harrison permaneció en silencio, pero Kimberley vio que asentía brevemente mientras conducía, a considerable velocidad más con mucha prudencia.

El silencio se prolongó. Era un silencio agradable, una especie de tregua, mientras el potente coche devoraba las millas.

Kimberley sentía una excitación creciente. ¿Aquella conversación no constituía un brote de esperanza? Harrison se había disculpado sinceramente, reconociendo que criar sola a su bebé no era la más sencilla de las opciones. Y también, aparentemente, no la consideraba tan poco íntegra como para aceptar el cheque por puro interés económico.

Con tales bases, ¿no cabía esperar que creciera el respeto y el agrado? Y éstos, mano a mano con la dinamita de la química sexual que había entre ellos, ¿no eran buenos cimientos para levantar un matrimonio satisfactorio? Algo al menos, ya que no podía tener la unión sellada por el amor que anhelaba.

¿Debería permitir que la boda tuviera su conclusión natural? ¿Debería permitir que Harrison le hiciera el amor esa noche? Kimberley sintió un pequeño escalofrío de excitación. ¿Podía decirle, sinceramente, que no?

Eran casi las siete cuando regresaron a Kew. Kimberley se vio asaltada de nuevo por todas las viejas dudas. Sintió una repentina timidez cuando Harrison apagó el motor del coche. Y se sintió ridículamente aliviada cuando Georgia lanzó un gritito de protesta.

—Debe tener hambre —se apresuró a decir, saltando fuera del coche para abrir la puerta trasera—. No quiero hacerle esperar.

Harrison la siguió y, cuando Kimberley se volvió y vio la expresión severa de su rostro, sintió que se le encogía el corazón, pero también cierto alivio. Agradeció a su buena estrella que no se hubiera dejado llevar por una falsa ilusión, librándose de hacer una estupidez, como decirle lo que sentía por él. Y, si permitía que

creciera la intimidad entre ellos, ¿sería capaz de refrenarse y no abrirle su corazón?

Esperándolos en el vestíbulo estaba Sarah, cuyo uniforme blanco y marrón se tensó cuando extendió los brazos hacia Georgia.

—Felicidades —dijo con su voz insípida, la mirada, como siempre, clavada en Harrison.

—Gracias, Sarah —respondió Harrison con una sonrisa, y Kimberley sintió una afilada punzada de celos.

—La señorita Caithness ha dejado servida una cena fría para dos en el comedor pequeño, como ordenó, señor.

Lo que habría hecho una pareja de verdad en su luna de miel, pensó Kimberley... una cena íntima y luego una noche de amor desenfrenado…

Pero la diferencia residía en que aquello era una farsa. De haber sido capaz de mostrarse indiferente con él, tal vez le habría seguido el juego.

Pero, obligada a ocultarle sus sentimientos, se habría sentido como un cordero cebado para el sacrificio.

Se vio observada por una par de interrogantes ojos grises.

—¿Y bien, Kimberley?

Una cuestión bastante simple, pero ella sabía que tenía muchos significados. Harrison estaba preguntándole sí o no, y su réplica no tuvo nada que ver con la cena.

—No tengo hambre —respondió con frialdad—. Y debo ocuparme del bebé.

Y, dicho y hecho, tomó a Georgia de los brazos de Sarah y subió las escaleras, en dirección al cuarto de la niña, observando sin poderlo evitar el fuego hostil que ardía en los ojos grises de Harrison, y la sonrisita suficiente y triunfal que la niñera le dedicó.

—¿Y qué hago con toda la comida? —oyó que preguntaba Sarah.

—Lo que quieras —oyó la respuesta indiferente de Harrison—. ¡Yo me marcho!

Y la última cosa que oyó fue la puerta principal cerrándose.

Capítulo 10

Kimberley se dio cuenta de su equivocación en cuestión de horas. El día siguiente a la boda bajo a desayunar tambaleándose. Georgia se había despertado varias veces durante la noche, pero aunque no lo hubiera hecho, ella tampoco habría sido capaz de conciliar el sueño.

Pasó una noche de perros en su vieja habitación, despierta y con el oído alerta para escuchar algún sonido que indicara el regreso de Harrison. Pero él no había vuelto a casa.

Cuando bajó a medianoche pensando que quizás se hubiera quedado dormido en el salón, vio que Sarah había recogido la cena y, estaba a punto de volver a subir, cuando observó un paquete fino y alargado envuelto en papel de regalo, en la mesa que habían dispuesto para cenar. Despierta la curiosidad, se acercó y entonces vio que la tarjeta sujeta al paquete tenía escrito su nombre.

Sólo vaciló un momento antes de abrirlo. Dentro había una caja de cuero azul marino, que llevaba estampado el nombre de una de las joyerías más famosas de Londres. Sobre el terciopelo negro del interior, resplandeciente y cegador, había un collar de diamantes y aguamarinas.

Kimberley cerró la caja y se la llevó sobre el corazón. ¿Por qué le habría comprado Harrison aquel regalo tan costoso y exquisito? ¿Cómo símbolo de una oferta de paz? Cerró los ojos, sabiendo que lo había estropeado todo y, después de ponerse un vaso de leche en la cocina, volvió a subir las escaleras arrastrando los pies, desolada, la caja aferrada en una de las manos, para yacer despierta esperando el regreso de Harrison.

Y, aparte de las ocasiones en que se despertó Georgia para mamar, la noche fue de un silencio abrumador.

Aquella mañana Harrison estaba sentado en la mesa del comedor, bebiendo café y comiendo huevos revueltos, mientras leía la sección financiera del periódico. Cuando entró a la habitación Kimberley, apenas la miró.

—Buenos días —dijo ella.

—¿Lo son? —respondió Harrison, lanzándole una mirada breve y fría como el hielo.

Kimberley procuró comportarse con normalidad, sirviéndose huevos revueltos con champiñones y una taza de café. Entonces sonrió a Harrison, pero no obtuvo respuesta alguna. Las facciones de Harrison parecían de granito.

Ella respiró profundamente.

—Yo… vi el collar que dejaste para mí. Es precioso.

—Olvídalo.

—No, de verdad…

—Si prefieres otra clase de joyas, siempre puedes cambiarlo. O venderlo.

Kimberley se estremeció. En el pasado, Harrison la había tratado con frialdad, pero nunca con tanta. Se preguntó si, después de que se negara a compartir la cena íntima que había dispuesto, Harrison habría salido a buscar consuelo entre los brazos de otra mujer. Intentando apagar los celos asesinos que hacían hervir la sangre de sus venas, se apretó las manos temblorosas bajo el grueso damasco de la mesa. Tenía que saberlo. ¡Tenía que saberlo!

Entornó los ojos azules cuando miró a Harrison.

—Esta noche no has dormido en casa.

—Así es.

—¿Puedo preguntarte adonde fuiste?

—No.

—¿Has… has estado con otra mujer?

—¿A ti qué más te da? Tú no me deseas, ¿verdad, Kimberley? O más bien, sí, sólo que no posees la honestidad necesaria para reconocerlo. Tal vez a ti te guste jugar, tal vez te excite demorar tus favores sexuales. Pero a mí no me agradan los juegos, y no soy tu juguete. Reprime la atracción si es lo que deseas, pero no pienses ni por un momento que vas a condenarme a una vida de celibato.

La franqueza brutal de Harrison cortó el aliento a Kimberley, que se quedó mirando su rostro frío y atractivo, los ojos duros y crueles. Nunca lo había odiado tanto como en aquel momento.

—¡Eres… eres una bestia!

Harrison se echó a reír.

—¿Por qué lo dices? ¿Para que la bestia demuestre su

bestialidad atrapando a la fastidiosa Kimberley entre sus brazos y la posea por la fuerza? Así solucionarías tu problema, ¿verdad, cariño mío? Y tendrías la conciencia tranquila. Podrías tener placer sin necesidad de reconocer que lo deseas. Vaya, pues lo siento, encanto, pero no voy a morder el anzuelo.

Harrison se levantó de la mesa.

—Voy a estar fuera una semana por asuntos de negocios —dijo con sequedad—. Durante mi ausencia, podrías considerar cuándo piensas volver a trabajar. Tal y como están las cosas, me imagino que no querrás pasar en la casa más tiempo del necesario.

Kimberley lo miró con cara de incredulidad.

—¿Insinúas que estás satisfecho con esta vida... discutiendo y peleando todo el tiempo?

—¿Satisfecho? Desde luego, yo no utilizaría esa palabra. No, Kimberley, no estoy satisfecho. Pero tú eres la que ha decidido vivir de esta manera. Recuérdalo. Y no intentes marcharte mientras estoy fuera. Al menos, con Georgia, no. Ya te he dicho que quiero a mi hija, y haré cualquier cosa para conservarla.

Kimberley tragó saliva.

—Muy bien. Estaré aquí cuando regreses.

Y entonces no pudo resistir el impulso de intentar molestarlo, de herirlo tanto como él la había herido.

—Y, como al parecer has encontrado una compañera de cama, yo también tendré que empezar a buscarme algo.

La mirada de Harrison se oscureció.

—En esta casa, ni se te ocurra —advirtió en tono amenazante.

—No, eso no lo haré. Simplemente, pasaré toda la noche fuera de casa, igual que tú.

El músculo en la cara de Harrison comenzó a palpitar frenéticamente.

—¿Y me imagino que el querido James será el afortunado objeto de tus deseos, no?

A esas cosas podían jugar dos, decidió Kimberley.

—No es asunto tuyo —replicó con frialdad.

Harrison se quedó mirándola durante un minuto interminable, los ojos chispeando de rabia y pasión. A Kimberley le dio la sensación de que estaba a punto de abalanzarse sobre ella para hacerle el amor furiosamente. Entonces, de súbito, él lanzó una

maldición y, dando media vuelta, se encaminó hacia la puerta, donde se detuvo. Cuando se volvió a mirarla, tenía una expresión perfectamente tranquila.

—Oh, se me olvidaba. He decidido dar una fiesta la noche después de mi regreso. Así algunos amigos míos tendrán ocasión de conocerte, ya que te negaste a que vinieran a la boda. No dejan de preguntarme la razón por la que te tengo oculta. Si tan sólo supieran...

Kimberley alzó la cabeza con orgullo.

—¿Entonces no lo saben?

—No. Y me gustaría que siguieran así las cosas. Y también que fueras una buena anfitriona cuando vengan.

Harrison pronunció estas palabras como si las dirigiera a una fulana, pero Kimberley se tragó la réplica. Debía encontrar algún remedio a esa situación que prometía volverse intolerable, y con frases de desprecio y recriminaciones no iba a conseguir nada.

Y toda la amargura aparentemente se debía a su negativa a cenar con Harrison la noche anterior.

¿Por qué?

No podía tratarse sólo de la cuestión física. Sencillamente, no podía ser así. Un hombre como Harrison podía tener prácticamente a todas las mujeres que le viniera en gana. Y se había aprovechado de esta posibilidad, pensó llena de desesperación. La noche anterior. Y continuaría haciendo lo mismo, mientras guardara las distancias con él.

Si tan sólo poseyera los ánimos necesarios para marcharse de allí, para ver si realmente Harrison la llevaría a los tribunales con el fin de obtener la custodia de Georgia... De ser así, seguramente, siendo la madre, ella tenía más posibilidades de ganar el juicio.

Pero no poseía los ánimos, y desde luego no estaba segura de que la razón estuviera relacionada con los costes de publicidad que implicaría pasar por los tribunales. Harrison estaba observándola con expresión interrogante.

—Entonces, ¿estarás en la fiesta?

—Sí, Harrison —respondió en un suspiro—. Estaré en la fiesta.

Capítulo 11

Era un viernes por la tarde, justo siete días después, y Kimberley estaba sentada en el espléndido salón amarillo, con vistas a los hermosos jardines que había en la parte trasera de la casa, cuando oyó un portazo de la puerta principal.

—¿Hola?

Al oír la profunda voz de Harrison, respiró profunda, muy profundamente. Había tenido tiempo de sobra para pensar durante aquella semana. Y había decidido cuál sería su estrategia.

—Estoy aquí —gritó.

Oyó los pasos de Harrison aproximándose. Cuando abrió la puerta se detuvo y se quedó mirándola. Kimberley estaba con las piernas recogidas sobre el sofá con una revista al lado, Georgia a sus pies dormida en su sillita diminuta.

Ella le sostuvo la mirada, procurando no darse un banquete con los ojos. Como de costumbre, la mera presencia de Harrison hacía diabluras con el ritmo de su corazón; era como si electrificara el aire.

Se había marchado vestido de esmoquin, pero ahora llevaba vaqueros. Unos vaqueros muy viejos y desteñidos. Completaba el atuendo con una camiseta blanca que destacaba los músculos acerados del pecho y de los brazos. Tenía el pelo despeinado, y necesitaba un afeitado. Desde luego no parecía un hombre de treinta y tres años, sino mucho más joven. E increíblemente sexy, pensó Kimberley.

La semana de su ausencia se le había hecho eterna, añorándolo de locura, preguntándose cómo era posible echar tanto de menos a un hombre con el que discutía todo el tiempo.

Kimberley también llevaba vaqueros… vaqueros negros y camiseta negra, y tenía suelta la magnífica cabellera, cuyos lustrosos mechones caían en cascada sobre la espalda. Tenía intención de ponerse una ropa más atractiva, pero no se esperaba que Harrison llegara tan temprano. Y entonces se alegró de no

haberlo hecho, pues se habría sentido ridícula. Vio que Harrison pestañeaba al llevar la mirada sobre sus senos, que cobraron vida, dándole una sensación de hormigueo.

Por otra parte, pensó, aquella camiseta era horriblemente ajustada, y tal vez tampoco hubiera sido buena idea ponérsela. Kimberley cruzó los brazos sobre el pecho en gesto defensivo, y vio que Harrison esbozaba una sonrisa sarcástica.

Pero su mirada se endulzó cuando la dirigió hacia Georgia, que seguía dormida como un tronco, chupándose el pulgar sobre la diminuta silla de bebé.

—Ha crecido —observó Harrison, sacudiendo levemente la cabeza—. Increíble. Sólo una semana y ha cambiado.

Kimberley asintió, algo emocionada por la ternura escrita en su rostro.

—Sí. Ha ganado peso —dijo con orgullo. Entonces se preguntó si aquél sería el molde de las cosas que vendrían. Pláticas educadas sobre su hija... prácticamente el único asunto neutral que podían tratar en realidad.

Harrison tenía el ceño fruncido.

—Hay algo diferente —afirmó. Kimberley permaneció en silencio— Normalmente no duerme aquí —añadió Harrison.

—No, eso es cierto.

Porque Sarah siempre se empeñaba en que la niña durmiera en su habitación.

Harrison miró alrededor. El oso rosa de peluche que había enviado desde Francia estaba sobre el sofá, junto a un conejo naranja que habían regalado a Georgia, Duncan y Caroline. Hacían una extraña pareja, pero la niña los adoraba. La gente decía que los bebés no comenzaban a reconocer los objetos hasta que tenían mes y medio, pero Kimberley no lo creía. ¡En cualquier caso, una niña tan inteligente como Georgia, no!

Harrison esbozó una sonrisa cuando vio el oso.

—Y aquí hay más juguetes que de costumbre.

Otro de los edictos de Sarah. Kimberley podía oír su primorosa vocecita: «No queremos que la casa parezca una guardería infantil, ¿verdad? ¡Y menos cuando regrese el señor Nash!»

—¿Dónde está Sarah? —preguntó de súbito Harrison, con perspicacia.

Kimberley podía justificar perfectamente lo que había hecho, pero aún así su corazón comenzó a latir a gran velocidad.

—La he despedido —respondió con voz serena. Harrison se quedó mirándola como si no la hubiera oído bien.

—¿Cómo has dicho?

—La he despedido.

—¿Te importaría explicarme la razón?

—Desde luego que no. No me gustaba su manera de educar al bebé.

Harrison arqueó las cejas.

—Y tú eres la experta en bebés, supongo —observó con tono irónico.

—Así es, Harrison. Con este bebé en particular, no te quepa la menor duda. Además, he leído varios libros sobre el tema durante esta semana. Cuatro, para ser precisos.

Ahora Harrison estaba mirándola con expresión de perplejidad.

—¿Lees cuatro libros y ya sabes más que una chica que se ha pasado dos años estudiando?

—¡Sí! —exclamó Kimberley, olvidando por un momento sus intenciones conciliadoras—. Quiero amamantarla cuando lo pide, y quiero tenerla en brazos cuando llora. Y lo que no quiero es ocultar todos los indicios de su existencia. ¡Da la casualidad de que Georgia vive aquí también, y no creo que los bebés no deban ser vistos ni oídos! Pero existe otra razón más importante. Lo siento si te ofende, Harrison, pero no me gusta Sarah. Me parece una chica remilgada, suficiente, de miras estrechas y no demasiado inteligente. Y, si supones que voy a consentir que una mujer como ella se ocupe de la educación de mi hija, estás muy equivocado.

Kimberley hizo una pausa para recobrar el aliento, preguntándose cómo reaccionaría Harrison.

—¡Guau! —exclamó él con suavidad—. ¡Menudo discurso!

—Y hablo en serio.

—Ya lo he notado.

—¿Y no te importa?

Harrison encogió sus anchos hombros.

—A mí no me afecta en realidad, ¿no te parece? Te afecta a ti. Ahora, dime una cosa. ¿Has pensado en sustituir a Sarah por otra niñera que no sea remilgada, sabidilla y de miras estrechas? ¿O vas

a llevarte a la niña a la oficina?

Y entonces para Kimberley llegó el momento de soltar la siguiente bomba.

—No voy a volver a la oficina.

—¿Qué?

—He decidido tomarme unos cuantos meses libres para poder criar a Georgia como es debido.

—Pero tu profesión es muy importante para ti.

—Sí, pero Georgia es más importante aún.

—¿Y qué piensas hacer todo el día? ¿Cocer pan?

Kimberley dejó escapar una risita sin poderlo evitar, todavía regocijada de excitación y asombro ante el maravilloso descubrimiento de que estaba haciendo lo que realmente deseaba.

—Puede que sí. También puede que haga bizcochos. Y dar largos paseos, pintar...

Harrison alzó una mano, pero se observaba cierto brillo divertido en su mirada.

—¡Basta, ya es suficiente! Me hago una idea. Y, si es lo que quieres...

—Lo es.

Kimberley vio que Harrison fruncía el ceño.

—Si te molesta que no vaya a ganar dinero...

Los hermosos ojos grises se entornaron, y el brillo divertido se convirtió en un lejano recuerdo.

—Eso me importa un pimiento —afirmó Harrison bruscamente.

Y entonces, acaso porque habían agotado el tema de Georgia, Harrison adoptó un tono distante.

—No habrás olvidado la fiesta, ¿verdad?

En realidad, apenas le había dedicado un solo pensamiento.

—No, claro que no —respondió, algo tensa.

—Los invitados llegarán entre las siete y media y las ocho. Y los de la empresa organizadora se pasarán aquí la mayor parte de la tarde. ¿Te causará alguna molestia?

Kimberley tragó saliva. Odiaba ese tono formal que podía adoptar Harrison, como si tratara a una mujer que acababa de conocer en un cóctel y no la madre de su hija.

—Ninguna —respondió con frialdad—. ¿Puedo hacerme una idea del número de invitados?

—Alrededor de cincuenta. Pero no tendrás que hacer nada. Mi secretaria se ocupó de enviar las invitaciones y de todos los preparativos necesarios a través de la oficina.

—Qué amable —observó Kimberley con mala uva—. Me sorprende que no le pidieras también que fuera la anfitriona.

—¡Ojalá lo hubiera hecho, maldita sea! —exclamó Harrison.

Entonces se quedó callada, procurando recobrar la calma y, cuando habló de nuevo, lo hizo con enorme parsimonia, como si estuviera explicando algo a una bobalicona.

—Pensé que estarías demasiado cansada, demasiado ocupada con Georgia, como para desear tomarte todas las molestias que implica la organización de una fiesta.

Aparentemente, Harrison estaba poniendo distancia entre ellos, tratándola como si fuera una sirvienta.

—¿Y será formal?

—De esmoquin. Y ahora, si me disculpas, subiré a cambiarme.

—Harrison... ¿cenarás aquí esta noche?

Él sacudió la cabeza.

—No, cenaré fuera. Supuse que quizás lo preferirías así.

Y, sin añadir una palabra más, salió del salón.

Kimberley observó su marcha con la barbilla alzada orgullosamente, resuelta a impedir que descubriera que había pedido a la señora Caithness que le dejara algo fácil de preparar... algo que ella pudiera calentar. Había planeado, o más bien albergado la esperanza de que pudieran compartir una agradable velada. Pero, al parecer, no iba a tener oportunidad de conseguirlo.

Al día siguiente, por la tarde, mientras se arreglaba para el evento Kimberley se sentía tan nerviosa como una colegiala en el día de su primera fiesta. ¿Notarían sus amigos, cuya curiosidad por conocerla era natural, que Harrison no era feliz? ¿Y la culparían a ella, comprensiblemente, de dicha infelicidad?

Una vez alimentada, bañada y acostada en la cuna la niña, Kimberley se arregló para la fiesta. Pasó siglos decidiendo qué ponerse, optando al final por el modelo más llamativo de su ropero. ¡Al diablo con todo! Se lo habían hecho a medida, en uno de sus viajes de Negocios a Hong Kong, y jamás había visto nada parecido en Inglaterra. Consistía en un top diminuto y una falda larga y holgada de seda azul turquesa, tejido tan suave como un suspiro,

que acariciaba sus senos y largas piernas. La chaquetilla torera a juego y el ancho fajín tenían brocados en el mismo color turquesa, y estampados de verde jade y azul del mismo tono que un martín pescador.

Se había hecho un moño alto, muy llamativo también, sostenido por dos peinetas de plata y turquesas pequeñitas. Y, para completar se hizo un maquillaje no menos espectacular… utilizando lápiz negro para resaltar el azul de hielo y el contorno almendrado de los ojos, aplicándose una sombra de un tono azul más fuerte para enfatizar su increíble luminosidad. Y sus labios parecían más exuberantes cuando se los pintó con carmín rojo como el coral.

Se echó hacia atrás y se contempló en el espejo, satisfecha de su aspecto, pero algo intimidada por la mujer sofisticada que le devolvía la mirada. Al menos, presentando aquella imagen, nadie podría imaginar que estaba hecha un manojo de nervios ante la perspectiva de conocer a los amigos de Harrison.

No había tenido absolutamente nada que ver con los preparativos de la fiesta. Harrison y su secretaria se habían encargado de todo. ¡Y de qué manera! La cena sería preparada y servida por camareros profesionales. Una florista había engalanado con flores de mil colores todas y cada una de las cinco habitaciones de recepción.

—¿Y qué quieres que haga yo? —había preguntado a Harrison durante la comida.

—Simplemente, que estés aquí —respondió Harrison, pero con tal frialdad que Kimberley se preguntó si lo decía sinceramente.

Cuando bajó las escaleras, Harrison estaba esperándola en el vestíbulo principal y, al verla, entornó los ojos, observando su aspecto, y la cara que puso sembró de dudas a Kimberley. ¿Se habría pasado?

—¿Estoy bien así? —preguntó a Harrison.

—Perfectamente —afirmó él, su voz un susurro más bien amenazador—. Esto es, si no te importa que todos los hombres invitados a la fiesta se pregunten si el cuerpo que hay debajo de toda esa seda es tan exquisito como promete. Pero tal vez ésta era tu intención… que a todos los invitados con menos de noventa años se les caiga la baba mirándote.

—Eres odioso —musitó entre dientes Kimberley, y estaba medio

pensándose subir de nuevo a su habitación para buscar refugio en el vestido negro, cuando sonó el timbre de la puerta.

—Sonríe, Kimberley —le ordenó Harrison—. Y metámonos en el papel de recién casados.

En cuestión de media hora llegaron todos los invitados, y corrieron las bandejas cargadas de copas de champán y canapés. Aunque estaban a principios de septiembre, el tiempo era tan espléndido que los periódicos hablaban de otro verano indio, y los hermosos balcones de estilo francés que daban a los jardines se hallaban abiertos de par en par.

Harrison le presentó a todos los asistentes, incluida su secretaria, Anne Lyons... ¡y Kimberley se despreció a sí misma por el alivo que sintió al ver que no sólo era la señora Lyons, sino abuela también! Había compañeros de colegio de Harrison, y otras amistades que había ido haciendo en su ascenso en la vida social y profesional. Había hombres de Estados Unidos y de Europa. La mayoría acompañados por sus parejas.

Y también había mujeres solas. Mujeres que estrecharon la mano a Kimberley con una sonrisa, dándole la enhorabuena... algunas con más sinceridad que otras. Incluyendo una modelo de unos veinte años y medidas perfectas, como una estatua, que se llamaba Tania y a la que Kimberley reconoció de inmediato... aquel año había acaparado las portadas de las revistas, batiendo todos los récords. En persona, la chica era todavía más impresionante, con aquella melena imposible por la cintura y los ojos violetas de pestañas más asombrosamente largas.

Kimberley sintió el antagonismo de la modelo de inmediato, aunque la historia quedó en la sombra gracias a la sonrisa perfecta de sus dientes de anuncio. Pero, según transcurrió la velada, Kimberley cayó en la cuenta de que la mujer más joven acaparaba a Harrison, o Harrison acaparaba a la chica.

Y, de pronto, Kimberley descubrió la verdad.

Dejó la copa de champán que se llevó a los labios sin tocar. Supo, por la forma en que Tania sonreía a Harrison, por la manera en que éste bromeaba, tirándola del pelo, susurrándole tonterías al oído, algo que hablaba un idioma universal, algo que desgarró su corazón como una espada recién afilada, una espada que no podía olvidar que había magia entre ellos.

¿Había magia?

El mundo de Kimberley se derrumbó, cuando ella cayó en la cuenta de que el pasado tal vez no sirviera para nada.

La noche anterior quizás Harrison la había pasado con Tania, ¿o no?

Kimberley cerró los ojos y casi se balanceó, temiendo hacer una tontería, algo verdaderamente estúpido, como desmayarse.

Y entonces, delicada como una brisa otoñal, Tania apareció a su lado y se quedo mirando la copa de champán a la que Kimberley se aferraba como a un salvavidas. Los ojos color violeta brillaron como lujosas amatistas.

—¡Oye, llevas toda la noche cuidando esa copa! ¿No tienes ganas de fiesta, verdad?

Kimberley sacudió la cabeza.

—Estoy un poco cansada —respondió, procurando aguantar el chaparrón.

Al unísono, las dos mujeres se volvieron hacia Harrison, ignorando al corrillo de gente que lo rodeaba, dominando la situación. Harrison se hallaba entre un montón de hombres, ¿pero qué mujer no lo desearía?, pensó Kimberley, el corazón encogido de preocupación.

—Él es mío, ¿sabes?

Kimberley se quedó mirando a Tania, pensando que no había oído bien.

—¿Cómo dices?

—No, me has oído muy bien —afirmó Tania, sin ganas de provocaciones—. Era sólo una advertencia.

—Pero yo estoy casada con Harrison —dijo Kimberley—. ¿Te acuerdas?

—¿De verdad? —replicó la chica en ademán desafiante—. Pues no lo parece. Harrison da la impresión de estar agobiado… y tú no has hablado con él en toda la noche.

—Soy su mujer —afirmó Kimberley una vez más con orgullo, pero sus manos no paraban de temblar.

Los hermosos ojos de color violeta adquirieron una expresión bien fea.

—Sí, estás casada con Harrison. ¿Sabes por qué? Por la niña. Y porque la posesión supone las nueve décimas partes de la ley, y un

padre que nunca haya vivido con su hija no tiene ninguna posibilidad de conseguir su custodia. Harrison alberga la esperanza de que, muy pronto, te sentirás muy desgraciada y desaparecerás. Y él se quedará con la niña y entonces me buscará como un desesperado.

Tania esbozó una sonrisa.

Kimberley, de alguna manera, ni siquiera pestañeó, y dio la espalda a la modelo, dirigiéndose hacia un rincón del jardín, una sonrisa pegada en los labios, con miedo de pararse a montar una escena inolvidable.

Sentía náuseas, y deseaba controlar la situación, y pudo observar sin ser vista a Tania abriéndose camino a través de la hierba, uniéndose al grupo que rodeaba a Harrison, explotando en unas risitas insufribles por algo que él estaba diciendo. Y entonces supo que no podía seguir ignorando la situación en la que se encontraba. La relación entre ellos era insoportable. Harrison había establecido las normas desde el principio, y un matrimonio carente de su aspecto físico suponía que Harrison buscaría alivio a sus penas en otra parte. ¿Podía soportar una situación como ésa Kimberley?

Nunca.

Amaba a Harrison; siempre lo había amado. Nunca existió ni existiría otro hombre para ella. Por otra parte, Harrison aparentemente la despreciaba cuando no andaba en busca de su cuerpo.

Pero…

Una vez más Kimberley recordó el día de la boda, la ternura con que la trató Harrison en la iglesia, la conversación en el coche; de no haber sido por Sarah, tal vez habría cenado con él, como dictaba la sensatez, y se habría acostado con él... y habrían comenzado la vida conyugal de una forma muy diferente.

No era una cuestión de lo que deseaba Kimberley, sino si sería suficiente.

¿Tendría agallas para explicar a Harrison lo que deseaba en realidad, que estaba dispuesta a cambiar?

Y entonces vio a Tania apartándose unos mechones negros y aterciopelados de las mejillas, su minivestido negro apenas disimulando el contorno de sus caderas... y se le endureció el corazón.

Harrison era su hombre, y sabía lo mucho que la deseaba, y el poder que ejercía sobre él, tanto como Harrison tenía sobre ella.

Y aquella noche constituía la ocasión perfecta para demostrárselo, a él y a sus amigos, a guapitas como Tania, que Harrison ya tenía una dueña.

Apuró la copa de champán y, sintiendo las burbujas embriagadoras en las venas, Kimberley atravesó el jardín.

Sabía que los invitados la observaban; algo de lo más natural, pues era la anfitriona, la mujer que se había casado con su querido amigo Harrison. Y notó en la mismísima piel el instante en que él la miró y, con increíble deliberación, le devolvió la mirada, levantando la copa vacía en ademán de brindis hacia él.

Carente de ningún pudor, embriagada por sus planes excitantes, se quedó sola, orgullosa y bella como una estatua, dejando que le llenaran la copa de agua mineral y tomando un sorbo. Y sus ojos no se apartaron un solo segundo de Harrison, de su rostro de expresión volátil.

Sabía que Harrison no paraba de hablar, que sus pensamientos estaban en otra parte… en ella misma. Sólo había estado sola unos minutos, pero él no dejaba de mirarla con expresión interrogante, pidiéndole alguna seña.

En cuestión de dos minutos un par de hombres con sus respectivas parejas se unieron a Kimberley, felicitándola por la fiesta. Por el rabillo del ojo, vio que Harrison se apartaba del corrillo, dirigiéndose hacia ella.

—Hola, cariño —murmuró Kimberley.

Hasta entonces, nunca había utilizado dicho apelativo cariñoso, normal en una recién casada. Y no se sorprendió al ver que Harrison fruncía el ceño, ni de las llamas desafiantes que resplandecían en sus extraordinarios ojos grises.

Ojos grises que de inmediato hicieron que hirviera su sangre, que le entraran ganas de abandonar el corrillo y quitarse la chaqueta, pues sentía en la frente gotas diminutas de sudor, pero no se atrevió. Sabía que tenía los pezones tan turgentes y excitados como si Harrison estuviera acariciándolos. Pero también recordaba sus comentarios respecto a su atuendo, respecto a sus pretendidos deseos de provocar. Y Kimberley no quería que pensara algo así, cuando todo el montaje era para él… sólo para él. Para nadie más.

Kimberley no dijo nada; no era necesario. Cada nervio de su cuerpo enviaba el mensaje. No supo a ciencia cierta cuánto tiempo pasaron en la fiesta; sólo sabía que deseaba a Harrison con toda el alma. Que se moriría si no pasaba a la acción cuanto antes.

Y, observando la cara tensa de Harrison, supo que se sentía igual que ella. Entrelazó uno de sus brazos y apoyó la cabeza sobre su pecho.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le susurró al oído, de forma que sólo pudiera oírla él.

Harrison se puso tenso. Parecía titubear. Pero sólo por un instante.

—Por favor, disculpadnos —dijo a las dos parejas que lo acompañaban.

Tan pronto como se hallaron fuera del alcance de las orejas de los invitados, Harrison agachó la cabeza para hablar al oído a Kimberley.

—¿Te apetece dar un paseo por el jardín?

—No —respondió Kimberley en un susurro.

—¿No querías hablar conmigo?

—Aquí, no —respondió Kimberley, sofocada de deseo, temerosa de perder el poco coraje que le quedaba—. ¡Adentro!

Harrison percibió la nota de deseo que tenía la voz de Kimberley, lanzó una mirada hacia su rostro pálido, a los ojos enormes que contrastaban con el mismo y, asiendo con firmeza una de sus manos, la llevó hacia la casa.

Kimberley se sentía incapaz de articular palabra, pero Harrison se detenía una y otra vez para intercambiar unas cuantas frases con los invitados. Para un observador poco avezado, podían parecer la típica pareja de anfitriones preocupados por los invitados, porque todo marchara bien, pero Kimberley creyó ver a Tania sobresaltándose cuando percibió que Harrison la conducía hacia el interior de la casa con unos ojos muy brillantes.

Y Harrison la llevó a su estudio sin dar rodeos.

—¿Y bien, Kimberley? —dijo una vez estuvieron solos.

Harrison no iba a echarle ninguna mano, pensó ella, tragando saliva.

—Dijiste que querías hablar conmigo —observó Harrison con sequedad.

Daba la impresión de que él no disponía de mucho tiempo, y Kimberley tomó una decisión instantánea. Ya no podía echarse atrás.

Con aire despreocupado, se acercó a la puerta de la habitación, la cerró, y luego dejó la llave sobre el escritorio de Harrison.

Harrison arqueó las cejas, pero permaneció en silencio.

Kimberley se imaginó por un momento lo que harían otras mujeres en aquella situación. Tal vez se desnudaran poco a poco para excitar a Harrison, pero a ella le palpitaba el corazón de tal manera que sólo podía hacer una cosa. Y se acercó a Harrison, se puso de puntillas, entrelazó los brazos alrededor de su cuello y lo besó.

El rechazo le pareció una posibilidad muy real por una fracción de segundo, pues Harrison reaccionó con pasividad ante su iniciativa. Pero sólo fue una fracción de segundo, pues enseguida llevó los brazos alrededor de su esbelta cintura y la besó con tanta dulzura, con tan inmensa sensualidad, que Kimberley pensó que iba a derretirse como la cera.

Exploraron las bocas como si fuera la primera vez que se besaban, y acaso lo fuera, pensó Kimberley, pues en aquel beso nacía una nueva actitud comprensiva, debida al deseo y la sinceridad, y para ella al menos, también a una especie de compromiso. Y no sólo un compromiso para que acabara acostada junto a Harrison aquella noche, sino mucho más... un compromiso para apostar por aquella relación matrimonial. ¿Y qué podía suceder si Harrison pensara de forma parecida.

Sin dejar de besarla por un solo momento, Harrison deslizó una mano bajo la blusa azul turquesa, posándola sobre uno de sus senos, sonriendo sobre sus labios.

Así las cosas, resultó un jarro de agua fría cuando de pronto él alzó la cabeza y miró a Kimberley con cara de asombro, con mirada gris y arrepentida.

—Kimberley, estás muy, muy bonita, y yo te deseo con toda el alma, pero me temo que lo mejor será que dejemos este asunto para después, o atenderé a nuestros invitados hecho un manojo de nervios.

A modo de respuesta, Kimberley buscó sus labios ávidamente, deslizando las manos sobre la camisa blanca que llevaba, sintiendo

que se agitaba de pura frustración cuando le acarició más abajo, en el vientre duro y liso, y todavía más abajo, donde estaba más duro aún...

Harrison apartó los labios y habló en un tono brusco y seco, apenas reconocible.

—Kimberley, ¿te das cuenta de lo que va a pasar en cuestión de segundos si no paras de...

—Sí —murmuró ella.

—Voy a tener que tomarte aquí mismo —afirmó, haciendo un esfuerzo para articular las palabras.

—Pero no vas a tomarme, Harrison. Yo estoy dando.

Él lanzó un ronco gemido, posando las manos sobre las nalgas de Kimberley, estrechándola con rudeza, alzando el vestido sobre sus largas piernas con ademán impaciente, recogiéndolo en pliegues arrugado a la altura de las caderas, de forma que sólo la cubrieron unas braguitas de raso y las medias de encaje.

Con parsimonia deliberada, empujó a Kimberley contra la pared, deslizando los dedos hacia la humedad que brotaba en el centro de su ser, y ella dejó escapar un débil gemido de placer.

Volvió a tomar sus labios, murmurando algo ininteligible que sonaba muy dulce, al mismo tiempo que comenzaba a desnudarse. Kimberley sollozaba de placer sobre sus labios. La excitación de Harrison resultaba palpable, pues ni siquiera se molestó en quitarle las bragas, limitándose a apartarlas para penetrar en su cálido y resbaladizo interior con una fuerte embestida que hizo perder a Kimberley la consciencia por un segundo.

Percibió que Harrison se quedaba inmóvil y lo miró, contemplando con expresión maravillada sus ojos grises y aturdidos.

—Oh, Dios, Kimberley —dijo en tono rayano en la desesperación —. Se siente tan bien tocarte...

—¿Sí? —respondió ella, los ojos cerrados, para disimular la ansiedad que sentía por oír palabras más dulces que ésas.

—Hum —murmuró Harrison, moviéndose en el interior de Kimberley muy lentamente, y ella sintió que el sonrojo afloraba en sus mejillas—. Tan dulce.

—¿De verdad?

—Hum. Sabes que sí.

—Pensé que... ¡oh!

Kimberley se aferró a los hombros de Harrison cuando éste lanzó una nueva embestida.

—¿Pensaste? —preguntó provocativamente.

—Que sería diferente... después de tener el bebé.

—Lo es. Es mejor aún. Pero tal vez se deba a que ha pasado tanto tiempo...

Harrison no dejaba de moverse con increíble lentitud, y Kimberley sintió un repentino deseo de privarlo de su control. No quería que se moviera con aquella parsimonia enloquecedora que demostraba sus dotes de amante experto. Ella balanceó las caderas contra Harrison, aumentando el ritmo.

Harrison abrió los ojos de súbito.

—No —advirtió a Kimberley.

—No, ¿qué?

—No hagas...

Pero Harrison no concluyó la frase, pues adoptó el ritmo de Kimberley y lo convirtió en algo indescriptible, de manera que también perdió el control. Kimberley sentía el calor creciendo y creciendo, hasta que se hizo exquisitamente insoportable y el universo se estremeció, y ella se vio sollozando al tiempo que Harrison se perdía en aquel mismo remolino de plenitud, pronunciando su nombre con voz desgarrada, una voz que no parecía la suya.

Se quedaron inmóviles, entrelazados en un íntimo abrazo durante un par de minutos. Entonces Kimberley sintió que temblaban los hombros de Harrison, y observó que estaba riéndose.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó.

Harrison le alzó la barbilla y la miró a los ojos, los labios torciéndose y adquiriendo una expresión sensual y maliciosa.

—Hasta ahora nunca me había seducido una mujer.

—¿Y te ha gustado? —susurró Kimberley, besándole en el cuello para ocultar la cara, temerosa de que pudiera apreciar el amor que resplandecía en sus ojos pudiera cegarlo.

—¿Qué piensas?

—¿Lo hacemos otra vez? —murmuró Kimberley.

—Más tarde, hermosa y tentadora descarada.

Mientras se vestía, Harrison no dejó de mirarla de arriba abajo,

y luego le ayudó a ponerse la falda.

—Tu aspecto es muy normal, considerando… Por supuesto, tienes las mejillas un poco sonrojadas, y los ojos muy brillantes. ¿Sabes, Kimberley, que eres una mujer de lo más asombroso?

Entonces se llevó a los labios una de sus manos y la besó con dulzura, y Kimberley se sintió inundada de amor.

—Oh, Harrison —dijo como una tonta, sin aliento, el corazón atronando en sus oídos.

—Mejor será que regresemos a la fiesta. Podremos hablar después.

—Creo que verdaderamente debería subir a ducharme.

—No, no lo hagas —respondió Harrison, agachándose para besar sus labios—. Quédate exactamente como estás; así, cada vez que te mire recordaré lo que acabamos de hacer, y me imaginaré lo que pienso hacer cuando se haya marchado todo el mundo.

Y, una vez dicho esto, abrió la puerta y tomó a Kimberley de la mano para conducirla a la fiesta.

Capítulo 12

—Bueno, ¿entonces qué provocó todo eso? —preguntó Harrison cuando Kimberley bajó las escaleras.

Todavía tenía la falda un poco arrugada, y se preguntó si lo habría notado alguien.

Ya se habían marchado todos los invitados y el personal contratado para la fiesta. Kimberley había subido un momento para ver cómo estaba Georgia, y estaba a punto de reunirse con Harrison para tomar una copa antes de acostarse. Para ser sinceros, no tenía ganas de tomar nada... o más bien no tenía ganas de analizar lo que había sucedido unas cuantas horas antes, su conducta ardorosa cuando metió a Harrison en el estudio y lo sedujo con la resolución de una concubina.

Tomó asiento frente a él y, de mala gana, miró sus ojos grises y tranquilos.

—Y no preguntes «qué es todo eso», pues sabes muy bien que me refiero a la extraordinaria escenita ocurrida hace un par de horas, que sólo de recordarlo me amenaza con aumentar mi presión arterial a niveles peligrosos.

—Harrison, por favor —suplicó, pero no halló compasión en su sonrisa interrogante.

—No te hagas la estrecha conmigo, Kimberley. Me gusta que tomes la iniciativa. Me gusta mucho —afirmó, levantándose para servir dos copitas de calvados y ofrecerle una de ellas—. Insisto, ¿qué provocó todo eso?

Una sinceridad nueva, había decidido Kimberley. O más bien, tanta sinceridad como podía soportar la relación. Sabía que, si confesaba a Harrison su amor no correspondido, podía suponer la destrucción de la ya bastante frágil relación en su despertar, pero no existía ninguna razón para ocultarle lo de Tania.

—Hablé con Tania —dijo en tono insípido—. O más bien ella habló conmigo.

Harrison tomó un sorbo de vino, los ojos grises fríos como un

glaciar.

—¿Sí?

—Sí. Me contó… bueno, me contó muchas cosas realmente.

—¿Te importaría decirme alguna?

—Sencillamente, que te deseaba. Y que no dábamos la impresión de estar casados. Y entonces recordé lo que dijiste acerca de que no te condenara a una vida de celibato y supe lo que debía hacer.

—¿Te refieres a… a seducirme? ¿Para evitar que Tania pusiera las garras sobre mí? No te andas con chiquitas cuando se trata de defender tu territorio, Kimberley.

Ella se volvió hacia Harrison, irritada… y confundida.

—Vaya, eso era lo que querías, ¿no?

Sin sonreír, Harrison se levantó y se acercó a Kimberley, sus intenciones escritas en la cara.

—Sí —reconoció, y a Kimberley no acabó de gustarle su tono—. Eso era lo que quería.

Llena de perplejidad, se quedó mirándolo cuando tomó la copa de sus manos y la dejó sobre la mesa, antes de alzarla entre los brazos, como si estuviera en una audición para una reposición de *Lo que el viento se llevó,* y subirla hasta su alcoba.

Era como si estuviera reafirmando su dominio y autoridad después de lo que había ocurrido en el estudio… pues si Kimberley había tenido el poder en sus manos en el encuentro anterior, ahora sin duda lo tenía él, y lo utilizó cuando comenzó a desnudarla implacablemente.

Y mientras se desvistió no paró de tocarla, cada poro de su cuerpo, manteniéndola en un nivel de excitación increíble. Cuando por fin penetró en su interior con extraordinaria potencia, Kimberley alcanzó el clímax rápidamente, y las lágrimas resbalaron por sus mejillas mientras su cuerpo se contraía dulcemente alrededor de la imponente virilidad.

Harrison debía saborear dichas lágrimas, pues dejó de moverse y la estrechó entre sus brazos, consolándola.

—Lo siento —murmuró sobre el cabello de Kimberley.

Ella sintió unas caricias de una suavidad imposible, y se preguntó a qué se deberían.

—¿Qué sientes? —preguntó en un susurro.

—Que siempre quiera castigarte —afirmó Harrison con una nota

de tristeza en la voz.

A Kimberley le dieron ganas de ponerse a gritar, el corazón a punto de explotar por aquel amor que los eludía, y abrazó a Harrison con todas sus fuerzas.

—A mí se me ocurren castigos muchísimo peores —susurró cuando Harrison comenzó a moverse de nuevo, llevándola con él en otra jornada insoportablemente conmovedora hacia el paraíso.

Después, él percibió que suspiraba sobre uno de sus hombros.

—¿Qué te pasa?

—Haces que me sienta...

—¿Cómo?

Kimberley sabía que tan sólo podía dar una ligera indicación de los sentimientos tan profundos que Harrison evocaba en ella.

—Tan... tan desvalida cuando me haces el amor.

—¿Crees que no me he dado cuenta? —preguntó Harrison con sorprendente pasión—. ¿Que a mí no me pasa igual?

Entonces se durmieron, exhaustos, y cuando Kimberley despertó en algún momento de la noche, Harrison se había marchado.

A partir de ahí la relación entre ellos tomó un rumbo distinto. Mejor, pero no perfecto.

Para el mundo exterior debían presentar una fachada de familia unida. Cuando Harrison llegaba a casa después de trabajar, siempre jugaba un buen rato con Georgia. Después de alimentar y bañar a la niña, cenaban juntos. Los fines de semana, la llevaban a parques y zoos, sin importarles que fuera demasiado pequeña como para apreciarlo. Si el tiempo no acompañaba, iban a explorar museos.

Y por las noches Harrison le hacía el amor con su increíble destreza, con exquisitez, en la enorme cama de matrimonio que presidía la alcoba de Kimberley. Pero nunca estaba junto a ella por las mañanas.

Y Harrison seguía constituyendo un enigma para ella; todavía no tenía la menor idea de los mecanismos que movían aquella mente afilada como una cuchilla. Se había imaginado, como una estúpida tal vez, que la intimidad que compartían cada noche profundizaría los lazos que los unían, pero la ternura que buscaba sin pedir aparentemente los esquivaba.

De hecho, pensó con amargura tras despertarse una mañana en medio de las sábanas arrugadas, los senos y los labios irritados

como única indicación de que Harrison había estado allí aquella noche, hacer el amor con él tuvo el efecto contrario al esperado. De parecer algo, Harrison parecía tan distante como siempre. Si alguien le hubiera dicho años, atrás, que podría soportar un matrimonio así, se habría reído en sus mismísimas narices.

Pero, asombrosamente, se conformaba con eso, y procuraba pensar en los motivos que tenía para sentirse feliz, apartando la idea de que Harrison nunca correspondería su amor.

Y tenía a Georgia, y el papel de madre le hacía inmensamente feliz.

Y, si no podía tener a Harrison como desearía, bueno, simplemente disfrutaría de lo que tenía.

Hasta que una noche le dio la sensación de que el mundo amenazaba con derrumbarse a su alrededor. Harrison acababa de regresar de París tras un viaje de unos cuantos días, y Kimberley lo había echado de menos hasta la locura.

Los dos cenaron sin demasiado apetito y, cuando se acostaron, mucho más pronto de lo habitual, Kimberley sentía tanta avidez que casi lo desnudó a tirones. Y Harrison aparentemente se impregnó de su pasión al instante. Nunca habían hecho el amor de aquella manera. El placer y la excitación aumentaba cada vez que lo hacían... y ella no había pensado que fuera posible una cosa así.

Después, no tenía la menor gana de verlo marchar. A menudo Harrison hacía el amor con ella y enseguida se volvía a su propia habitación, dejándola sola y desolada. Kimberley nunca le preguntó la razón, pues no quería saber la respuesta; en las profundidades del corazón intuía que era uno de esos hombres que consideraba dormir juntos demasiado íntimo, demasiado agobiante.

Pero en aquella ocasión, cuando hizo ademán de apartarse de ella, Kimberley sacudió la cabeza.

—Quédate —susurró con voz soñolienta todavía un poco ininteligible a causa del placer.

Deseaba gozar de la intimidad de compartir el sueño, pero para su consternación, Harrison debió pensar que quería otra cosa, y se puso a hacerle el amor una vez más.

Rápidamente se disiparon sus dudas, cuando comenzó a brotar en ella la sensación familiar. Las manos de Harrison hicieron la magia habitual, y sus besos le provocaron escalofríos.

Entonces, justo antes de penetrar en ella, Harrison dijo la cosa más extraordinaria.

—Haz algo por mí, Kimberley.

Harrison era un amante muy imaginativo, y naturalmente Kimberley supuso que deseaba que pusiera en práctica alguna fantasía.

—Cualquier cosa —susurró, los labios sobre el cuello de Harrison, deleitándose con su dulce sabor—. Cualquier cosa que quieras.

Se produjo un silencio.

—Haz como si me amaras, aunque sólo sea esta noche —le pidió Harrison en el tono más extraño.

Kimberley, horrorizada, se puso tensa.

¿A qué estaba jugando Harrison con ella? ¿Habría intuido la verdadera calidad de sus sentimientos? ¿Y pensaba atormentarla, demostrándole que era consciente desde el principio de la humillante desigualdad de la relación?

Harrison la apartó con desprecio y, aunque Kimberley podía ver que todavía estaba excitado, se levantó de la cama y comenzó a ponerse los vaqueros.

—Quiero el divorcio —afirmó a quemarropa.

Kimberley casi se desmaya. Había sabido que su amor por él recibiría un trato desdeñoso, pero jamás que pudiera provocar una revulsión tan absoluta.

—¿Cómo? —susurró con voz hueca.

—Ya me has oído. Quiero el divorcio —repitió Harrison, dándose media vuelta, observando que Kimberley fruncía el ceño—. Oh, no te preocupes. Seré muy generoso.

Kimberley sintió que se le encogía el corazón. Así que Tania había tenido razón todo el tiempo. Había dicho que Harrison volvería junto a ella. ¿De qué se trataría? ¿Algo acerca de que la posesión constituía las nueve décimas partes de la ley, que él lucharía por la custodia de Georgia?

—Pero, ¿y el bebé? —preguntó con angustia, y Harrison la miró con el ceño fruncido en expresión interrogante—. ¿Piensas acudir a los tribunales para obtener su custodia?

Harrison le dedicó una mirada muy dura.

—Tampoco debes preocuparte por eso... no presentaré el caso en

el juzgado. Nunca intentaría apartar a Georgia de ti... esa amenaza tan sólo formaba parte de una estratagema.

No tenía sentido lo que decía Harrison. ¿De qué estratagema hablaba?

—Pero deseo disponer de acceso razonable a la niña —añadió.

Kimberley asintió como un autómata.

—Por supuesto —dijo con voz tensa, como si su corazón no estuviera quebrándose en mil pedazos, asombrada de su propia frialdad—. ¿Hay otra mujer?

—¿Cómo?

—¿De... deseas casarte con otra mujer? —aclaró Kimberley, con bastante menos frialdad.

Harrison dejó escapar un débil gruñido de impaciencia.

—No, Kimberley, no hay otra mujer.

Ella tragó saliva.

—Entonces... ¿te importaría explicarme a qué viene lo del divorcio?

Harrison se quedó mirándola como si acabara de hacer una verdadera estupidez, como poner la mano en un fuego.

—¿Retorciendo el cuchillo para hacer más daño, no? —preguntó Harrison con ironía, y seguidamente sacudió la cabeza en ademán resignado, casi poniéndose a hablar para sus adentros—. Oh, ¿por qué no? Tal vez merezcas saborear el triunfo.

¿El triunfo? ¿De qué diablos estaba hablando? Kimberley se sentía más confusa que nunca, y en cierto modo lo agradeció, porque sus pensamientos borrosos impedían que asimilara lo impensable. Que Harrison quería divorciarse.

—Quiero el divorcio —repitió él lentamente, como reconociendo una gran verdad—. Porque ya no puedo soportar más esta situación.

Kimberley lo miró fijamente, los ojos en blanco.

—Oh, comprendo. Por supuesto.

—Supuse que la cosa funcionaría. Esperaba... ¡Oh, qué demonios! No vale la pena darle más vueltas al asunto.

Kimberley procuró comportarse con bravura, con madurez. Conservar la poca dignidad que le quedaba.

—Te comprendo, de verdad. Creo... creo que debe existir amor para que funcione un matrimonio.

Harrison le dirigió una sonrisa fría y hueca.

—Exactamente —reconoció, y sin más salió de la habitación.

Kimberley se quedó tendida en la cama, rodeada por un silencio desolador, y casi sintió cierto alivio al oír los lloriqueos de Georgia. Al menos se distraería dándole de mamar.

Una vez cumplido el trámite, cambió al bebé y, estaba regresando a su alcoba, cuando oyó el sonido de cajones que se abrían y cerraban de golpe en la habitación de Harrison. Abrió la puerta y se asomó, descubriendo que estaba arrojando ropa dentro de una maleta.

Harrison le lanzó una mirada encendida de rabia.

—¡Fuera de aquí! —aulló.

—¿Qué estás haciendo?

—¿A ti qué te parece?

—¿Adonde vas? Acabas de regresar...

—Me marcho a un hotel. Si me permites hacer en paz el equipaje.

—No tienes que ir a ningún hotel.

—¡Sí, maldita seas, claro que sí!

—Pero yo puedo marcharme mañana a mi casa con Georgia...

Kimberley enmudeció al ver la expresión de negra cólera en su rostro.

—¿Y no se te ha ocurrido, pequeña perra sin corazón, que podría resultar traumático para mí vivir aquí cuando te hayas ido?

Harrison quería decir, por supuesto, sin Georgia.

—Tendrás que acostumbrarte —respondió Kimberley, pero le conmovió profundamente pensar en lo mucho que él añoraría a su adorada hija.

—¡No te pongas en plan protector conmigo! ¡Y sal de aquí! ¡No necesito tu permiso para dormir en un hotel!

Y toda la sensatez de Kimberley se desvaneció como humo en el aire cuando le dio un ataque de celos abrasador.

—¿Por qué? ¿Para reunirte con Tania en el hotel? ¿Esta noche?

Antes parecía muy enfadado, pero ahora Harrison le lanzó una mirada verdaderamente asesina.

—¿De verdad piensas que voy a saltar de tu cama a los brazos de Tania?

—¡Vaya, ciertamente no pierdes un segundo a la hora de marcharte de mi cama noche tras noche! ¿Por qué no iba a pensar

algo así?

—Porque no me interesa Tania… ¡no me ha interesado jamás!

—¡Pues ella no piensa igual que tú!

—Los procesos mentales y embrollados de su mente no me conciernen en nada —explicó Harrison con expresión de hastío—. Ni los tuyos. Por tanto, ¿por qué no nos haces un favor a todos, Kimberley, y vuelves a tu habitación?

—¡Eres un desgraciado arrogante y odioso! —gritó, abalanzándose sobre Harrison, y le agarró por los hombros, asombrándose de la increíble dureza de los tensos músculos.

Él no reaccionó y se quedó quieto, una expresión de desprecio en el rostro atractivo y arrogante.

—¿No habíamos quedado en que seríamos sinceros el uno con el otro? Si es sexo lo que estás buscando, Kimberley, sólo tienes que pedírmelo…

Kimberley estalló en lágrimas y se alejó corriendo por el pasillo, arrojándose sobre la cama y empapando la almohada en cuestión de segundos.

—Lo siento —dijo una voz lenta y pesada desde el umbral de la puerta.

—¡Vete!

—Parece que me paso todo el tiempo tratándote como un canalla.

—Y… ¿y por qué lo haces? —le preguntó Kimberley, sollozando sin poder contenerse.

—Tú lo sabes.

—No, no lo sé.

—Porque siempre hacemos daño a las personas que amamos —observó Harrison con amargura, y Kimberley abrió bruscamente los ojos enrojecidos y se incorporó, lanzándole una mirada desdeñosa.

—No vuelvas a decirme nunca una cosa así, Harrison. Insúltame si es lo que quieres, o hazme sufrir… pero no me mientas. No me mientas nunca respecto a eso.

Harrison lanzó una carcajada impregnada de cinismo.

—Ojalá fuera una mentira, Kimberley, no sabes lo feliz que sería. Qué sencilla sería mi vida si no hubiera tenido la desgracia de enamorarme de ti.

A Kimberley se le pusieron los ojos como platos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó en un susurro ahogado.

—La maldición cayó sobre mí en el instante que te vi. ¿Cómo piensas que se siente un hombre que desea con locura a la mujer que va a casarse con su hermano?

—¿Cómo?

—Oh, al principio intenté contenerme —afirmó amargamente—. Y lo conseguí unos diez segundos. Y entonces te besé.

Cuando recordó la pasión y el fervor, todavía tan vividos a pesar del tiempo transcurrido, a Kimberley se le sonrojaron las mejillas.

—Cuando vi tu respuesta, nació en mí una emoción fea, celosa y posesiva. No podía soportar la idea de que te besaran otros hombres... ¡de que te besara mi *hermano!*

La tormenta de emociones que se abatió sobre el rostro de Harrison era indescriptible.

—Pero yo nunca había besado de esa manera a ningún otro hombre. Sólo a ti.

Harrison asintió.

—Oh, sí, ahora lo sé. El problema reside en que me ha llevado cierto tiempo comprender y aceptar lo que ocurre entre nosotros físicamente, algo que siendo muy extraño y asombroso, no tiene nada que ver con el amor... al menos, por tu parte.

Aquello era verdaderamente fascinante. Y muy prometedor.

Kimberley contuvo el aliento, y disimuladamente se pellizcó una muñeca. No estaba soñando.

—No podía permitir que te casaras con Duncan —prosiguió Harrison—Cuando te ofrecí el dinero y lo aceptaste, me sentí derrotado y jubiloso a la vez. Se cumplieron mis peores temores... la mujer de la que me había enamorado no era más que una fulana codiciosa... pero, oh, algún día, algún día la haría mía.

¡Encantador! Kimberley pensó que Harrison estaba a punto de dejar de hablar.

—Sigue —lo animó.

Él dejó escapar una carcajada carente de humor.

—¿Por qué no? Como ya te he dicho, tal vez te merezcas oír la verdad. ¿Por dónde iba?

—Ibas... —comenzó Kimberley, resultándole difícil repetir las gloriosas palabras—. Ibas a hacerme tuya.

—Sí —dijo Harrison, estropeándolo todo a continuación—. Oh,

me convencí a mí mismo de que sólo me interesaba tu cuerpo.

¡Magnífico!

—Y que no podía tenerte hasta que Duncan hubiera encontrado a otra mujer, por supuesto. No quería hacer daño a mi hermano. Y en este aspecto no me equivoqué... Caroline es una mujer mucho más adecuada para él.

Harrison hizo una breve pausa.

—Planeé venir a Londres para buscarte después de pasar por Woolton, y el destino se puso de mi parte con el tobillo torcido de tu madre. Y entonces te vi otra vez, presentando una imagen incongruente mientras fregabas el suelo de Brockbank, tu pelo negro cayendo en cascadas por la espalda, el fuego helado que iluminaba tus ojos azules, y supe que me había engañado desde el principio. Que no deseaba sólo tu cuerpo, sino muchísimo más. Lo quería todo.

Hizo una pausa.

—La fiesta de compromiso fue idea mía —prosiguió—. Duncan y Caroline dieron el visto bueno, y me pareció la única forma de conseguir que fueras a un evento social al que asistiría yo. Llevaba la intención de seducirte, de cortejarte. Ciertamente, no pretendía llevarte derecha a la cama... pero, cuando lo hice pensé que había descubierto el paraíso... sólo para despertar y ver que estabas vistiéndote, a punto de escapar sigilosamente sin decir una palabra, con una cara de desagrado que lo decía todo.

Kimberley pestañeó. ¿Acaso el sueño no se había convertido en realidad, sino que lo había sido desde el principio?

—Harrison —murmuró.

El le dedicó una mirada chispeante.

—¿Qué?

—Te amo.

Harrison se quedó helado, los ojos clavados en los de Kimberley.

—Tenía esa cara porque me sentía un poco avergonzada de que, siendo virgen, me hubiera encantado que me rasgaras la ropa para desnudarme, literalmente. Dudaba que pudieras respetarme después de eso.

Harrison arqueó las cejas, que desaparecieron por completo entre su pelo espeso y abundante.

—¿Respetarte? Habías hecho realidad todas mis fantasías,

asombrosamente —afirmó, y entonces la miró con los ojos entornados—.¿Te importaría repetir lo que me ha parecido oír hace un momento?

Kimberley esbozó una sonrisa, la felicidad comenzando a llenar su corazón.

—Te amo, estúpido… ¡Siempre te amé! Y te lo habría confesado hace una eternidad de no haber estado convencida de que me despreciabas.

¿Fue algo que había en su mirada, en su voz, o en sus palabras, lo que realmente convenció a Harrison? Kimberley jamás lo supo. Pero percibió el instante exacto en que la creyó, porque esbozó una lenta, muy lenta sonrisa.

—¿Despreciarte yo? Oh, mi adorada Kimberley…

Y entonces Harrison se movió, y Kimberley se movió con él, y se abrazaron, besándose, sin concluir las frases, todas las cuales empezaban por «amor mío» o «cariño».

Acabaron tendidos, mirándose a los ojos y abrazándose como si no pudieran soportar la más mínima distancia entre ellos.

—¿Por qué otra cosa piensas que acepté tu condenado dinero? Porque pensaba que me odiabas, y yo estaba loca de amor por ti. Supuse que, si me considerabas una buscavidas sin principios, nunca desearías volverme a ver.

—¡Eso sería como alcanzar la cima del Everest y no sentirse orgulloso de la hazaña!

—¡Deberías escribir esa frase! —exclamó Kimberley con admiración.

—Además eres la única mujer capaz de hacerme enloquecer tanto como para olvidarme de tomar cualquier tipo de precaución.

—¿Ni siquiera Tania? —preguntó con grosero descaro.

Harrison se puso encima de Kimberley.

—Escúchame bien —dijo él con mucha gravedad—. Mi supuesto romance con Tania sólo existe en tu imaginación.

—¡No me dirás que no podrías liarte con ella!

—Claro que podría. Podría liarme con cientos de mujeres. La cuestión es que ni quería, ni quiero.

—¿En absoluto?

—Ni una sola vez. Desde que te vi… me temo que todas ellas dejaron de existir para mí.

—¿Y... y si no hubiera tenido a Georgia?

—Aún así te habría obligado a casarte conmigo.

—¿Y cómo te las habrías arreglado?

—Oh, habría pensado algún modo, no te preocupes —afirmó con indignante confianza— Estaba convencido por completo de que éramos dos almas gemelas, sabes. Y no me equivocaba.

—¿Siempre te sientes tan seguro de llevar la razón? —preguntó Kimberley con expresión soñadora.

—Casi siempre. Pero pensé que podría ser feliz a tu lado aunque no me amaras. Y en eso me equivoqué. Me prometí a mí mismo que jamás dormiría contigo hasta que me dijeras que me amabas.

—Entonces, esta noche es la noche —susurró Kimberley, los ojos chispeantes de expectación, pero entonces se puso seria y se estremeció—. Qué cerca hemos estado de perderlo todo...

—No sigas —la interrumpió Harrison, besándola con una tierna pasión que Kimberley sólo había soñado hasta entonces.

Pronto Harrison le haría el amor otra vez, y en esta ocasión ninguno de los dos tendría necesidad de contenerse, pero por el momento se conformaba con ser abrazada, gozando de la nueva intimidad que compartían.

Casi daba miedo contemplar el esperanzador futuro, lleno de promesas de felicidad, y se dedicaron sendas sonrisas.

—Te amo —susurraron los dos, exactamente en el mismo instante.

Vaya, esto sí que es armonía, pensó Kimberley regocijada, abandonándose extasiada a los besos de Harrison.